

CADA HACIENDA NECESITA UN PERRO

Oí ladrar a un perro anoche-le dijo el señor Pinzón mirando fijamente a su nieto Miguel, que estaba tomando el desayuno. Miguel, dejando la cuchara suspendida en el aire, replicó:

-Tal vez haya sido un coyote. -No, era un perro. Sonaba como el ladrido de ese perro ordinario que tú le diste al policía, el señor Alcalá. -Pero Capitán no es un perro ordinario, abuelo. Es un labrador de pedigrí. O casi puro. Además, yo...

-Sí, ya sé, se lo llevaste al policía. -Interrumpió el abuelo-. Pero tengo la sospecha de que encontró el camino de regreso y de que tú lo estás escondiendo en alguna parte, ¿verdad?

-Sí, abuelo. Está en el galpón viejo, junto al corral. - dijo con un suspiro Miguel, quien ya debía haber aprendido desde los tres veranos que había pasado en la hacienda que no podía ocultar nada de la vista penetrante del anciano. Pero nosotros tenemos que retenerlo, abuelo. -agregó Miguel. Cada hacienda necesita un perro. -Pero no mi hacienda -exclamó éste enfáticamente.

Miguel frunció el entrecejo al recordar vívidamente aquel día en que había atraído al gran perro desde la ciudad. -¿De dónde vino ese perro? -había preguntado el abuelo.

-El señor Alcalá, el policía, me lo dio - había contestado Miguel.

-¡Pues llévatelo de regreso! -le había ordenado su abuelo, y luego se fue.

¿Por qué abuelo no quiere perros? -había preguntado Miguel a uno de los capataces de su abuelo.

-Es que tu abuelo sabía criar ovejas, Miguel. Y el capataz se echó el sombrero hacia atrás-. Un verano vino una jauría que se escondió en la montaña y mató cientos de ovejas. Tu abuelo casi tuvo una quiebra. Desde entonces, no puede ver perros ni en figuras.

Pero el abuelo ya no cría más ovejas, sino reses.

-No importa -dijo el capataz. Tú no puedes quitarle a tu abuelo la idea que tiene de los perros más de lo que puedes detener un ciclón. Es mejor que tomes ese perro, se lo devuelvas al policía, y lo olvides para siempre.

Miguel se había obligado a sí mismo a seguir el consejo del capataz, y pensó que éste sería el fin de todo. Pero la noche anterior el gran perro había vuelto al rancho. La voz del abuelo trajo a Miguel a la realidad del presente.

-Parece que va a llover esta mañana, y me gustaría que me ayudes a contar los novillos que hay en la colina. Y tan pronto como volvamos, este perro se vuelve a la ciudad.

-Bueno, abuelo -dijo Miguel-. Pero creo que debo darle antes algo de comer y un poco de agua. -Pues apresúrate, y nos encontramos en el corral.

Miguel sacó un poco de comida y agua de las gallinas y se apresuró a llevarlo al galpón. El gran perro se puso tan contento que ni olió esa comida. Miguel le acarició la cabeza y le rascó alrededor de las orejas. El perro cuán grande era saltó y se apoyó en el hombro de Miguel, corrió hacia la puerta y luego volvió hacia donde estaba el muchacho y comenzó a mirarlo como pidiéndole algo.

-Lo siento, Capitán, no te puedo dejar salir -le dijo Miguel, poniéndole la mano en la cabeza. -Quieto -le ordenó y salió apresuradamente por la puerta. La cerró bien detrás de sí y corrió para reunirse con su abuelo en el corral.

El perro lanzó unos aullidos, y luego un quejumbroso lamento. -¡Perros! -murmuró el abuelo mientras saltaba sobre el caballo. Esperó a que Miguel montara el suyo, y ambos se dirigieron hacia las colinas.

Antes de que abuelo y nieto hubieran andado un kilómetro, las colinas aparecieron envueltas en lluvia.

-Parece que la atormenta viene hacia aquí -comentó Miguel..

-Sí. Y el Arroyo Grande se pondrá torrentoso enseguida -añadió el abuelo. Mientras el abuelo hablaba, se oyó un ladrido detrás de ellos, y pronto Capitán estuvo a su lado.

-Le apuesto que se escapó-dijo Miguel.

-Te apuesto que sí -contestó el abuelo. -Lo llevaré a casa y luego vendré con usted -se ofreció Miguel. - No hay tiempo para eso. Seremos afortunados si podemos cruzar el Arroyo Grande ahora -dijo el abuelo con el entrecejo fruncido-. Ese perro tendrá que venir con nosotros.

Y el abuelo espoleó su caballo para que comenzara a galopar. Miguel lo siguió. Capitán, con la lengua afuera, trotaba alegremente a su lado. Cuando llegaron al Arroyo Grande, el agua que corría atendería unos 30 centímetros de profundidad.

–Quédate aquí por un momento mientras observo –dijo el abuelo-. De pronto algo como un rugido resonó desde arriba. Los ojos de Miguel se agrandaron de terror al ver la pared de agua de color pardo que se acercaba llevándolo todo por delante.

-¡Abuelo! ¡La creciente! –gritó Miguel, pero su advertencia llegó demasiado tarde. Hombre y caballo habían desaparecido bajo la rápida y arremolinada corriente de agua. Miguel galopó río abajo por la orilla hasta que vio que el caballo de su abuelo nadaba con denuedo hacia la orilla opuesta. También advirtió la cabeza del abuelo que surgía a la superficie. Las manos del abuelo trataban de asirse de algo. Miguel se bajó rápidamente del caballo, tomó el lazo y corrió a lo largo de la barranca del río. Capitán corría a su lado. -¡Abuelo! –gritó Miguel cuando el hombre se sumergió otra vez. Entonces Capitán ladró fuertemente y se lanzó al agua. Cuando el abuelo emergió otra vez del agua más allá, corriente abajo, Capitán nadó hacia él. La mano del abuelo pudo asirse fuertemente del collar del perro. Capitán trató de dirigirse hacia la orilla, luchando con el peso del abuelo.

-Aquí, Capitán, aquí! –Lo animaba Miguel, corriendo a lo largo de la barranca, tratando de mantenerse a la par de la corriente que parecía querer llevarse al abuelo y perro juntos. En ese momento la cabeza de Capitán se sumergió bajo el agua. El corazón de Miguel parecía haberse detenido por el temor. Después de unos instantes que parecieron siglos el perro y el abuelo reaparecieron en la superficie, un poco más cerca de la orilla.

-Agárrate de la soga, abuelo! –gritó Miguel mientras la hacía zumbir en forma de lazo lanzándola hacia el abuelo. Pero ésta no llegó a su destino. Miguel volvió a enrollar la soga otra vez, y la lanzó fuertemente de tal manera que esta vez llegó hasta el objetivo. Y en pocos minutos ambos, el abuelo y Capitán estaban en la barranca. El abuelo tosía y estornudaba, acostado sobre su estómago.

Miguel se inclinó hacia él.

¿Se siente usted bien, abuelo? –le preguntó ansiosamente. Capitán hizo alejar a Miguel del lado del abuelo y lo olfateó. Entonces, emitiendo un suave lamento el perro comenzó a lamer las mejillas del abuelo. Esta acción hizo que el abuelo cambió de opinión respecto a Capitán y desde ese momento el perro fue bienvenido a la casa del abuelo siendo el perro preferido de éste.

CADENA DE CIEGOS

Gracias, ¡doctor! ¡Muchas gracias! -dijo el señor Chen* mientras miraba, asombrado, a su alrededor. La operación había sido exitosa, y luego de un tiempo de espera el médico había quitado, con cuidado, las vendas de sus ojos. ¡Podía ver nuevamente! Una vez, había pensado que nunca más podría ver, pero el médico misionero lo había curado de su ceguera.

-Volveré -prometió el señor Chen.

Y así fue, unas pocas semanas más tarde estaba de vuelta. Pero, no había regresado solo.

-Doctor, traje a algunas personas conmigo -comento-.

Les dije lo que usted podía hacer por ellas. El médico miro hacia afuera. Para su sorpresa, conto 48 personas ciegas allí, de pie, esperándolo. Se veían cansadas, como si hubiesen viajado desde lejos.

-¿Cómo logro traerlos? -pregunto el médico.

Puesto que esto ocurría en tiempos en que no había medios de transporte accesibles, la profesional sabia cuán difícil era viajar de un lugar a otro, aun sin ser ciego.

-No fue fácil -respondió el señor Chen-, Hemos caminado durante días. Ellos se tomaron de una cuerda, y yo los guie hasta aquí. La cadena de personas ciegas había caminado cuatrocientos kilómetros, para consultar al doctor.

Por cuanto el señor Chen había vivido algo maravilloso en su vida, no pudo guardarse las buenas noticias solo para él. Cuando algo bueno nos ocurre a nosotros, ¿Se lo contamos a otros? Por ejemplo, ¿ha hecho Jesús algo en tu vida? ¿Qué ha hecho por ti? No te guardes las buenas noticias solamente para ti. Actúa como el señor Chen, y compártelas con los que te rodean. Diles: "Vengan ustedes, temerosos de Dios, escuchen, que voy a contarles todo lo que él ha hecho por mí".

Narrado por: Keii Johnson

CALLES RESBALADIZAS

-Papá, ¿puedo ir contigo? -preguntó Jacob*.

-Por supuesto, si quieres. Solo voy aquí cerca, a visitar a los Jansen.

Jacob se puso con ansiedad el abrigo nuevo que sus padres le hablan comprado, y pronto el papá y su hijito, de cuatro años, caminaban por la vereda. El camino estaba resbaloso, cubierto de hielo y de nieve.

-Dame la mano -le dijo el papá-. Está muy resbaladizo aquí.

El chico sacudió la cabeza.

-Quiero dejar las manos en los bolsillos -dijo-. Esta campera tiene bolsillos lindos.

Y siguió caminando por su cuenta.

Un par de minutos más tarde Jacob se resbaló y se cayó. Mientras el papá lo ayudaba a levantarse, le dijo:

-Hijito, si me das la mano, no te volverás a caer.

Pero, el niño no quiso hacerlo, y metió las manos nuevamente en los bolsillos de su abrigo. No pasó mucho tiempo hasta que sus pies encontraron otro lugar con hielo, y nuevamente se cayó, con los brazos y las piernas desparramados sobre el frío hielo. El papá de Jacob lo levantó una vez más, pero no dijo nada.

El niño se quedó detenido unos segundos, con las manos en los bolsillos. Luego, miró a su papá y le dijo:

-Papi, creo que tengo que darte la mano.

No tuvo que pedirlo dos veces. Su papá lo tomó firmemente de la mano, y caminaron juntos hasta que llegaron a la casa de los Jansen.

Aunque los pies de Jacob resbalaron una vez más, su papá evitó que se cayera.

Dios quiere sostenemos de la mano, para evitar que nos caigamos.

Pero, si insistimos en hacer las cosas como nosotros queremos-como hizo Jacob-, entonces resbalaremos y caeremos. El libro de Salmos dice: "Podrá tropezar, pero no caerá, porque el Señor lo sostiene de la mano" Permite que Dios te tome de la mano, y camina junto con él hacia la seguridad.

Narrado por: Keii Johnson

CAMINAR SOLO

Por **Bernadine Beatie**

-¿VIERON eso? -dijo Amelia abriendo tamaños ojos, mientras se dirigía a sus amigas Juanita y Linda.

La luz del cruce de calle frente a la escuela se había puesto verde, y Karen, en lugar de tomar de la mano a su hermanito Guillermo, cuyas piernas estaban dentro de soportes ortopédicos, se mantuvo a su lado y caminó lentamente mientras Guillermo bajaba trabajosamente de la acera para cruzar la calle. El muchachito tenía el rostro pálido y tenso y miraba suplicante a su hermana.

-¡Yo te ayudaré, Guillermo! -se adelantó Amelia.

Karen sacudió la cabeza negativamente.

-Gracias, Amelia, pero él se arreglará solo.

-¿Porqué no puede ayudarme? -preguntó Guillermo extendiendo sus brazos hacia Amelia.

-¡No! -dijo firmemente Karen mirando a Amelia con cierta preocupación-. Es mejor dejarlo que camine solo. El...

Pero Amelia no se detuvo a escuchar. Se alegraba porque su hermano Daniel nunca se había enfermado. Pero si hubiera estado enfermo, ella no lo habría tratado como Karen trataba a Guillermo. Amelia echó la cabeza hacia atrás y cruzó rápidamente la calle para unirse con Juanita y Linda que la esperaban.

Las niñas se quedaron observando. Una vez Guillermo casi se cayó, pero logró mantenerse en pie. Y ni aun así Karen lo ayudó, sino que se limitó a mantenerse a su lado hasta que Guillermo llegó finalmente al otro lado y subió a la acera.

Esa fue la razón por la cual Amelia, Juanita y Linda respondieron con un rotundo "¡No!" cuando su compañera Berta presentó el nombre de Karen como posible candidata para ser miembro del club Los Vecinos.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Berta. Berta era la cuarta y única otra niña que formaba parte del club-. Karen es nueva en el vecindario. No es muy cortés excluirla. Y yo prácticamente le prometí que la invitaríamos a formar parte del club.

Cuando las chicas le explicaron lo que habían visto, Berta todavía se mostró indecisa.

-Yo no puedo creer que Karen fuera deliberadamente mala con su hermano.

-¡Lo vimos con nuestros propios ojos! -recalcó Amelia-. De cualquier manera, tal vez yo apareceré como culpable, porque vivo al lado de su casa.

Después de la reunión, Amelia se dirigió lentamente a su casa. Por el rabillo del ojo vio a Karen que estaba frente a la suya.

-Hola, Amelia -saludó Karen-. Te he estado esperando. ¡Tengo una noticia muy linda que darte!



Amelia cambió de color. Temió que si se detenía a conversar con Karen, saldría el asunto del club.

-Tengo que estudiar -dijo Amelia desmañadamente.

Pero mientras se apresuraba a entrar en la casa notó que Karen se entristeció. Y por mucho que procuró hacerlo, Amelia no pudo borrar de su mente la expresión de tristeza que vio pintarse en el rostro de Karen. Abrió el libro de geografía, pero no pudo concentrarse. Continuamente acudía a su memoria lo que ella había dicho de Karen. Pero si era tan fácil ayudar a su hermano, ¿por qué Karen no lo hizo?, razonó. Y así justificó su oposición para que se la aceptara en el club. ¿Acaso lo merecía?

No obstante, Amelia recordó que al principio, recién mudados, toda la familia trataba de ayudar a Guillermo. Y Karen hacía lo indecible por él. Guillermo no tenía más que abrir la boca, y Karen soltaba lo que tuviera en la mano, y corría a ayudarlo. De pronto todos se fueron por un tiempo a la ciudad, porque Guillermo necesitaba ser atendido en una clínica especial. Regresaron justamente para empezar las clases. La verdad es que Amelia no podía entender cómo Karen había cambiado tanto.

Amelia estaba tan concentrada en sus pensamientos, que cuando sonó el timbre dio un salto.

-¡Mamá! -llamó Daniel-. ¡Amelía!

Amelia sonrió. Era Daniel. El siempre tenía que saber dónde estaba cada uno.

-Mamá fue al pueblo -le dijo Amelia-. Tú tienes que quedarte en casa.

Los inquietos pies de Daniel lo llevaron escaleras arriba. Entró en el cuarto de Amelia como una tromba.

-¿Sabes lo que la Srta. Córdoba nos dio como tarea de aritmética? -resopló.

-No, ¿qué? -preguntó Amelia.

-¡Veinte problemas y ... tan luego con fracciones! ¿Me ayudarás, Amelia?

-Si, Daniel, te ayudaré.

Amelia se sintió mejor. Los hermanos deben ayudarse mutuamente.

Pero a la media hora Amelia, impaciente, se echó hacia atrás en su silla.

-Daniel, tú no estás prestando ninguna atención. Ni siquiera intentas resolver un solo problema. Tú no puedes restar siete dieciseisavos de un octavo. Tienes que pedir prestado... -dijo arrastrando la voz.

Daniel se encogió de hombros y sonrió a su hermana.

-Resuélveme los problemas. Yo copiaré las respuestas. La Srta. Córdoba no se dará cuenta de nada.

-¡Ese sería el camino más fácil! -protestó Amelia de mal talante-. Pero eso no te haría ningún bien. Tú tienes que aprender por ti mismo, Daniel.

Y al decir eso, Amelia recordó a Karen. De pronto cada pieza cayó en su lugar, como en un rompecabezas.

-Daniel, tú terminas los problemas y yo revisaré luego las respuestas.

Amelia bajó corriendo las escaleras y se dirigió al teléfono. Hizo tres rápidas llamadas. Juaníta, Berta y Linda se sorprendieron, pero prometieron ir a verla inmediatamente.

Cuando las chicas llegaron, Amelia las llevó a la cocina.

-Yo.. yo cometí un error en lo que dije de Karen confesó Amelia-. Me sucedió algo que me ayudó a comprenderla.

Y entonces explicó rápidamente lo que le había pasado con Daniel y su aritmética.

-Como ven -terminó suavemente-, Karen estaba tratando de ayudar a su hermano para que él se ayudara a si mismo. Para ella hubiera sido mucho más fácil darle la mano y ayudarle a cruzar.

-Tienes razón, Amelia -dijo Berta que ahora se sentía muy aliviada y feliz.

-Me siento un poco avergonzada -admitió Juanita.

-Yo también -añadió Linda.

-¿Está bien si voy a decirle a Karen que queremos que se una a nuestro club Los Vecinos?

Todas estuvieron de acuerdo. A los pocos instantes Amelia regresó con Karen, cuyos ojos brillaban de felicidad.

-Estaré encantada de ser miembro de ese club -dijo tímidamente.

-Nos divertiremos mucho -a firmó Amelia.

Karen sonrió.

-Todo lo hermoso está ocurriendo al mismo tiempo. Es lo que te iba a contar antes, Amelia. Los médicos de la clínica dicen que, sí dejamos de mimarlo y permitimos que él se atienda solo, Guillermo pronto podrá caminar como cualquier otro niño. Nos dijeron que debemos enseñarle a caminar solo.

Amelia sonrió afectuosamente.

-Nosotras cooperaremos contigo, Karen. Creo que hoy todas hemos aprendido algo muy valioso.

A juzgar por la expresión del rostro de sus amigas, Amelia se dio cuenta de que el club tenía un nombre muy apropiado. Ahora el club Los Vecinos significaba realmente algo.

CAMINO ARDIENTE

Los incendios fuera de control abundaban ese año, y quemaban árboles y pastizales y todo lo que hubiera en su camino. Los bomberos y los voluntarios trabajaban arduamente en un intento por controlarlos, pero algunos días parecía que estaban peleando una batalla perdida. Mientras uno de los incendios rugía, rápidamente rodeó una zona que tenía tres casas.

-Por favor, abandonen sus casas inmediatamente -gritó un oficial a través de un parlante.

Pero, nadie salió. Los bomberos hicieron lo que pudieron por salvar las tres casas, pero las llamas continuaban ardiendo fuera de control.

-Creo que esto no tiene esperanza -se lamentó uno de ellos.

Los otros asintieron, con un movimiento de cabeza. De pronto el fuego cambió de dirección: cortó un camino entre las casas, dejando los edificios intactos. Los bomberos observaban asombrados. "Esa gente sí que tiene suerte", debieron haber pensado.

Pero, no fue la suerte la que les salvó la vida. Cuando el fuego bajó lo suficiente como para que la gente saliera de sus casas, los bomberos les preguntaron si habían oído la advertencia.

-Sí, lo hicimos -respondieron los habitantes de la primera casa-. Pero las llamas y el humo eran tan fuertes que no pudimos salir. Todo lo que pudimos hacer fue reunirnos en la sala y orar para que Dios nos protegiera.

Los residentes de la segunda y la tercera casas contaron historias similares. Ellos también habían orado pidiendo la protección de Dios. ¡Y Dios los salvó! Él respondió sus oraciones. Las familias se reunieron una vez más, para agradecer a Dios por su protección.

'Yo lo libraré, porque él se acoge a mí; lo protegeré, porque reconoce mi nombre', dice el Señor.

Por Helen Lee Robinson

CAPITÁN, EL CABALLITO INTELIGENTE

El Sr. Harry Lauder, famoso cantor y artista escocés, trabajó cuando era muchacho en una mina de carbón donde se utilizaban ponis para tirar de los vagones de carbón. El Sr. Lauder trabó una amistad especial con uno de aquellos caballitos. Este es un resumen de esa interesante historia:

"Cuando conseguí un empleo como cochero en la mina de carbón en Cadzow me sentí encantado por estar entre los caballos. ¡Qué compañeros maravillosos eran! Fuertes, resueltos, inteligentes, los caballitos cautivaban mi interés cada hora del día y de la noche. Claro que para ellos no hay día o noche; realizaban su trabajo en turnos.

"En Cadzow trabajó conmigo un maravilloso poni. Se llamaba Capitán. Era la expresión de la salud y la fuerza, aunque ya estaba trabajando en la mina hacía varios años. Capitán entendía cada palabra que se le decía. Su semblante era mucho más expresivo que el de muchos hombres que conozco. Era capaz de contar cuántas cargas habíamos llevado. Por medio de qué proceso de raciocinio o instinto lo hacía, ninguno de nosotros tenía la menor idea. Pero si yo le preguntaba al terminar su turno: '¿Cuántas cargas, Capitán?', él golpeaba con la pata derecha en el piso tantas veces como habían sido las cargas. ¡Y nunca equivocó el número! Y también sabía, con un margen de error de uno o dos minutos, cuándo era la hora de terminar el turno, y después nadie conseguía hacer que Capitán tirase de otra vagoneta de carga.

Nadie, a menos que se le explicase, de forma completa y exacta, el porqué era necesario otro viaje más.

"Cierta vez, este querido compañero salvó mi vida. Estábamos los dos yendo al lugar donde se extraía el carbón, y teníamos que pasar por una galería donde había caído la empalizada, formando una caverna de paredes tan altas que daban miedo. Cuando llegábamos a aquella oscura caverna yo quedaba tenso y asustado, y pienso que Capitán también sentía lo mismo. Por eso, siempre tratábamos de pasar lo más rápido posible. Sin embargo, una vez el poni se empacó y permaneció inmóvil justo frente a la entrada de la caverna. Sin pensar mucho, traté de obligarlo a continuar. No me hizo caso. Le di un fuerte chicotazo, y él, reculando, contempló a su alrededor y me miró en el rostro.

'¿Qué hay de malo, Capitán?', indagué. Al hacer esa pregunta, escuché, en el mismo instante, el más terrible sonido que puede asaltar los oídos de un minero: el crujir del mundo encima de él, justamente antes que la tierra y las piedras comiencen a caer estruendosamente.

"Capitán dio una vuelta completa buscando la relativa seguridad del túnel que ya habíamos dejado atrás.

En el momento siguiente quinientas toneladas de material, con el sonido como de un trueno, cayó dentro de la caverna frente a nosotros. La corta distancia que nos separó del desastre puede ser medida por el hecho de que la rueda tirada por el poni fuera de las vías fue luego encontrada llena de pedregullo.

Estando seguros ya, en el túnel, abracé y besé a Capitán varias veces. Sus oídos sensibles habían escuchado el aviso antes que los míos. El sabía qué hacer y, como consecuencia, salvó la vida de los dos. Años más tarde yo hubiera hecho de todo para poder comprar a Capitán y darle la merecida libertad a la luz del Sol, pero él había muerto en la mina".

CAPITÁN REGRESA

Por *Elena Kelly*

"¡Capitán!" llamó el Sr. Ibáñez colocando el plato de comida del perro junto a la puerta de atrás. Pero Capitán, cruza de pastor alemán con pastor escocés, no dejó oír, en respuesta, sus alegres ladridos.

El Sr. Ibáñez silbó y llamó nuevamente !"¡Capitán! ¡Capitán, la comida!" Pero nadie respondió.

-Mamá, es extraño. No tengo idea dónde estará -comentó el Sr. Ibáñez más bien para sí mismo que para su esposa que estaba adentro.

-¿Qué dijiste, querido? -preguntó la Sra. Ibáñez.

-Me pregunto dónde estará Capitán. generalmente a esta hora ya está listo para comer.

-Quizás está en alguna reunión del club, con alguno de sus amigos -dijo riendo la señora.

El Sr. Ibáñez vio a su vecino, el Sr. Campos, que estaba regando el césped.

-¿Ha visto Ud. a Capitán? -le preguntó.

-No -respondió el vecino-. Espere un momento, preguntaré a la familia y dirigiéndose a la llave del agua, la cerró. Entrando en la casa, volvió a los pocos instantes sacudiendo la cabeza: -Nadie lo ha visto esta tarde.

-Voy a recorrer el vecindario con el auto -le dijo el Sr. Ibáñez a su esposa-. Tal vez se ha ido a la otra calle.

Cuando el Sr. Ibáñez regresó a la casa, estaba oscureciendo.

-No encontré el menor rastro de él -dijo preocupado-. Si hasta mañana no aparece, pondré un aviso en el diario.

-Mañana a primera hora llamaré al corral municipal -ofreció la Sra. Ibáñez-. Allí podrán identificarlo por la placa de inscripción que lleva en el collar.

Pero en el corral municipal contestaron que no lo tenían ni lo habían visto.

Pasaron los días y las semanas y ningún Capitán volvió para ocupar el lugar especial que tenía en el sofá de la sala, o para jugar con su dueño. Nadie se presentó a reclamar la recompensa que los Ibáñez ofrecieron.

Cada día era menor la esperanza que los Ibáñez tenían de volver a ver su hermoso perro. Finalmente decidieron conseguir otro, y con el tiempo consiguieron otro más. Pero ninguno podía reemplazar a Capitán.

Pasaron meses y años. Capitán se había convertido ahora en un recuerdo querido con un triste fin. A veces cuando el Sr. Ibáñez se sentaba para descansar en el patio o en el sillón de la sala, pensaba: ¿Qué le habrá pasado a Capitán? ¿Lo habrán matado, tal vez? ¿Robado? Nunca consideró la posibilidad de que se hubiera escapado.

De pronto una noche, cuatro años después de la desaparición de Capitán, los Ibáñez estaban sentados en la sala cuando la Sra. Ibáñez levantó la vista de la revista que estaba leyendo y escuchó.

-Parece que alguien llegó a la puerta -dijo, levantándose para mirar.

Cuando abrió la puerta del frente, un tremendo animalazo se abrió paso, y entrando en la sala, de un salto subió al sofá, y ocupó el lugar favorito de Capitán.

-¿Qué es eso...? -exclamó la Sra. Ibáñez y se quedó mirando asombrada.

Su esposo se puso de pie de un salto y corrió, dando apenas crédito a sus ojos.

-¿Capitán? ¿Eres tú, Capitán?

El perro levantó la cabeza para lamer la mano del Sr. Ibáñez.

Con manos temblorosas los Ibáñez examinaron muy excitados al perro, tratando de descubrir cicatrices que les eran familiares, y las encontraron.

Era Capitán -menos su collar y su placa, y cuatro años mayor.



¿Dónde había estado? Los Ibáñez supusieron que había sido robado; pero sólo Capitán estaba seguro de saberlo, y él no lo decía. ¡Había vuelto al hogar y eso era todo lo que importaba!

CAPPY, EL HÉROE

Tommy se sentía muy feliz y orgulloso por ser el dueño de un perro terrier, que su tío, oficial del ejército, le había regalado. El nombre del perro era Capitán, pero Tommy lo llamaba afectuosamente "Cappy", Cappy era grande y fuerte, pero tenía la pata delantera manca. Como Tommy prontamente explicaba a todos sus conocidos, Cappy no era un perro común. Había sido entrenado para actuar en la guerra y, según el tío

Jack, nunca había fallado en el cumplimiento del deber. Un día, sin embargo, mientras hacía su trabajo, Cappy fue herido. Y Tommy orgullosamente contaba la historia de aquel perro: "En su función de centinela, Cappy tenía que guardar la munición traída recientemente a aquel lugar. Mi tío Jack dijo que los soldados y los perros guardaban, día y noche, aquel material. Una noche, Cappy estaba allí de guardia, y cerca se encontraba su colega de servicio, el soldado Barney. De repente, Cappy vio algo que se movía en la oscuridad. En aquel momento Barney se aproximó y notó que Cappy estaba completamente tieso, atento, con los pelos erizados. De inmediato el soldado miró en la misma dirección y también vio borrosamente una figura que se aproximaba. Entonces se puso detrás de una pila de cajas de municiones, para vigilarla, y Cappy permaneció inmóvil donde estaba. Durante un momento el bulto desapareció, pero luego volvió a aparecer, y de un salto atravesó el espacio abierto, digiriéndose hacia la pila de municiones. Como un relámpago, Cappy saltó sobre el hombre y lo derribó. Barney se abalanzó rápidamente, y hubo una lucha en la cual el perro fue alcanzado en la pata por el tiro de un revólver, pero así mismo continuó luchando". Aquí Tommy hizo una pausa mientras acariciaba la cabeza de su querido perro.

Entonces continuó: "Mi tío Jack me contó que posteriormente se descubrió que se trataba de un enemigo, cuya intención era hacer explotar toda aquella munición. ¡Y fue Cappy quien echó a perder el plan del enemigo!"

Mientras esta historia era contada y repetida muchas veces, Cappy no mostraba ninguna señal de haber sido el héroe. De hecho, sabemos que él no se sentía un héroe, pues había hecho todo en cumplimiento del deber.

Un gran afecto se desarrolló entre Cappy y Tommy, y éste sentía una profunda admiración por el perro cuya bravura y obediencia al entrenamiento que le había dado el ejército demostraron ser tan valiosos. —Yo creo, mamá —dijo Tommy un día —, que si alguien no aprende a obedecer, jamás podrá pedir que alguien lo obedezca, y no valdrá mucho para su patria, no valdrá ni la mitad del valor de Cappy. Después de eso, la madre de Tommy nunca más tuvo necesidad de reprender a su hijo por desobediencia.

CARA O CECA

El día de elecciones había terminado. Los votantes habían emitido sus votos, y ahora todo lo que quedaba era contarlos, para decidir quién era el ganador de las elecciones de 2004 para el Concejo de la ciudad de Groveland, Florida. Los funcionarios encargados de las elecciones contaron los votos, los recontaron y los volvieron a contar por tercera vez. El resultado final era el mismo: 689 votos para G. P. Sloan y 689 votos para su oponente, Richard Flynn.

La elección había terminado en un empate, por lo que los funcionarios electorales debían decidir de alguna manera quién sería el ganador. ¿Qué podían hacer? ¿Hacer que la gente votara nuevamente? Decidieron tomar un camino más fácil... y menos complicado.

-Vamos a tirar una moneda, para ver quién gana -concluyeron los funcionarios.

Y así fue que los dos candidatos, junto con un grupo de personas que los apoyaban, se reunieron en el centro comunitario local para realizarlo.

Todos observaban, mientras el jefe de la ciudad tiraba la moneda.

-Cara -gritó el señor Flynn.

El jefe de la ciudad atrapó la moneda y la dio vuelta sobre el dorso de su mano. Resultó ser ceca, por lo que el señor Sloan fue declarado ganador.

Sí, fue una manera muy poco común de ser elegido funcionario municipal, pero aparentemente la ley de Florida declaraba que en caso de un empate los candidatos podían “echar suertes”, para definir el ganador. En otras palabras, el resultado final quedaría librado a la suerte. Arrojar una moneda -cara o ceca- decidiría al ganador.

Afortunadamente, el resultado final de la batalla entre Jesús y Satanás no ha quedado librado a la suerte. El ganador ya ha sido determinado. Jesús es el vencedor, y ante su nombre “se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

No necesitas tirar una moneda al aire para estar del lado ganador.

Por Helen Lee Robinson

CARDOS Y ABEJAS

Dos hombres estaban planificando dejar Escocia y mudarse a los Estados Unidos. Mientras se preparaban para el viaje, uno de ellos sugirió que deberían llevar consigo algo que los ayudara a recordar su patria.

-Esa es una buena idea -respondió el otro hombre-. Me parece que llevare este cardo conmigo. Están en todos los campos y las praderas de este lugar, y cada vez que vea un cardo violeta lleno de espinas recordare el emblema nacional de Escocia. Su compañero asintió, expresando su aprobación. Después de pensarlo un poco, decidió llevar consigo una colmena de abejas. De esa manera, cada vez que comiera miel recordaría Escocia. Los dos hombres se establecieron en el estado de California. El hombre que había traído el cardo lo planto en el patio de atrás de su casa. Los cardos no solo crecieron en su propiedad, sino también se extendieron a los campos vecinos... para desgracia de los demás.

La decisión del otro hombre fue muy apreciada. Sus abejas se pusieron a trabajar y, eventualmente, su dueño tuvo miel dulce para comer y compartir con los demás.

-Esta miel es muy buena -decía la gente, y él les contaba que había traído sus abejas desde Escocia, su tierra natal.

Las pequeñas decisiones que al comienzo tomaron los dos hombres, en su momento tuvieron grandes resultados. Y eso es, a menudo, lo que ocurre con las pequeñas cosas de nuestra vida, las pequeñas elecciones y cosas que hacemos. Al tomar decisiones, piensa en las consecuencias. ¿Cuáles serán: cardos o abejas? "No se engañen: de Dios nadie se burla. Cada uno cosecha lo que siembra".

CARGAS PESADAS

¿Has visto imágenes de mujeres africanas llevando cosas sobre la cabeza? ¿No es asombroso cómo pueden equilibrar cargas tan pesadas? A veces, la carga que llevan puede pesar fácilmente 50 kilos o más.

Hace algunos años, un misionero que construía una escuela tenía que hacer traer materiales de construcción de un lugar que quedaba a unos 37 kilómetros de distancia.

-Necesito contratar algunos trabajadores, para que transporten los materiales -anunció.

Una cantidad de personas respondió a su pedido, y se pusieron de acuerdo en que él les pagaría de acuerdo con el peso que trajeran.

Más tarde, ese mismo día, el misionero vio a una mujer que se acercaba a él con una gran carga sobre su cabeza.

-¿Dónde quiere que ponga estas cosas? -preguntó ella.

El misionero se sorprendió de que ella hubiera caminado los 37 kilómetros para recoger la carga y luego volviera con ella. Pero, lo esperaba una sorpresa mayor todavía: la mujer había traído una carga de 55 kg. Eso es mucho peso, ¿no es verdad? ¡Eso sí que es una carga! Jesús dijo: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana”.

Jesús no estaba hablando de llevar materiales de construcción sobre la cabeza. Hablaba de la carga del pecado y la culpa, que muchos de nosotros acarreamos. “Vengan a mí”, dice, mientras ofrece quitar nuestras pesadas cargas. “No tienen que arrastrar más ese peso. Entréguenme su carga de pecado y culpa”.

Por Helen Lee Robinson

CARIBÚ: UNA PARÁBOLA

Caribú es mi perro. Y es un can fuera de lo común. Pero debo explicarlo. El animal es perezoso; deja largos cordones de baba pegajosa; come como un caballo; y deja pelos en toda la casa.

Pero Caribú me ama. De eso no tengo la menor duda. Cuando vuelvo del trabajo a la casa, ¿quién me pone las patas embarradas en mi camisa blanca y limpia? ¡Caribú! ¿Quién me pone la nariz húmeda en las manos para que le acaricie la cabeza? ¡Caribú! ¿Quién mueve la cola con tanta fuerza que me azota las piernas y me deja moretones? ¡Caribú!

Sé que me demuestra su cariño en formas extrañas. Pero, ¿sabes una cosa? ¡No lo cambiaría ni por un millón de dólares! Porque me ama y me lo demuestra.

Caribú no se avergüenza de amarme. No trata de ocultarlo ni procura amarme en la forma que alguien le dice que debiera hacerlo. Me ama a su modo, incluyendo sus baboseos. Eso es lo que importa.

Así es como Dios quiere que le amemos, con amor espontáneo y personal. También nos ayudará a amar del mismo modo a otras personas. A los amigos y enemigos por igual. Si le pides esta clase de amor, Él te lo dará.

CARLOS FINNEY

Apóstol de avivamientos 1792-1875

En el siglo diecinueve había, cerca de la aldea de New York Mills, una fábrica de tejidos, movida por la fuerza de las aguas del río Oriskany. Cierta mañana los operarios conversaban, conmovidos, sobre el poderoso culto de la noche anterior, celebrado en el edificio de la escuela pública.

Poco después de comenzar a oírse el ruido de las máquinas, el predicador, un joven alto y atlético, entró en la fábrica. El poder del Espíritu Santo todavía permanecía sobre él. Al verlo, los operarios sintieron la culpa de sus pecados, al extremo de tener que hacer grandes esfuerzos para poder continuar trabajando. Al pasar cerca de dos muchachas que trabajaban juntas, una de ellas en el momento que enmendaba un hilo, fue presa de tan fuerte convicción que cayó al suelo llorando. Instantes después, casi todos los que estaban alrededor tenían lágrimas en los ojos, y en pocos minutos, el avivamiento pasó a todas las dependencias de la fábrica.

El director, viendo que los operarios no podían trabajar, creyó que sería mejor que cuidasen de la salvación del alma, y ordenó que parasen las máquinas. La compuerta de las aguas se cerró y los noche. El escribió después sobre lo sucedido lo siguiente:

"Cuando me desperté por la mañana, la luz del sol penetraba en mi aposento. No encontraba palabras para expresar mis sentimientos al ver la luz del sol. En ese mismo instante el bautismo del día anterior volvió sobre mí. Me arrodillé al lado de la cama y lloré del gozo que sentía. Pasé mucho tiempo sin poder hacer nada sino derramar mi alma delante de Dios."

Durante el día la gente se ocupó en hablar de la conversión del abogado. Al anoecer, sin que se hubiese anunciado ningún culto, se congregó una gran multitud en el templo. Cuando Finney narró lo que Dios había hecho en su alma, muchas personas se conmovieron profundamente; uno de los presentes sintió tanta convicción, que volvió a su casa olvidando el sombrero.

Cierto abogado afirmó: "No hay duda de que él es sincero, pero también es evidente que él enloqueció." Finney habló y oró con toda libertad. Durante algún tiempo se realizaron cultos todas las noches, con la asistencia de personas pertenecientes a todas las clases sociales. Ese gran avivamiento se esparció por muchos lugares vecinos.

Respecto de ese acontecimiento escribió: "Por ocho días (después de su conversión) mi corazón permaneció tan lleno, que no sentía deseos ni de comer ni de dormir. Era como si tuviese un manjar para comer que el mundo no conocía. No sentía necesidad de alimentarme ni de dormir... Por fin, me di cuenta de que debía comer como de costumbre y dormir cuanto me fuese posible.

"Un gran poder acompañaba a la Palabra de Dios; todos los días me admiraba al notar cómo pocas palabras dirigidas a una persona, le traspasaba el corazón como una flecha.

"No demoré mucho en ir a visitar a mi padre. El no era salvo; el único miembro de la familia que profesaba la religión era mi hermano menor. Mi padre me recibió en la puerta de entrada y me preguntó: '¿Cómo estás, Carlos?' Le respondí: 'Bien, padre mío, tanto de cuerpo como de alma. Pero, papá, tú ya estás entrado en años; todos tus hijos ya son adultos y están casados; sin embargo, nunca oí a nadie orar en tu casa.' El bajó la cabeza y comenzó a llorar, diciendo: 'Es verdad, Carlos; entra y ora tú mismo.' Entramos y oramos. Mis padres quedaron muy conmovidos, y no mucho después, se convirtieron. Si mi madre había alimentado alguna esperanza antes, nadie lo sabía."

Fue así como ese abogado, Carlos G. Finney, perdió todo el gusto por su profesión y se convirtió en uno de los más famosos predicadores del evangelio. Sobre su método de trabajo él escribió: "Di un gran énfasis a la oración, porque la consideraba indispensable, si realmente queríamos un avivamiento. Me esforzaba por enseñar la propiciación de Jesucristo, su divinidad, su misión divina, su vida perfecta, su muerte vicaria, su resurrección, el arrepentimiento, la fe, la justificación por la fe y otras doctrinas, las cuales tomaban vida mediante el poder del Espíritu Santo. "Los medios empleados eran simplemente la predicación, los cultos de oración, mucha oración en secreto, evangelización personal intensiva y cultos para la instrucción de los interesados. "Yo tenía la costumbre de pasar mucho tiempo orando; creo que a veces oraba realmente sin cesar.

También vi que era muy provechoso observar frecuentemente días enteros de ayuno en secreto. En esos días, a fin de estar completamente solo con Dios, me iba al bosque, o me encerraba dentro del templo. .."

A continuación podemos ver cómo Finney y su compañero de oración, el hermano Nash "bombardeaban" los cielos con sus oraciones: "Casi a un kilómetro de distancia de la residencia del señor S... vivía cierto adepto del universalismo. Debido a sus preconceptos religiosos rehusaba asistir a los cultos. Cierta vez el hermano Nash, que estaba hospedado conmigo en la casa del señor S... se retiró al bosque, para luchar en oración, solo, bien temprano de madrugada, según era su costumbre. En esa ocasión la mañana estaba tan serena que podía oírse cualquier sonido a gran distancia. El universalista al levantarse de madrugada, salió de casa y oyó la voz de quien oraba. Después dijo que percibió que se trataba de una oración, a pesar de que no llegó a comprender muchas de las palabras, pero sí reconoció quién oraba. Aquello le traspasó el corazón como una flecha. Sintió la realidad de la religión como nunca. La flecha permanecía en su corazón, y sólo encontró alivio creyendo en Cristo." Respecto al espíritu de oración, Finney afirmó que "era común en esos avivamientos que los recién convertidos se sintiesen llevados del deseo de orar, hasta el punto de orar durante noches enteras, hasta faltarles las fuerzas físicas. El Espíritu Santo constreñía grandemente el corazón de los creyentes, y sentían constantemente la responsabilidad por la salvación de las almas inmortales. La seriedad de sus pensamientos se manifestaba en el cuidado con que hablaban y se comportaban. Era muy común encontrar creyentes reunidos en un lugar, arrodillados orando, en vez de estar platicando." En cierta época en que las nubes de la persecución eran cada vez más negras, Finney, como era su costumbre en tales circunstancias, se sintió guiado a disiparlas, orando. En vez de enfrentar las acusaciones hablando en público o en privado, él oraba. Acerca de su experiencia, él escribió: "Alcé mis ojos a Dios con gran anhelo, día tras día, rogándole que me mostrase el plan que debía seguir, y me concediese la gracia para soportar la borrasca... El Señor me mostró en una visión lo que tenía que enfrentar. El se acercó tanto a mí mientras yo oraba, que mi carne literalmente se estremecía sobre mis huesos. Temblaba de la cabeza a los pies, con pleno conocimiento de la presencia de Dios." Añadimos a continuación otro ejemplo, que copiamos de su autobiografía, de la manera en que el Espíritu Santo obraba en su predicación:

"Al llegar a la hora anunciada para iniciar el culto, encontré el edificio de la escuela tan repleto de gente, que tuve que quedarme en pie cerca de la entrada. Cantamos un himno, es decir, la gente pretendía cantarlo. Sin embargo, como no estaban acostumbrados a cantar los himnos de Dios, cada uno gritaba como le parecía. No pude contenerme y me tiré de rodillas y comencé a orar. El Señor abrió las ventanas de los cielos, derramó el espíritu de oración y yo me puse a orar con toda mi alma.

"No escogí ningún texto en particular, pero, al ponerme de pie, les dije: 'Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad.' Añadí, que había cierto hombre que se llamaba Abraham, otro llamado Lot... les conté entonces cómo Lot se mudó para Sodoma... un lugar que era excesivamente corrompido... Dios resolvió destruir la ciudad y Abraham oró por Sodoma. Pero los ángeles encontraron solamente un justo allí, cuyo nombre era Lot. Los ángeles dijeron: '¿Tienes aquí alguno más? Yernos, y tus hijos y tus hijas, y todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar; porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos ha subido de punto delante de Jehová; por tanto, Jehová nos ha enviado para destruirlo.'

"Al relatar yo esto, los oyentes se enojaron hasta el punto que me habrían azotado. En ese momento dejé de predicar y les expliqué que me había dado cuenta de que allí no se celebraba nunca ningún culto y que tenía el derecho de considerarlos corrompidos. Destaqué eso con más y más énfasis y, con el corazón lleno de amor, hasta no poder ya contenerme más.

"Después de hablarles de esa manera durante unos quince minutos, pareció envolver a los oyentes una tremenda solemnidad y comenzaron a caer al suelo, clamando y pidiendo misericordia. Si yo hubiese tenido en cada mano una espada, no habría podido derribarlos tan prontamente como iban cayendo. En efecto, dos minutos después de que los oyentes sintieron el impacto del Espíritu Santo al caer sobre ellos, casi todos estaban caídos de rodillas o postrados en el suelo. Todos los que podían articular palabras, oraban por sí mismos.

"Tuve que dejar de predicar porque los oyentes no prestaban más atención. Vi al anciano que me había invitado a predicar, sentado en medio del salón, mirando a su alrededor, estupefacto. Grité bien alto para que él me oyese, porque había mucho ruido, y le pedí que orase. El cayó de rodillas y comenzó a orar con voz retumbante, pero la gente no le prestó ninguna atención. Entonces grité: — ustedes no están todavía en el infierno; quiero guiarlos a Cristo... — Mi corazón rebosaba de gozo al presenciar semejante escena.

Cuando pude dominar mis sentimientos, me volví hacia un muchacho que estaba cerca de mí, conseguí llamar su atención y prediqué a Cristo, en voz bien alta, en su oído. Luego, al contemplar la cruz de Cristo, él se calmó por un momento y comenzó a orar fervorosamente por los otros. Después hice lo mismo con otra persona, y luego con otra y otra, y así continué ayudándolos hasta la hora del culto de la noche en la aldea. Dejé al anciano que me había invitado a predicar allí, para que continuase la obra con los que oraban. "Al volver, había todavía tantos clamando a Dios, que no podíamos clausurar la reunión, la cual continuó durante el resto de la noche. Al amanecer el día, algunos todavía permanecían con el alma herida. No se podían levantar y, para dar lugar a las clases, fue necesario llevarlos a una residencia no muy distante. En la tarde me mandaron a llamar porque el culto aún no había terminado. "Sólo en esta ocasión llegué a saber la razón de por qué mi mensaje había enfadado al auditorio. Aquel lugar se lo conocía con el nombre de 'Sodoma', y en él habitaba un solo hombre piadoso, a quien el pueblo llamaba 'Lot'. El era el anciano que me había invitado a predicar."

Ya anciano, Finney escribió acerca de lo que el Señor había hecho en "Sodoma": "A pesar de que el avivamiento cayó tan repentinamente sobre ellos, el mismo fue tan radical, que las conversiones fueron profundas y la obra realizada, permanente y genuina. Nunca oí ningún comentario desfavorable al respecto."

No fue solamente en la América del Norte que Finney vio al Espíritu Santo caer sobre los oyentes y postrarlos en tierra. En Inglaterra, durante los nueve meses de evangelización allí, grandes multitudes — en cierta ocasión, más de dos mil personas de una sola vez — se postraron también mientras él predicaba. Algunos predicadores confían en la instrucción e ignoran la obra del Espíritu Santo. Otros, con razón, rechazan tal ministerio infructífero y carente de gracia; oran para que el Espíritu Santo se haga cargo, y se regocijan con el gran progreso de la obra de Dios. Pero otros más, como Finney, se dedican a buscar el poder del Espíritu Santo, sin despreciar la ayuda de la instrucción, obteniendo con ello resultados increíblemente más grandes.

Durante los años de 1851 a 1866, Finney fue director del colegio de Oberlin y enseñó a un total de 20 mil estudiantes. El daba más énfasis a la pureza del corazón y al bautismo en el Espíritu Santo, que a la preparación del intelecto. De Oberlin salió una corriente continua de alumnos llenos del Espíritu Santo. Así, después de años de intensivo evangelismo y debido a sus esfuerzos realizados en el colegio, "en 1857, Finney veía la conversión a Dios de unas cincuenta mil almas todas las semanas" (By my Spirit, Jonatán Goforth, pág. 183). Los diarios de Nueva York, a veces casi no publicaban otras noticias, sino las del avivamiento.

Sus lecciones a los creyentes sobre avivamiento se publicaron primero en un periódico y después en un libro de 445 páginas que se tituló: "Discursos sobre avivamientos." Las primeras dos ediciones, de 12 mil ejemplares, se vendieron acabadas de salir de la prensa. Se imprimieron otras ediciones en varios idiomas. Una sola casa editora de Londres publicó 80 mil ejemplares. Entre sus otras obras de circulación mundial se cuentan las siguientes: su "Autobiografía", "Discursos a los creyentes", y "Teología sistemática".

Los convertidos en los cultos de Finney eran constreñidos por la gracia de Dios a ir de casa en casa para ganar almas. El mismo se esforzó en preparar el mayor número de obreros en el colegio Oberlin. Pero el deseo que ardía siempre en todo lo que hacía, era transmitir a todos el espíritu de oración. Predicadores como Abel Cary y el Padre Nash viajaban con él, y mientras él predicaba, ellos continuaban postrados orando. Son de él las palabras siguientes:

"Si yo no tenía el espíritu de oración, no conseguía nada, si por un día, o por una hora, yo perdía el espíritu de gracia y de súplicas, no podía predicar con poder y obtener resultados, y ni siquiera ganar almas personalmente."

Para que nadie juzgue que su obra fue superficial, citamos a otro escritor: "Se descubrió mediante una investigación a fondo, que más de 85 de cada cien personas que se convirtieron debido a la predicación de Finney, permanecieron fieles a Dios, mientras que 75 de cada cien personas que se convirtieron en los cultos de algunos de los más importantes predicadores, luego se desviaron. Parece que Finney tenía el poder de impresionar la conciencia de los hombres respecto a la necesidad de vivir en santidad, de tal manera que produjo frutos más permanentes." (Deeper Experiences of Famous Christians, pág. 243). Finney continuó inspirando a los estudiantes del colegio Oberlin hasta su muerte, a los 82 años. Hasta el fin su mente permaneció tan clara como cuando era joven y su vida nunca pareció tan rica en el fruto del

Espíritu y en la belleza de su santidad, como en esos últimos años. El domingo 16 de agosto de 1875 predicó su último sermón. Pero no asistió al culto de la noche. Sin embargo, al oír que los creyentes cantaban "Jesús, amante de mi alma, déjame volar a tu regazo", salió hasta la entrada de la casa y cantó, junto con los que él tanto amaba. Esa fue la última vez que cantó en la tierra. A medianoche se despertó sintiendo dolores punzantes en el corazón. De esos dolores había sufrido muchas veces durante su vida. Sembró las semillas de avivamiento y las regó con sus lágrimas. Todas las veces que recibió el fuego de la mano de Dios, fue con sufrimiento. Finalmente, antes del amanecer, se durmió en la tierra, para despertar en la gloria de los cielos. Faltaban solamente trece días para que cumpliera sus 83 años de vida aquí en la tierra.

CARLOS SPURGEON

EL PRINCIPE DE LOS PREDICADORES 1834-892

Durante el período de la inquisición española, bajo el reinado del emperador Carlos V, un número muy grande de creyentes fueron quemados en las plazas públicas o enterrados vivos. El hijo de Carlos V, Felipe II, en 1567 llevó la persecución hasta los Países Bajos, declarando que aunque le costase mil veces su propia vida, él limpiaría todo su dominio del "protestantismo". Antes de morir, se jactaba de haber mandado al verdugo por lo menos 18.000 "herejes".

Al comenzar ese reinado de terror en los Países Bajos, muchos millares de creyentes huyeron para Inglaterra. Entre los que escaparon del "Concilio de Sangre" se encontraba la familia Spurgeon.

En Inglaterra el pueblo de Dios tampoco se encontraba libre de la persecución. Al mismo tiempo que Juan Bunyan, autor de "El progreso del peregrino", permanecía en la prisión de Bedford, Jo Spurgeon, bisabuelo del tatarabuelo de Carlos, se encontraba preso por segunda vez por haber asistido a un culto evangélico, y permaneció casi cuatro meses en la cárcel de Chelsford, "donde pasó la mayor parte del tiempo sentado por hallarse demasiado débil para acostarse". Los bisabuelos de Carlos eran creyentes fervorosos y habían criado a sus hijos en el temor de Dios. Su abuelo paterno después de casi cincuenta años de pastorado en el mismo lugar podía decir:

"No he tenido ni una hora de tristeza con mi iglesia después que asumí el cargo de pastor!" El padre de Carlos, Santiago Spurgeon, fue el amado pastor de Stambourne.

Cuando Carlos era todavía un niño, se interesaba por la lectura de "El progreso del peregrino", de la historia de los mártires y de diversas obras de teología. Es casi imposible apreciar la enorme influencia que esas obras ejercieron sobre su vida.

Se puede apreciar que él era precoz en los asuntos espirituales, por el siguiente acontecimiento: A pesar de ser un niño de apenas cinco años de edad sintió profundamente el cuidado del abuelo, por causa del comportamiento de uno de los miembros de la iglesia llamado el "Viejo Roads". Cierta día Carlos, al encontrar a Roads en compañía de otros fumando y bebiendo cerveza, se dirigió a él en estos términos: "¿Qué haces aquí, Elías?" El "Viejo Roads" arrepentido contó entonces a su pastor, cómo al principio se disgustó con el niño, pero al fin se conmovió. Desde aquel día el "Viejo Roads" anduvo siempre cerca del Salvador.

Cuando Carlos era todavía pequeño, quedó convencido de pecado por Dios. Durante algunos años se sintió como una criatura sin esperanza, sin consuelo; asistía a diferentes cultos en distintos lugares, sin llegar a saber cómo podía librarse del pecado. Entonces, cuando tenía quince años de edad, aumentó en él el deseo de ser salvo. Ese deseo aumentó en tal forma que pasó seis meses agonizando en oración. En ese tiempo, un día asistió a un culto en cierta iglesia; pero ese día el predicador no pudo ir al culto debido a una gran tormenta de nieve. A falta del pastor, un zapatero se levantó para predicar ante las pocas personas que se encontraban presentes, y leyó este texto: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra" (Isaías 45:22). El zapatero, que no tenía experiencia en el arte de predicar, solamente podía repetir el pasaje y decir: "(Mirad! No es necesario que levantéis ni un pie, ni un dedo. No es necesario que estudiéis en el colegio para saber mirar, ni tampoco que contribuyáis con 1000 libras esterlinas. Mirad a mí, y no a vosotros mismos. No hay consuelo en vosotros. Miradme, sudando grandes gotas de sangre. Miradme colgado de la cruz. Miradme, muerto y sepultado. Miradme, resucitado. Miradme, sentado a la derecha de Dios." Luego, fijando los ojos en Carlos, le dijo: "Joven, parece que tú eres desgraciado. Serás infeliz en la vida y en la muerte si no obedecieres."

Entonces gritó con más fuerza: "(Joven, mira a Jesús! (Míralo ahora!" El joven miró y continuó mirando, hasta que por fin, un gozo indecible se apoderó de su alma.

El recién salvo al contemplar el constante celo del Maligno, se sintió inspirado por el Poder divino para hacer todo lo posible para frustrar la obra del enemigo del bien. Spurgeon aprovechaba todas las oportunidades para distribuir folletos. Se entregaba de todo corazón a enseñar en la Escuela Dominical, donde se ganó, desde el comienzo, el amor de sus alumnos, y por intermedio de ellos, la presencia de los padres en la Escuela Dominical. A la edad de dieciséis años comenzó a predicar. Acerca de ese hecho él dijo

lo siguiente: ";Cuántas veces me fue concedido el privilegio de predicar en la cocina de la casa de algún agricultor, o en un establo!"

Algunos meses después de predicar su primer sermón, fue llamado a pastorear la iglesia de Waterbeach. Al cabo de dos años, esa iglesia de cuarenta fervorosos y habían criado a sus hijos en el temor de Dios. Su abuelo paterno después de casi cincuenta años de pastorado en el mismo lugar podía decir: "No he tenido ni una hora de tristeza con mi iglesia después que asumí el cargo de pastor!" El padre de Carlos, Santiago Spurgeon, fue el amado pastor de Stambourne.

Cuando Carlos era todavía un niño, se interesaba por la lectura de "El progreso del peregrino", de la historia de los mártires y de diversas obras de teología. Es casi imposible apreciar la enorme influencia que esas obras ejercieron sobre su vida. Se puede apreciar que él era precoz en los asuntos espirituales, por el siguiente acontecimiento: A pesar de ser un niño de apenas cinco años de edad sintió profundamente el cuidado del abuelo, por causa del comportamiento de uno de los miembros de la iglesia llamado el "Viejo Roads". Cierta día Carlos, al encontrar a Roads en compañía de otros fumando y bebiendo cerveza, se dirigió a él en estos términos: ")Qué haces aquí, Elías?" El "Viejo Roads" arrepentido contó entonces a su pastor, cómo al principio se disgustó con el niño, pero al fin se conmovió.

Desde aquel día el "Viejo Roads" anduvo siempre cerca del Salvador.

Cuando Carlos era todavía pequeño, quedó convencido de pecado por Dios. Durante algunos años se sintió como una criatura sin esperanza, sin consuelo; asistía a diferentes cultos en distintos lugares, sin llegar a saber cómo podía librarse del pecado. Entonces, cuando tenía quince años de edad, aumentó en él el deseo de ser salvo. Ese deseo aumentó en tal forma que pasó seis meses agonizando en oración. En ese tiempo, un día asistió a un culto en cierta iglesia; pero ese día el predicador no pudo ir al culto debido a una gran tormenta de nieve. A falta del pastor, un zapatero se levantó para predicar ante las pocas personas que se encontraban presentes, y leyó este texto: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra" (Isaías 45:22). El zapatero, que no tenía experiencia en el arte de predicar, solamente podía repetir el pasaje y decir: "(Mirad! No es necesario que levantéis ni un pie, ni un dedo. No es necesario que estudiéis en el colegio para saber mirar, ni tampoco que contribuyáis con 1000 libras esterlinas. Mirad a mí, y no a vosotros mismos. No hay consuelo en vosotros. Miradme, sudando grandes gotas de sangre. Miradme colgado de la cruz. Miradme, muerto y sepultado. Miradme, resucitado. Miradme, sentado a la derecha de Dios." Luego, fijando los ojos en Carlos, le dijo: "Joven, parece que tú eres desgraciado. Serás infeliz en la vida y en la muerte si no obedecieres."

Entonces gritó con más fuerza: "(Joven, mira a Jesús! (Míralo ahora!" El joven miró y continuó mirando, hasta que por fin, un gozo indecible se apoderó de su alma.

El recién salvo al contemplar el constante celo del Maligno, se sintió inspirado por el Poder divino para hacer todo lo posible para frustrar la obra del enemigo del bien. Spurgeon aprovechaba todas las oportunidades para distribuir folletos. Se entregaba de todo corazón a enseñar en la Escuela Dominical, donde se ganó, desde el comienzo, el amor de sus alumnos, y por intermedio de ellos, la presencia de los padres en la Escuela Dominical. A la edad de dieciséis años comenzó a predicar. Acerca de ese hecho él dijo lo siguiente: ";Cuántas veces me fue concedido el privilegio de predicar en la cocina de la casa de algún agricultor, o en un establo!"

Algunos meses después de predicar su primer sermón, fue llamado a pastorear la iglesia de Waterbeach. Al cabo de dos años, esa iglesia de cuarenta miembros pasó a tener cien. El joven predicador deseaba educarse, y el director de una escuela superior, que estaba de visita en esa ciudad, le dio una cita para discutir con él ese asunto. Sin embargo, la criada que recibió a Carlos, por descuido no llamó al profesor y éste salió sin saber que el joven lo estaba esperando. Después ya en la calle, un poco triste, Carlos oyó una voz que le decía: ")Buscas grandes cosas para ti? (No las busques!" Fue entonces allí mismo, que abandonó la idea de estudiar en ese colegio, convencido de que Dios lo dirigía a otras cosas. No se debe concluir, sin embargo, que Carlos Spurgeon decidió no educarse. Después de eso él aprovechó todos los momentos libres para estudiar. Se dice que alcanzó la fama de ser uno de los hombres más instruidos de su tiempo. Spurgeon había predicado en Waterbeach solamente durante dos años, cuando fue llamado a predicar en el Park Street Chapel de Londres. El local era inconveniente para los cultos, y el templo que tenía asientos para mil doscientos oyentes era demasiado grande para los auditorios. Sin embargo, "había allí un grupo de fieles que nunca cesaron de rogar a Dios por un glorioso avivamiento". Y el avivamiento ocurrió. Ese

hecho está registrado así en las palabras del propio Spurgeon: "Al comienzo yo predicaba solamente a un puñado de oyentes. Sin embargo, no me olvidé de la insistencia de sus oraciones. A veces parecía que rogaban hasta querer ver realmente presente el Ángel del Pacto queriendo bendecirlos. Más de una vez nos admiramos con la solemnidad de las oraciones hasta que llegábamos a sentir quietud, mientras el poder del Señor nos sobreviniera. . . (Así fue como descendió la bendición, la casa se llenó de oyentes y fueron salvadas decenas de almas!"

Bajo el ministerio de ese joven de diecinueve años, la concurrencia aumentó en pocos meses a tal punto, que el edificio ya no podía contener las multitudes; centenares de oyentes permanecían en la calle para aprovechar las migajas que caían del banquete que había dentro de la casa.

Se resolvió entonces reformar el New Park Street Chapel, y durante el tiempo de la obra se celebraban los cultos en Exeter Hall, un edificio que tenía asientos para cuatro mil quinientos oyentes. Allí, en menos de dos meses, los auditorios fueron tan grandes que las calles durante los cultos se volvían intransitables. Cuando volvieron al edificio de la New Park Street Chapel, el problema en vez de estar resuelto era aún mayor; (tres mil personas ocupaban ahora el espacio preparado para mil quinientas! (El dinero empleado en esa obra que fue una suma muy elevada, había sido totalmente desperdiciado! Se hizo necesario volver para el Exeter Hall.

Pero ni el Exeter Hall era suficiente para los auditorios, y la iglesia tuvo que tomar una actitud espectacular. C alquiló el Surrey Music Hall, el edificio más amplio, imponente y magnífico de Londres, construido para diversiones públicas.

La noticia de que los cultos tendrían lugar en Surrey Music Hall en vez del Exeter Hall, electrificaron a toda la ciudad de Londres. El culto inaugural fue anunciado para la noche del 19 de octubre de 1856. En la tarde de ese día, millares de personas se dirigieron para allá a fin de encontrar asiento. Cuando por fin, el culto comenzó, el edificio en el cual cabían doce mil personas, estaba totalmente lleno y había más de diez mil personas afuera que no podían entrar.

Desde el primer culto celebrado en el Surrey Music Hall, se notaron indicios de la persecución que Spurgeon tendría que encarar. El estaba orando, después de la lectura de las Escrituras, cuando los enemigos de la obra de Dios se levantaron gritando: "(Fuego! (Fuego!" A pesar de todos los esfuerzos de Spurgeon y de todos los otros creyentes, la gran masa de gente estaba tan envuelta en el tumulto que se produjo, que siete personas murieron y veintiocho quedaron gravemente heridas. Después, serenó, se encontraron regados por todas partes del edificio restos de ropa de hombre y de mujer; sombreros, mangas de vestidos, zapatos, piernas de pantalones, mangas de sacos, chales, etc., etc., objetos esos que los millares de personas dejaron, en la lucha de escapar del edificio. En todo momento Spurgeon se comportó con la mayor calma durante todo el tiempo de la indescriptible catástrofe, pero después pasó días postrado, sufriendo a consecuencia de semejante suceso.

Las noticias sobre los trágicos sucesos ocurridos durante el primer culto celebrado en el Surrey Music Hall, en vez de perjudicar la obra, sirvieron de estímulo para aumentar el interés por los cultos. De un día para otro Spurgeon, el héroe del sur de Londres, se volvió un personaje de proyección mundial. Aceptó invitaciones para predicar en las ciudades de toda Inglaterra, Escocia, Irlanda, Gales, Holanda y Francia. Predicaba al aire libre y en los mayores edificios, un promedio de ocho a doce veces por semana.

El siguiente:

"Orar acerca de las Escrituras es como pisar las uvas en el lagar, trillar el trigo en la era, y extraer el oro de las minas."

Acerca de su vida familiar, Susana, la esposa de Spurgeon, escribió lo siguiente: "Practicábamos el culto doméstico, ya fuese hospedados en un rancho en las sierras, ya en un suntuoso cuarto de hotel de la ciudad. Y la bendita presencia de Cristo, que para muchos creyentes parece imposible alcanzar, era para él la atmósfera natural; él vivía y respiraba en el Señor."

Antes de iniciar la construcción del famoso templo de Londres, El Tabernáculo Metropolitano, Spurgeon, junto con algunos de los miembros de la iglesia, se arrodillaron en el terreno entre las pilas de materiales de construcción y rogaron a Dios que no permitiese que ningún trabajador muriese ni quedase herido durante la ejecución de las obras de construcción. Dios respondió maravillosamente a esa oración, no permitiendo que ocurriese ningún accidente durante todo el tiempo de la construcción del imponente edificio, que medía ochenta metros de largo, veintiocho metros de ancho y veinte de alto.

La iglesia comenzó a edificar el tabernáculo teniendo como meta liquidar todas las deudas de los materiales y pagar toda la mano de obra antes de que acabase la construcción. Como de costumbre, pidieron a Dios que les ayudase a realizar ese deseo, y todo quedó pagado antes del día de la inauguración. "El Tabernáculo Metropolitano quedó terminado en marzo de 1861. Durante los siguientes 31 años, un promedio de 5.000 personas se congregaba allí todos los domingos, por la mañana y por la noche. De tres en tres meses, Spurgeon pedía a los que habían asistido en ese período que se ausentasen. Ellos así lo hacían; sin embargo, el Tabernáculo estaba siempre lleno con otra parte de las masas que aún no habían sido alcanzadas por el mensaje."

Durante cierto período predicó 300 veces en doce meses. El mayor auditorio al cual predicó, fue en el Crystal Palace de Londres, el 7 de octubre de 1857. El número exacto de asistentes fue de 23.654 personas. (Spurgeon se esforzó tanto en aquella ocasión y su cansancio fue tan grande, que después de ese sermón de la noche del miércoles durmió hasta la mañana del viernes!

Sin embargo, no debemos pensar que solamente era en el púlpito que su alma ardía por la salvación de los perdidos. También se ocupaba grandemente en el evangelismo individual. En ese sentido citamos aquí lo que cierto creyente dijo con respecto a él: "He visto auditorios de 6.500 personas enteramente impresionados por el fervor de Spurgeon. Pero al lado de un niño moribundo, que él había llevado a Cristo, lo encontré aún más sublime que cuando dominaba el interés de la multitud."

Parece imposible que semejante predicador tuviese tiempo para escribir. Sin embargo, los libros que él escribió constituyen una biblioteca de 135 tomos. Hasta hoy, no hay una obra más rica en joyas espirituales que la de Spurgeon, de siete volúmenes sobre los Salmos, titulada: "La tesorería de David." Publicó un número tan grande de sus sermones, que aun leyéndolos uno por día, ni en diez años el lector podría leerlos todos. Muchos fueron traducidos a varias lenguas y publicados en los periódicos del mundo entero. El mismo escribía una gran parte del material para su periódico, "La espada y la cuchara", título que le fue sugerido por la historia de la construcción de los muros de Jerusalén, en los tiempos angustiosos de Nehemías.

Además de predicar constantemente a grandes auditorios y de escribir tantos libros, se esforzó también en otras varias actividades. Inspirado por el ejemplo de Jorge Müller, fundó y dirigió el orfanato de Stockwell. Los que estaban al frente de esa obra, pedían a Dios y recibían lo necesario para levantar edificio tras edificio y para sustentar a centenares de niños desamparados.

Reconociendo la necesidad de instruir a los jóvenes llamados por Dios para proclamar el evangelio y, de esa manera, alcanzar un mayor número de perdidos, fundó y dirigió el Colegio de los Pastores con la misma fe en Dios que demostró en la obra de cuidar de los huérfanos. Impresionado por la vasta circulación de literatura viciosa, formó una junta de venta de libros evangélicos. Decenas de vendedores fueron sustentados y se pronunciaron millares de discursos, además de venderse de casa en casa muchas toneladas de Escrituras y de otros libros.

Acerca del éxito tan estupendo alcanzado en la vida de Spurgeon, conviene observar lo siguiente: Ninguno de sus antepasados alcanzó fama. Su voz podía predicar a los mayores auditorios, pero otros predicadores sin fama gozaban también de la misma voz. El Príncipe de los predicadores era, ante todo, EL PRINCIPE DE RODILLAS. Como Saulo de Tarso, entró en el Reino de Dios también agonizando, de rodillas. En el caso de Spurgeon esa angustia duró seis meses. Después, como sucedió con Saulo de Tarso, la fervorosa oración se convirtió en un hábito en su vida. Aquellos que asistían a los cultos en el gran Tabernáculo Metropolitano, decían que las oraciones eran la parte más sublime de los cultos.

Cuando alguien le pedía a Spurgeon que explicase el poder de su oración, El Príncipe de rodillas señalaba para el entresuelo que quedaba abajo del salón del Tabernáculo Metropolitano y decía: "En la sala que está allí abajo, hay 300 creyentes que saben orar. Todas las veces que yo predico, ellos se reúnen allí para sustentarme las manos, orando y suplicando ininterrumpidamente. En la sala que está abajo de nuestros pies es donde se encuentra la explicación del misterio de esas bendiciones." Spurgeon acostumbraba dirigirse a los alumnos del Colegio de los Pastores de esta manera:

"Permaneced en la presencia de Dios. . . si vuestro fervor llega a enfriarse, no podréis orar bien en el púlpito. . . tampoco en el seno de la familia. . . y menos aún cuando estéis estudiando solos. Si vuestra alma se debilita, los oyentes sin saber por qué, notarán que vuestras oraciones públicas tienen muy poco sabor."

Asimismo sobre la oración, su esposa dio este testimonio: "El le daba mucha importancia a la media hora de oración que pasaba con Dios antes de comenzar el culto." Cierta creyente también escribió sobre este respecto lo siguiente: "Se siente durante su oración pública, que él es un hombre de bastante fuerza como para llevar en las manos unguidas las oraciones de una multitud. Esta es la idea más grandiosa del sacerdote entre Dios y los hombres."

Convencido del gran poder de la oración, Spurgeon designó el mes de febrero de cada año para celebrar en el gran Tabernáculo, la convención anual y hacer súplicas por un avivamiento de la obra de Dios. En esas ocasiones pasaban días enteros en ayuno y en oración, oración que se volvía más y más fervorosa. No solamente sentían la gloriosa presencia del Espíritu Santo en esos cultos, sino que les era aumentado el poder con frutos abundantes.

En su biografía consta que desde el comienzo de su ministerio en Londres, numerosas personas gravemente enfermas se curaron como respuesta a sus oraciones.

La vida de Spurgeon no era una vida egoísta y de interés propio. El y su esposa hicieron los mayores sacrificios para colocar libros espirituales en las manos de un gran número de predicadores pobres, y contribuían constantemente al sustento de las viudas y huérfanos. Recibían grandes sumas de dinero, pero lo daban todo para el progreso de la obra de Dios. Nunca buscó fama ni la honra de fundador de otra denominación, como muchos de sus amigos esperaban.

Nunca predicó para su propia gloria, sino que tuvo siempre como propósito el mensaje de la cruz para llevar a los oyentes a Dios. Consideraba sus sermones como si fuesen saetas, y ponía en ellos todo su corazón, empleando toda su fuerza espiritual para producirlos. Predicaba confiado en el poder del Espíritu Santo, empleando lo que Dios le concediera para conmover el mayor número de oyentes.

"Carlos Hadon Spurgeon recibía el fuego del cielo estudiando la Biblia, horas enteras en comunión con Dios."

Cristo era el secreto de su poder. Cristo era el centro de todo para él; siempre y únicamente Cristo.

J.P. Fruit dijo lo siguiente: "Cuando Spurgeon oraba, parecía que Jesús estaba de pie a su lado."

Sus últimas palabras en el lecho de muerte, dirigidas a su esposa, fueron estas: "(Oh querida, he gozado un tiempo muy glorioso con mi Señor!" Ella al ver por fin, que su marido había partido con el Señor cayó de rodillas y con lágrimas exclamó: "(Oh bendito Señor Jesús, te agradezco el tesoro que me prestaste durante todos estos años; ahora Señor, dame fuerzas y dirección para seguir en el futuro!"

Seis mil personas asistieron a su funeral. En el féretro le pusieron una Biblia abierta que mostraba el texto que Dios usó para convertirlo: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra."

El cortejo fúnebre pasó entre cientos de miles de personas que se encontraban apostadas de pie en las mujeres lloraban. La sencilla tumba del célebre Príncipe de los predicadores, en el cementerio de Norwood, da testimonio de la verdadera grandeza de su vida. En la lápida se leen estas humildes palabras:

Aquí yace el cuerpo de
CARLOS HADON SPURGEON
Esperando la aparición
de su Señor y Salvador
JESUCRISTO

CAROLA Y EL ROCIADOR

Carola estaba vestida para ir a una fiesta de cumpleaños. La mamá acababa de ponerle el hermoso vestido blanco y atarle el cabello, bien peinado, con una linda cinta rosada.

- Ahora vestiré a Mariela -dijo la mamá -. Quédate tranquila, Carola, hasta que termine con ella, y no te ensucies la ropa.

- No, Mamá -respondió Carola -. Me portaré bien.

Saldré a caminar por el jardín para sentir el perfume de las flores. ¿Está bien?

-Sí -dijo la mamá -, pero no te manches la ropa mientras esperas la hora de la fiesta.

La mamá comenzó a vestir a Mariela, a peinarla, mientras Carola caminaba por el jardín, aspirando el perfume de las flores, como le había prometido a la mamá.

Pero era una tarde calurosa de verano, y mientras esperaba que su hermana estuviera lista comenzó a sentir cada vez más calor.

Después de un rato notó que el vecino había conectado la manguera con un rociador para regar el césped, y una lluvia fina se esparcía en un gran círculo. Parecía hermoso. Caminó hasta el borde de ese círculo y extendió la mano. ¡Qué fresca se sentía el agua! Unas gotitas cayeron sobre sus mejillas y le pareció hermoso.

Se acercó un poco más. Pronto la lluvia fina caía sobre su cabeza, y comenzó a gotear de su cabello. Le gustaba. Finalmente, olvidándose de la fiesta, se acostó en el césped junto al rociador y dejó que el agua cayera sobre ella. ¡Qué refrescante!

En ese momento salió la mamá de la casa con Mariela, perfectamente vestida y reluciente de la cabeza a los pies.

- ¡Carola! -llamó la mamá -. Es hora de ir a la fiesta de cumpleaños. Mariela ya está lista. ¿Dónde te has metido?

La voz de la mamá denotaba un poco de ansiedad, pero Carola no respondió.

En eso la mamá miró hacia el césped del vecino, ¡y qué sorpresa! Allí estaba Carola, acostada en el césped, junto al rociador, mirando cómo la fina lluvia caía sobre ella. Su precioso vestido de fiesta estaba hecho una lástima, y su cabello tan bien peinado chorreaba agua.

-¡Carola! -exclamó la mamá- ¿Qué estás haciendo? y sin esperar respuesta corrió hasta donde estaba Carola, la levantó y la llevó chorreando a la casa. Lo que ocurrió después lo dejaré para que ustedes lo imaginen, pero lo que se oía a través de la puerta no parecía muy agradable.

Carola aprendió, de una manera dolorosa y triste, que olvidarse de una promesa y desobedecer a mamá son dos cosas que una niña nunca debe hacer.

CASA SUCIA

La casa era un desastre, por fuera y por dentro. Había más de cien tachos de basura, llenos con materia en descomposición, desparramados por la entrada para autos. El olor era espantoso y, cuando soplaban el viento, empeoraba más todavía. Aquellos que hallaban la puerta de acceso y entraban en la casa debían abrirse paso entre la basura, que se amontonaba hasta un metro y medio de altura.

¿Puedes imaginártelo que es vivir en una casa tan sucia? Aparentemente, la señorita Fandel, una mujer de Nebraska, no tenía ningún problema con ello: había vivido de esa manera durante muchos, muchos años.

Sus vecinos, a menudo, se quejaban a los funcionarios de la ciudad, pero no había mucho que ellos pudieran hacer. Le enviaban avisos de que debía limpiar su casa, pero la mujer los ignoraba.

-Esto es un peligro para la salud, y hay peligro de incendio -señaló el jefe de inspectores inmobiliarios.

-La basura del patio de ella se vuela a nuestros patios -se quejaban los vecinos-. ¡El olor es espantoso!

Tienen que hacer algo.

Finalmente, en noviembre de 2004, la municipalidad hizo algo. Sentenció a la señorita Fandel a 45 días de prisión, por arrojar basura. Cada diez días, las autoridades le permitían ir a su casa a limpiar. ¿Mejoraron las condiciones de su casa? Ojalá que sí. Y ojalá su dueña haya tomado la decisión de mantener su casa limpia, de allí en adelante.

¿Cómo puede ensuciarse tanto una casa? ¡De a una basurita por vez! Y eso es lo que puede pasarnos a ti y a mí, si no tenemos cuidado de mantener la basura afuera. Lo que mantenemos en nuestro interior afecta nuestro carácter. Así que, no dejes que se amontone basura. En lugar de ello, "cuida tu corazón, porque de él mana la vida".

Por Helen Lee Robinson

CASI FUE UNA TRAGEDIA

Dos niñas estaban jugando en el patio que había delante de su casa nueva. La mayor se llamaba Martina y tenía cinco años de edad y el nombre de la menor era Hilma, quien tenía tres años.

La familia a la que pertenecía la casa seguía ocupando parte de ella, y su hijito Carlos de tres años, estaba también jugando con las niñas.

Momentos antes, las niñas habían estado muy afligidas porque habían visto a su madre bajar por las escaleras con un vestido bonito y se dieron cuenta de que iba a ir a alguna parte.

- ¿A dónde vas, mamá? – preguntó Martina.

- Voy a llevar un tarro de leche a la Sra. Juárez.

- ¿Para qué?

- Para que me haga un rico queso. Habrá muchas otras señoras que le van a llevar leche.

- Quiero ir contigo mamá – dijo Martina, y su hermanita pidió también con tono lastimero:

- Mamá, quiero ir también. ¿Puedo?

Le costaba a la mamá decir que no a sus hijitas, pero ella sabía que no convenía llevarlas, así que les dijo firmemente:

- No queridas; lo lamento, pero no podréis acompañarme esta vez.

Ambas niñas se pusieron a llorar.

Su hermanita Selma estaba durmiendo, y tanto la abuelita como la mamá no querían que despertasen a la chiquita, así que la madre dijo enseguida:

- No lloren, y os pondré vuestros vestidos rojos antes de irme. Podéis usarlos hasta que yo regrese. ¿Qué les parece?

- ¡Oh, qué lindo! – contestaron las niñas al unísono y dejaron de llorar.

Inmediatamente les puso la mamá los vestidos nuevos y tomando el tarro de leche, se fue. Pero antes de irse les habló del pozo abierto que el papá no había tenido tiempo de cubrir. Recomendó a la abuelita que no dejase a las niñas acercarse a dicho pozo, y a ellas les dijo que se mantuvieron lejos de él.

Hacía apenas algunos minutos que la madre se había ido cuando la abuela dio a las niñas permiso para ir a jugar afuera.

- Tengan cuidado de no ensuciar sus vestidos, y no se acerquen al pozo – dijo la abuela cuando ellas salieron precipitadamente de la casa.

Era un lindo día de primavera, y la hierba estaba bien verde y tierna. Las dos niñas, juntamente con Carlitos, se divertían en gran manera.

Pero trataban de no ensuciar sus vestidos y se mantuvieron lejos del pozo por un tiempo hasta que Carlitos dijo:

- Tina, quiero agua.

Martina tomó al muchachito de la mano, y pronto se arrodilló a la orilla del pozo para sacar algo de agua con las dos manos, como formando una copa, y así le dió de beber a Carlos. Cuando Hilma vió a su hermana sacar agua para Carlitos, a ella también le dio sed.

- Yo también quiero agua, Tina – dijo.

Nuevamente Martina se arrodilló a la orilla del pozo para sacar agua y ofrecerla a su hermanita. Por un motivo u otro, perdió el equilibrio y cayó en el pozo que estaba lleno hasta el borde con agua del manantial.

Carlitos se alejó corriendo del pozo tan ligero como se lo permitían sus piernas, pero Hila empezó a correr alrededor y gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

La abuelita oyó los gritos y se acercó apresuradamente al pozo; pero antes que llegase, Martina había logrado salir, y estaba allí de pie con su vestido chorreando. Ese pozo tenía como dos metros de hondo pero no era muy ancho. El brocal había sido con piedras desperejadas, de manera que la niña había encontrado lugares donde asentar los pies y había podido salir.

La abuelita le sacó su vestido colorado, y después de retorcerlo, lo colgó en la rama de un cerezo cercano. Una vaca que estaba en el campo de pastoreo cercano, vió el vestido rojo colgado del árbol, y picada por la curiosidad, cruzó el cerco para examinarlo de cerca. Pero esto no le bastó. Se puso a masticar el vestido.

Este era bastante resistente, pero a fuerza de masticarlo, la vaca lo dejó reducido a condición de trapo cubierto de espuma.

Al regresar la mamá, vio a las niñas entrar en la sala con algo rojo y muy raro en la mano.

- ¿Qué traes allí?

Pero la abuelita sólo dijo:

- ¡Oh! – pues le bastó una mirada para darse cuenta de lo que había pasado.

Contó entonces a la mamá todo lo que había sucedido desde que ella se había ausentado.

Por mi parte, no puedo recordar ninguna cosa de lo que sucedió en mi casa desde ese momento hasta que tuve cinco años, que fue cuando aconteció otra cosa que me impresionó muchísimo. Porque, debo decir, que yo era Hilma, la niña de tres años.

Cuando los niños no son obedientes, tienen que sufrir las consecuencias. Martina cayó al pozo y la vaca le arruinó su vestido colorado nuevo porque no habíamos obedecido ni a mamá ni a abuelita. ¿Os parece que Martina era buena al tratar de dar agua a Carlos? Parecería que sí, pero ella podría haberle dicho que entrase en la casa a pedir un vaso de agua. No nos olvidemos de lo que dice en Colosenses 3:20: "Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; porque esto agrada al Señor"

CASTIGADO POR LA NATURALEZA

Las clases habían terminado hasta el otro día, y cuando las puertas se abrieron, los felices niños del segundo grado salieron corriendo al terreno de juegos. No era un día de frío en que los niños se abrochaban los abrigos para protegerse contra la nieve y el viento. ¡No, de veras! Era un día benigno en que un niño de siete años podía con facilidad olvidarse que había traído un abrigo a la escuela por la mañana. Pero Eugenio se había acordado de su abrigo como para echárselo al hombro y con su cestita verde destinada a contener su almuerzo, corrió con su amigo Guillermo hasta el portón.

La mamá había notado que últimamente Eugenio dedicaba al regresar de la escuela a la casa dos veces más tiempo y hasta tres veces más de lo que era necesario, de modo que esa mañana la había dicho:

- Acuérdate de volver directamente de la escuela a casa.

Y cuando Eugenio prometía algo a su madre, lo hacía como quien lo va a cumplir.

Pero ese día en particular resultaba tan especial que apenas Eugenio y Guillermo hubieron caminado una cuadra después de salir de la escuela, empezaron a conversar de cuánto se iban a divertir durante el verano cuando hubieran terminado las clases. Luego Guillermo, que nunca se apresuraba para ir a la escuela ni para volver de ella, sugirió que tomaran un camino de atajo a través de un campo baldío para echar una mirada al arroyo. Esto no les iba a tomar mucho tiempo, y como quedaba en la dirección de su casa, Eugenio aceptó. Posiblemente su madre no se fijaría en unos pocos minutos de atraso. Así que los muchachos corrieron hacia el arroyo.

Una sorpresa tras otra fue impidiendo a los muchachos que fueran adonde debían ir. Guillermo estaba mirando hacia la parte superior de un árbol alto y bien recto, con la intención de treparse a él, cuando Eugenio sugirió que tal vez convendría regresar a casa.

Cuando la mamá de Eugenio recibió a su hijo en la puerta, éste se estaba secando el sudor de la frente y quejándose del calor.

- ¿Dónde estuviste tanto tiempo después que terminaron las clases? – preguntó la mamá.

- ¡Oh! Correteando por ahí – dijo Eugenio y cambió enseguida el tema.

Esta no era una respuesta satisfactoria, pero la mamá no dijo más. Eugenio no había cumplido su palabra y ella se propuso sostener una conversación con él después de la cena, para demostrarle que esperaba ser obedecida. Pero después de la cena llegaron algunas visitas inesperadas, y Eugenio y su hermano menor tuvieron que acostarse apresuradamente tan pronto como se les hubo leído la lección de la escuela sabática.

El día siguiente resultó tan delicioso como el anterior. Eugenio y Guillermo regresaron de la escuela a su casa en un tiempo "record", porque venían pateando una lata, y ésta no hacía desvíos.

Cuando Eugenio entró apresuradamente en la cocina, la mamá notó que una franja colorada le cruzaba la nariz y llegaba hasta cerca del ojo.

- ¿Recibiste un golpe en el ojo? – le preguntó.

Eugenio le dijo que no.

- Realmente parecería que algo te golpeó muy cerca del ojo. Tengo miedo que por la mañana esta parte de la cara amanezca amoratada.

Por la mañana siguiente, el enrojecimiento era más pronunciado, pero no se le prestó mucha atención. Sin embargo, después de las clases, la mamá notó que el niño tenía una erupción en el cuello, igual que en la nariz y el párpado.

- Caballerito, ¿dónde estuvo usted para contagiarse con zumaque venenoso en esta época del año? – fue la pregunta que le hizo la madre.

- Yo no sé. En ningún lugar que yo recuerde – fue la respuesta que dio el muchacho, sin reflexión.

Algunas otras preguntas le hicieron relatar lo que había sucedido durante la caminata que había hecho hasta el arroyo con su amigo Guillermo, y se llegó a la conclusión de que lo más probable era que había tocado algún ejemplar de esa planta venenosa en algún lugar mientras andaba por allí.

Estoy seguro de que nadie podría desear mayor castigo a Eugenio. Es difícil describir el aspecto que presentó durante los días siguientes, ni explicar cuánta molestia sufrió por la noche, mientras trataba de dormir. Un ojo se le hinchó de tal manera, que se le cerró, y sentía, tanto a la entrada como en el inferior de las fosas nasales una picazón insoportable.

Pero Eugenio había tenido mucho deseo de ver las películas cinematográficas que iban a mostrar en su escuela el sábado de noche, pues en ellas iba a poder ver a su perro ovejero favorito. Pero la mamá le explicó que, aun cuando la gente no huyese al ver su cara, mirar las películas impondría demasiado recargo al único ojo que tenía sano. Por supuesto su mamá lamentaba mucho que Eugenio tuviese que pagar un precio tan elevado por su desobediencia.

Pero sobre todo expresó la esperanza de que su dolencia bastara para ayudarle a recordar que siempre conviene obedecer. Y no cabe duda de que cuando sanó resolvió que al andar entre matorrales o bosques se fijaría siempre en las clases de plantas que tocaba, pues las erupciones que causaba el zumaque venenoso son demasiado dolorosas para que uno las olvide con facilidad.

CASTIGO INMERECIDO

Por **LAWRENCE MAXWELL**

ALGO pasaba en la última hilera de asientos. En la reunión había muchos niños y yo estaba dirigiendo el servicio de canto. Casi todos cantaban muy bien, menos los de la última hilera. Los muchachos de esa fila estaban tan atrás que yo no podía ver bien quién era el que se estaba portando mal, pero daba la impresión de que los que causaban más problema eran tres muchachos que estaban sentados juntos.

En el medio de un canto me fui hasta el fondo por el pasillo y les hice señas a los tres muchachos de que pasaran adelante y ocuparan tres asientos vacíos que había cerca del frente.

Ocuparon los asientos que les indiqué, y el servicio de canto continuó sin interrupción.

Pero mientras seguimos cantando, no perdí de vista los tres muchachos y noté una cosa muy interesante.

Dos de ellos estaban sentados allí con una sonrisita significativa, esperando la oportunidad de hacer alguna otra cosa tan pronto como diera la espalda.

Pero no ocurría lo mismo con el tercer muchacho.

Estaba allí sentado, inmóvil, con una expresión de tristeza en el rostro, y varias veces me pareció que se iba a echar a llorar.

Era evidente que ese muchacho no merecía ser castigado. Quería ser bueno y trataba de serlo. Y yo creo que era bueno.

Los que habían estado causando todo el problema allá atrás eran los otros dos muchachos, y no éste. Quise hablar con él después de la reunión, pero cuando terminó, se fue enseguida, y no tuve oportunidad de hacerlo.

Desgraciadamente no sé cómo se llama. Pero si alguna vez tengo la oportunidad de hablarle de nuevo, le voy a decir cómo me sentí. Y luego le voy a hacer una sugerión: "Mantente lejos de los muchachos malos".

Porque, como ves, si nos juntamos con personas de mal proceder, aunque no tengamos la intención de hacer lo que ellos hacen, tarde o temprano nos veremos en dificultades y seremos castigados por lo que no merecemos.

Así ocurrió con otro muchacho que conozco, llamado Lorenzo. Nunca robó un automóvil. Pero se juntaba con muchachos que pensaban que era divertido usar automóviles que no les pertenecían para dar una vuelta a la manzana. Una noche en que Lorenzo estaba sentado con sus amigos en uno de esos carros robados, llegó la policía. Lorenzo fue mandado a la cárcel por un año. Yo fui a visitarlo allí.

Juanita no tenía la intención de desobedecer a sus maestros. Pero siempre jugaba con Arlene y Maria, aun cuando su madre le había dicho que no lo hiciera. Un día Arlene y Maria decidieron ir al pueblo a mediodía, sin permiso. La invitaron a Juanita a acompañarlas, y ella accedió. Cuando volvieron a la escuela, Juanita fue castigada con las otras dos. Había descubierto demasiado tarde que las personas buenas que juegan con las malas a menudo reciben el castigo con ellas.

Espero que aquel muchacho cuyo nombre nunca tuve la oportunidad de conocer, la próxima vez que venga a una reunión, se sienta con los muchachos buenos para que, en lugar de recibir el castigo que no merece, reciba el encomio que merece.



CASTIGO PARA UN TIGRE

Raja era un bello tigre que vivía en un campamento para animales salvajes. Como era muy feroz, todos le tenían miedo.

Llegó a matar a algunas personas, inclusive a uno de sus guardianes, y casi mató al jefe de los domadores. Pero Raja no siempre era feroz. Acostumbraba a desfilarse en la pista del circo montado sobre un elefante, con un muchacho negrito vestido con pantalones blancos sentado sobre su anca. Si el niño no hubiera tenido miedo de ensuciar sus bellos y blancos pantalones, Rajó podría haber sido un buen tigre toda su vida.

La piel de Raja era oleosa y acumulaba mucho polvo; por eso, el muchacho, como no quería ensuciar sus pantalones, los cubría con las puntas de la piel de león sobre la cual Raja estaba sentado.

Un día, cuando estaban desfilando, el niño resbaló y cayó, arrastrando consigo la piel de león; y jallá se fue también Raja al suelo!

Inmediatamente, las mujeres comenzaron a clamar y los hombres a gritar, en una terrible confusión. El domador estaba allí, y tomando al tigre por el pescuezo, lo sujetó bien hasta que le trajeron una cuerda. Después, con tremenda dificultad luchó arduamente para lograr que el tigre montara de nuevo sobre el elefante.

Finalmente, alguien trajo una escalera y el tigre subió. Pero, antes de sentarse en el lomo del elefante, Rajó miró al elefante y al domador, y le dio a éste un tremendo zarpazo del que el hombre escapó por un pelo. Aquella fue la última vez que ese tigre cabalgó sobre un elefante, pues los guardianes sabían que ya no podían confiar en él.

Aunque Rajá era temido por todos en el campamento, cierta vez un cuaga, que es un animalito africano parecido a una cebrá, lo derrotó totalmente.

El domador estaba de pie en el puente que unía la jaula de los animales con la pista recubierta de aserrín, cuando sorprendentemente el cuaga pasó raspándolo. Pensando que el cuaga había salido porque alguien había dejado la puerta abierta, el domador quiso adelantarse para cerrarla. Pero antes de que pudiera moverse, apareció Rajá persiguiendo al cuaga, y ambos entraron en la pista. El aterrorizado cuaga corría desesperadamente, dando vueltas en la pista para salvar su vida.

Pero eso no podía durar mucho. En la sexta vuelta, el tigre se lanzó sobre el cuaga, y éste, pensando que por lo menos debía intentar salvarse, dio una tremenda coz al tigre. Nunca más Raja persiguió un cuaga.

CELEBRACIÓN DE CASAMIENTO

Centenares de luces de colores colgadas alrededor de la casa anunciaban que pronto se iba a llevar a cabo un casamiento. Se casaba la hija de la familia. La celebración duraría muchos días. Al comienzo, las familias de la novia y del novio comenzaban las festividades por separado. Los invitados empezaron a llegar, y pronto comenzaron los cantos y las danzas. Mientras continuaban los preparativos finales, la familia del novio entregó el vestido de novia a la novia, y la familia de la novia le llevó al novio su traje. En el día de la ceremonia de casamiento, la joven se puso su hermoso traje de novia. Un velo cubría su rostro. El novio llevaba en la cabeza un turbante tradicional. Los dos intercambiaron sus votos matrimoniales y se convirtieron oficialmente en esposo y esposa.

Pero, la celebración todavía no había terminado. Todos los visitantes recibieron una invitación para quedarse a cenar, con los novios como anfitriones. ¡Qué fiesta! Había abundancia de comida y de bebida. Música y risas llenaban el aire. ¡Qué gozosa ocasión era esa!

Distintas culturas tienen tradiciones diferentes, pero los casamientos generalmente son un momento de celebración. La próxima vez que asistas a un casamiento, observa al novio y a la novia. Lo más probable es que verás a dos personas muy felices.

Ahora, mantén en mente esa imagen, mientras lees los siguientes versículos de Isaías: "...como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti". Dios nos ama tanto que se regocija sobre nosotros. Cuando nos reunamos con él, ¡qué celebración será esa!

Por Helen Lee Robinson

CHISPITA

Por *Hildegard Stanley*

GUSTAVO tenía un perrito de aguas que se llamaba Chispita, que el papá le había regalado para su cumpleaños.

Ahora, Gustavo, Chispita es tu perrito, de modo que tienes que darle de comer y ponerle agua fresca en el plato a lo menos dos veces al día. Hace calor, y si no lo cuidas sufrirá sed -le advirtió el papá.

-Sí, papá, lo haré -prometió Gustavo.

Al poco rato llegó Roberto, el amigo de Gustavo, con su nuevo autito a pedal. Los muchachos fingieron que estaban manejando un gran ómnibus. Hacían ruido como hacen los motores. Se detenían para levantar pasajeros imaginarios. Simulaban recibir monedas de los pasajeros para pagar el boleto. Y después que hacían el viaje hasta la esquina y regresaban, jugaban a que los pasajeros descendían del ómnibus.

Ida y vuelta iban los atareados conductores del autobús. Pero no tardaron en acalorarse y sentir sed.

-Vayamos a la cocina para pedir a mamá que nos dé algo para beber -propuso Gustavo e hizo que Roberto entrara en la casa, donde la madre les dio un vaso de limonada fresca a cada uno.

-Qué rico está este refresco -comentó Gustavo cuando él y Roberto lo terminaron.

-No te olvides de dar a Chispita agua fresca para beber -le recordó la mamá.

Roberto había salido corriendo tan pronto como terminó de beber, y ya había partido con el ómnibus rumbo a la esquina. Esta vez le tocaba a Gustavo recibir el dinero. Este saltó a la parte trasera del autito a pedal y allí se fueron los dos hasta el final de la manzana para que los pasajeros pudieran bajar del autobús.

Antes de mucho llegó la hora de comer. La mamá de Gustavo les sirvió un sandwich con un gran vaso de leche fresca.

-Cuando sea grande trabajaré como conductor de ómnibus -anunció Gustavo, muy excitado.

-¡Qué lindo! -respondió la madre.

-Conduciré con mucho cuidado y nunca tendré un accidente ni heriré a nadie -añadió Gustavo.

-Muy bien -dijo la mamá-. No te olvides ahora de darle a Chispita agua fresca, antes de ir a jugar otra vez. ¿Lo harás?

-Sí, mamá -respondió Gustavo.

Pero en ese momento Roberto lo llamó. La mamá de Roberto le había ayudado a cortar pequeños redondeles de cartón, de diferentes tamaños, que simulaban monedas. Ahora podrían jugar como si los pasajeros les entregaran dinero real para pagar sus pasajes.

-Ven -exclamó Roberto-. Ahora me toca a mí ir atrás y recibir el dinero. Yo puedo ponerlo aquí en este bolsillo, ¿ves?

Esa tarde, cuando el papá regresó, Gustavo corrió a recibirlo.

-¿Qué has estado haciendo hoy, hijo? -le preguntó el papá levantándolo en sus brazos y llevándolo a la casa.

-¡Jugando a que era conductor de ómnibus! Roberto y yo manejamos su auto a pedal y jugamos a que era un autobús grande. Cuando sea grande seré un conductor de ómnibus -anunció Gustavo.

-Qué bien, qué bien -aprobó el papá-. Tendrás que aprender a conducir muy cuidadosamente. Y tendrás que ser puntual, porque la gente que viaja en ómnibus tiene que ir a la escuela o al trabajo, y quiere llegar a tiempo.

-Sí, yo seré puntual -dijo Gustavo confiadamente.

Cuando entraron en la casa, el padre dijo en voz bajita:

-Espero que haya algo bueno y fresco para beber. Ha sido un día muy caluroso y tengo mucha sed.

La madre notó que estaban cuchicheando y dijo:

-Papá, tengo para ti un lindo jugo de naranja fresco, pero a ti, Gustavo, antes de darte algún jugo, quiero



hacerte una pregunta. ¿Le has dado hoy a Chispita agua fresca?

Gustavo pensó por un momento y luego sacudió la cabeza.

-Me olvidé.

-Ven conmigo, Gustavo -dijo la madre tomándolo por la mano y conduciéndolo al patio donde Chispita tenía su corralito. Allí estaba Chispita con la lengua afuera. Tenía mucha sed. Y junto a él tenía el plato del agua. Pero ¡estaba seco...! No tenía una gota de agua!

-¡Pobre Chispita! -dijo la madre-. Ha estado con calor y sed toda la tarde. Hoy tú recibiste una linda limonada fresca, leche fría para la hora de la merienda y varios vasos de agua fresca durante el día.

Chispita tuvo que estar encerrado en su corralito sin que nadie

le diera un sorbo de agua.

Esa noche, cuando llegó la hora de la historia, el papá le habló a Gustavo de la necesidad de ser responsable. Gustavo no entendía lo que quería decir esa palabra, pero el papá le explicó que significaba hacer los trabajitos que se le encargaban a uno sin que nadie tuviera que recordárselos vez tras vez.

-Si mamá no fuera responsable, no tendríamos nuestra buena comida cuando sentimos hambre.

Tampoco tendríamos ropa limpia que ponernos. Mamá te dijo varias veces que le dieras de beber agua a Chispita. Tú no eres responsable y le hiciste pasar sed a Chispita todo el día.

-Gustavo, en la Biblia hay un texto que dice: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" - continuó el papá-. Esto significa que, si somos cuidadosos para realizar nuestras pequeñas tareas debidamente, adquiriremos buenos hábitos y cuando seamos grandes podrán depender de nosotros para que hagamos cosas más importantes. ¿Entiendes?

-Sí -replicó Gustavo-. Eso significa que si yo quiero llegar a ser un buen conductor de ómnibus, cuando sea grande, tendré que aprender a cuidar debidamente de Chispita ahora.

-¡Correcto! -dijo el papá, arrojando a Gustavo en el aire y recibéndolo en sus brazos-. Vayamos ahora y preparémonos para ir a la cama.

CHRISTMAS EVANS

El "Juan Bunyan de Gales" 1766-1838

Sus padres le pusieron el nombre de "Christmas" (Navidad), porque nació el día de Navidad, en 1766. La gente lo apodó "Predicador Tuerto", porque era ciego de un ojo. Alguien se refirió así a Christmas Evans: "Era el hombre más alto, el de mayor fuerza física y el más corpulento que jamás vi. Tenía un solo ojo, si hay razón para llamar a eso ojo, porque, con más propiedad se podría decir que era una estrella luminosa, que brillaba como el planeta Venus." También se lo llamó "El Juan Bunyan de Gales", porque era el predicador que, en la historia de ese país, disfrutó más del poder del Espíritu Santo. En todos los lugares donde predicaba, se producía un gran número de conversiones. Su don de predicar era tan extraordinario, que con toda facilidad conseguía que un auditorio de 15 a 20 mil personas, de sentimientos y temperamentos diferentes, lo escuchasen con la más profunda atención. En las iglesias no cabían las multitudes que iban a escucharlo durante el día; de noche siempre predicaba al aire libre a la luz de las estrellas.

Por un tiempo vivió entregado a las diversiones y a la embriaguez. Durante una lucha fue gravemente acuchillado; en otra ocasión lo sacaron del agua como muerto, y aún otra vez, se cayó de un árbol sobre un cuchillo. En las contiendas era siempre el campeón, hasta que, por fin, en un combate sus compañeros lo cegaron de un ojo. Dios, sin embargo, fue misericordioso con él durante ese período, conservándolo con vida, para más tarde utilizarlo en su servicio.

A la edad de 17 años fue salvo; aprendió a leer, y poco después fue llamado a predicar y fue separado para el ministerio. Sus sermones eran secos y sin fruto, hasta que un día cuando viajaba para Maentworg, amarró su caballo y penetró en el bosque donde derramó su alma en oración a Dios. Igual que Jacob en Peniel, no se apartó de ese lugar hasta recibir la bendición divina. Después de aquel día reconoció la gran responsabilidad de su obra; siempre su espíritu se regocijaba con la oración y se sorprendió grandemente por los frutos gloriosos que Dios comenzó a concederle. Antes tenía talentos y cuerpo de gigante, pero luego le fue añadido el espíritu de gigante. Era valiente como un león y humilde como un cordero; no vivía para sí, sino para Cristo. Además de tener, por naturaleza, una mente ágil y una manera conmovedora de hablar, poseía un corazón que rebosaba amor para con Dios y su prójimo.

Verdaderamente era una luz que ardía y brillaba.

Andaba a pie por el sur de Gales, predicando, a veces hasta cinco sermones en el mismo día. A pesar de no andar bien vestido y de sus maneras ordinarias, grandes multitudes afluían para oírlo. Vivificado con el fuego celestial, se elevaba en espíritu como si tuviese alas de ángel, y el auditorio se contagiaba y se conmovía también. Muchas veces los oyentes rompían en llanto y en otras manifestaciones, que no podían evitar. Por eso eran conocidos como los "Saltadores galeses".

Evans creía firmemente que sería mejor evitar los dos extremos: el exceso de ardor y la demasiada frialdad. Pero Dios es un ser soberano, que obra de varias maneras. A unos El atrae por el amor, mientras que a otros El aterra con los truenos del Sinaí para que hallen la paz preciosa en Cristo. Los indecisos a veces son sacudidos por Dios sobre el abismo de la angustia eterna, hasta que clamen pidiendo misericordia y encuentren el gozo inefable. El cáliz de ellos rebosa, hasta que algunos, no comprendiendo, preguntan: "¿Por qué tanto exceso?"

Acerca de la censura que se hacía de los cultos, Evans escribió: "Me admiro de que el genio malo, llamándose 'el ángel del orden', quiera tratar de cambiar todo lo que respecta a la adoración de Dios, volviéndola en un culto tan seco como el monte Gil-boa. Esos hombres de orden desean que el rocío caiga y el sol brille sobre todas sus flores, en todos los lugares, menos en los cultos del Dios Todopoderoso. En los teatros, en los bares y en las reuniones políticas los hombres se conmueven, se entusiasman, y se exaltan como tocados por el fuego, igual que cualquier 'Saltador Gales'. Pero, conforme a sus deseos, ¡no debe existir nada que le dé vida y entusiasmo a los cultos religiosos! [Hermanos, medita en esto! ¿Tenéis razón o estáis equivocados?"

Se cuenta que en cierto lugar tres predicadores tenían que hablar, siendo Evans el último. Era un día de mucho calor, los dos primeros sermones fueron muy largos, de modo que todos los oyentes estaban indiferentes y casi exhaustos. No obstante, después, cuando Evans llevaba unos quince minutos predicando sobre la misericordia de Dios, tal cual se ve en la parábola del Hijo Pródigo, centenares de

personas que estaban sentadas en la hierba, repentinamente se pusieron de pie. Algunos lloraban y otros oraban llenos de angustia. Fue imposible continuar el sermón, la gente continuó llorando y orando durante el día entero, y toda la noche hasta el amanecer.

En la isla de Anglesea, sin embargo, Evans tuvo que enfrentarse a una doctrina encabezada por un orador elocuente e instruido. En la lucha contra el error de esa secta, Evans comenzó a decaer espiritualmente. Después de algunos años, ya no poseía el mismo espíritu de oración ni sentía el gozo de la vida cristiana. El mismo cuenta cómo buscó y recibió de nuevo la unción del poder divino que hizo que su alma se encendiera aún más que antes:

"No podía continuar con mi corazón frío con relación a Cristo, a su expiación y a la obra de su Espíritu. No soportaba el corazón frío en el pulpito, en la oración secreta y en el estudio, especialmente cuando me acordaba de que durante quince años mi corazón se había abrasado como si yo hubiese andado con Jesús en el camino a Emaús. Por fin, llegó el día que jamás olvidaré: En el camino a Dolgelly, sentí la necesidad de orar, a pesar de tener el corazón endurecido y el espíritu carnal. Después que comencé a suplicar, sentí como que unas pesadas cadenas que me ataban, caían al suelo, y como que dentro de mí se derretían montañas de hielo. Con esta manifestación aumentó en mí la certeza de haber recibido la promesa del Espíritu Santo. Me parecía que mi espíritu se había librado de una prolongada prisión, o como si estuviese saliendo de la tumba de un invierno extremadamente frío. Las lágrimas me corrieron abundantemente y me sentí constreñido a clamar y pedir a Dios el gozo de su salvación y que El visitase de nuevo las iglesias de Anglesea que estaban bajo mi cuidado. Supliqué por todas las iglesias, mencionando el nombre de casi todos los predicadores de Gales. Luché en oración durante más de tres horas. El espíritu de intercesión comenzó a pasar sobre mí, como ondas, una después de otra, impelidas por un viento fuerte, hasta que mis

fuerzas físicas se debilitaron de tanto llorar. Fue así que me entregué enteramente a Cristo, en cuerpo y alma, en talentos y en obras, mi vida entera, todos los días y todas las horas que aún me restaban por vivir, incluyendo todos mis anhelos. Todo, todo lo puse en las manos de Cristo... En el primer culto, después de esta experiencia, me sentí como removido de la región espiritualmente estéril y helada, hacia las tierras agradables de las promesas de Dios. Comencé entonces, de nuevo, los primeros combates en oración, sintiendo fuertes anhelos por la conversión de los pecadores, tal como había sentido en Leyn. Me apoderé de la promesa de Dios. El resultado fue, que al volver a casa vi que el Espíritu estaba obrando en los hermanos de Anglesea dándoles el espíritu de oración insistente."

Ocurrió entonces un gran avivamiento, pasando del predicador a la gente en todos los lugares de la isla de Anglesea, y en todo Gales. La convicción de pecado pasaba sobre los auditorios como grandes oleadas. El poder del Espíritu Santo obraba, hasta que el pueblo lloraba y danzaba de gozo. Uno de los que asistieron a su famoso sermón sobre el Endemoniado Gadareno, cuenta cómo Evans retrató tan fielmente la escena de la liberación del pobre endemoniado, la admiración de la gente al verlo liberado, el gozo de la esposa y de los hijos cuando volvió a la casa ya curado, que el auditorio rompió en grandes risas y llanto. Otro se expresó así: "El lugar se volvió un verdadero 'Boquim' de lloro" (Jue_2:1-5). Otro más dijo que el auditorio quedó como los habitantes de una ciudad sacudida por un terremoto, que salen corriendo, se postran en tierra y claman la misericordia de Dios.

Como no era poco lo que sembraba, recogía abundantemente, y al ver la abundancia de la cosecha, sentía que su celo ardía de nuevo y que su amor aumentaba, llevándolo a trabajar con más ahínco aún. Su firme convicción era que nadie, ni aun la mejor persona, puede salvarse sin la operación del Espíritu Santo, ni el corazón más rebelde puede resistir al poder del mismo Espíritu. Evans tenía siempre un objetivo cuando luchaba en oración; se apoyaba en las promesas de Dios, suplicando con tanta insistencia como aquel que no se va antes de recibir. El decía que la parte más gloriosa del ministerio del predicador era el hecho de agradecer a Dios por la obra del Espíritu Santo en la conversión de los pecadores.

Como vigía fiel, no podía pensar en dormir mientras la ciudad se incendiaba. Se humillaba ante Dios, agonizando por la salvación de los pecadores, y de buena voluntad gastó sus fuerzas y su salud por ellos. Trabajaba sin descanso, sin temer la censura de los religiosos fríos, el desprecio de los perdidos, ni la ira y la furia de los demonios.

A la edad de 73 años, sin mostrar disminución en sus fuerzas físicas ni mentales, predicó el último sermón, como de costumbre, bajo el poder de Dios. Al finalizar dijo: "Este es mi último sermón." Los hermanos

creyeron que se refería a su último sermón en aquel lugar. Pero el hecho es que cayó enfermo esa misma noche. En la hora de su muerte, tres días después, se dirigió al pastor, que lo hospedaba, con estas palabras: "Mi gozo y consuelo es que después de dedicarme a la obra del santuario durante cincuenta y tres años, nunca me faltó sangre en el lebrillo. Predica a Cristo a la gente." Luego, después de cantar un himno, dijo: "¡Adiós! ¡Adiós!" y falleció.

La muerte de Christmas Evans fue uno de los acontecimientos más solemnes de toda la historia del principado de Gales. Fue llorado en el país entero.

El fuego del Espíritu Santo hizo que los sermones de este siervo de Dios enardecieran de tal manera los corazones, que la gente de su generación no podía oír pronunciar el nombre de Christmas Evans sin recordar vívidamente al Hijo de María en el pesebre de Belén, su bautismo en el Jordán, el huerto de Getsemaní, el tribunal de Pilato, la corona de espinas, el monte Calvario, el Hijo de Dios inmolado en el altar y el fuego santo que consumía todos los holocaustos, desde los días de Abel hasta el día memorable en que fue apagado por la sangre del Cordero de Dios.

CICATRICES DE AMOR

Escrito por De Dorman

Traducido por Rhoda Rodriguez

(Esta historia fue derivada de un hecho que aconteció en el suroeste de la Florida.)

Hace ya varios años en un caluroso día de verano en el sur de Florida, un niño rubio de nueve años de edad, llamado Carlos, pensó que sería una buena idea ir a nadar en el lago que estaba en el patio de su casa. El era, después de todo, uno de los mejores nadadores de su clase.

"La práctica me hará ser mejor," razonaba mientras iba a pedir permiso de su mamá. Tan pronto como su mamá le dio permiso, Carlos corrió por la puerta trasera, dejando de tras un rastro de cosas innecesarias (por el momento, de cualquier modo)...sus zapatos, calcetines, una playera y un reloj. El salto que dio hacia el frío y lodoso lago parecía un récord para Carlos quien anticipaba la sensación del agua fría en un día caluroso. A Carlos no le importaba compartir el lago con los perros de los vecinos mientras estos le dejaran suficiente agua para el también poder chapotear.

Mientras se acercaba al muelle para hacer su gran entrada en el agua, Carlos recordó la última vez que estuvo nadando. Había sido solo hace unas semanas cuando Bobbie, su primo, había estado con él. ¡Como le gustaba a Carlos pasar el tiempo con él! Tenían tanto en común...los dos tenían nueve años, jugaban en el mismo equipo de beisbol de la escuela y les gustaba nadar. En ese día en particular, pretendían que eran grandes monstruos marinos que cuidaban su territorio de los feroces enemigos. Buscando un blanco que fuera el enemigo y solo encontrando mosquitos fastidiosos, decidieron usar los molestos mosquitos como blanco en sus planes de batalla y el bombardeo comenzó ¡Que maravilloso día tuvieron!

"Espero que Bobbie pueda venir después de ayudar al tío Ray con el trabajo del jardín." Carlos pensó. Decidió que después de comer le llamaría.

Con esa decisión en mente, Carlos realizó el salto más gran que pudo y brincó del muelle justo en el centro del lago (Al menos eso era lo que él creía.) El agua estaba tan sucia y enlodada, pero a Carlos no le importaba; para él estaba refrescante.

"¡Ah, esto es fantástico! decía mientras con los dedos del pie tocaba el fondo lodoso. " ¡Podría nadar todo el día!" pensaba mientras comenzaba a nadar hacia atrás y mirando hacia arriba al hermoso cielo azul. Lo que Carlos no podía ver, sin embargo, era el peligro que se acercaba cada vez más hacia donde él estaba. Justo cuando Carlos daba su gran salto hacia el agua, un hambriento cocodrilo decidió rápidamente seguirlo, ¡pensando en el banquete que este niño sería para su vacío estómago!

Justo en ese momento, la mamá de Carlos echaba un vistazo desde afuera de la cocina. Ella estaba viendo lo que estaba a punto de suceder. En completo terror, corrió derecho hacia el agua donde su hijo se encontraba, gritando instrucciones mientras corría hacia el muelle...le gritaba tan fuerte como podía que un cocodrilo nadaba hacia él y que se acercara hacia el muelle; donde ella rápidamente lo sacaría del agua. Carlos escuchó a su mamá y comenzó a nadar, apresuradamente, hacia el muelle, ¡pero era demasiado tarde!

Justo cuando se acercaba a un lugar seguro, el cocodrilo lo alcanzó y lo inmovilizó de las piernas con sus peligrosos afilados dientes!El hambriento cocodrilo tenía atrapado a Carlos con su poderosa quijada y estaba determinado a devorarlo sin ningún problema!. ¡La mamá de Carlos, en cambio, tenía otros planes! Ella se aferró fuertemente al sólido muelle poniendo los dedos de sus pies entre las tablillas de madera, y agarrando de los brazos a su hijo ¡con todas sus fuerzas! Mientras ella firmemente se aferraba, ella clamó a Dios Todopoderoso quien es capaz de ayudar a aquellos en necesidad. Lo que sucedió a continuación fue una guerra de estirones entre un hambriento cocodrilo y una madre (¡quien estaba determinada en no dejar ir a su preciado hijo!) con el pobre de Carlos en medio de esta batalla de vida o muerte. La verdad, el cocodrilo era mucho más fuerte que la madre y, pareciera, que estaba determinado en no soltar de las piernas a Carlos. Pero la mamá continuaba sosteniéndolo y gritando por ayuda, esperando que alguien escuchara sus gritos y viniera a ayudarlos.

¡Al fin! Un granjero, quien iba pasando, escuchó a la madre mientras iba camino a casa. Este estimado hombre siguió los gritos agonizantes hasta llegar al lago. ¡La situación era terrible, se podía dar cuenta que era necesaria acción inmediata! Después de estacionar la camioneta, tomó su rifle de la parte trasera del asiento tan rápido como salía de la camioneta. Corriendo y tratando de apuntar cuidadosamente, se

aproximó lo más posible al lago e hizo un disparo. ¿Le disparó al cocodrilo? ¿Y si por equivocación le disparó a Carlos? El granjero observaba mientras se acercaba a ver si el cocodrilo había soltado al niño. Para el alivio de todos, las quijadas del herido cocodrilo dejaron libres las piernas de Carlos y este se fue nadando.

Este mismo hombre quien le disparó al cocodrilo rápidamente llevó a Carlos y su mamá al hospital. La mamá de Carlos llamó desde el hospital al papá quién inmediatamente iba para estar a su lado, orando mientras iba manejando.

La situación no se veía tan bien para Carlos porque había perdido mucha sangre, pero los doctores le cosían las piernas y pies mientras le daban transfusiones de sangre. Sus brazos también tuvieron que ser cosidos porque cuando su mamá lo tenía agarrando tan fuerte le encajo las uñas, varias veces, en la piel dejando heridas profundas.

Después de varios días, no obstante, Carlos se estaba mejorando y podía recibir visitas y llamadas. Bobbie fue uno de los primeros en llamar y Carlos le dio todos los detalles de ese terrible día en el lago.

"Oyé, Carlos," comentó su primo, "Papá dijo que necesitábamos orar por ti, no estaba seguro él porque, sin embargo." Después de una breve pausa, Bobbie agregó, "Ahora sabemos porque."

"Gracias por orar, Bobbie. Yo sé que Dios me ayudo ese día." Carlos humildemente respondió mientras su mamá sostenía el teléfono cerca de su oído.

"Está bien, Carlos." le respondió Bobbie. "para eso somos los primos, ¿verdad?"

Los muchachos se despidieron mientras hacían planes para verse muy pronto, ¡pero no para nadar; al menos no por un tiempo!

Carlos iba a poder regresar a su casa después de estar unos días más en el hospital. Estaba recuperándose bien, pero quedaría con cicatrices en sus brazos y piernas por el resto de su vida.

No había pasado mucho tiempo cuando en el periódico escucharon sobre esta historia sorprendente y llamaron a los padres de Carlos para ver si daban permiso para una entrevista. Mientras el reportero se dirigía hacia allá, Carlos cada vez se emocionaba más.

" ¡Wow, Mamá! ¡Quieren escribir una historia sobre nosotros y ponerla en el periódico!" él exclamaba mientras se estacionaba el reportero." Su mamá lo abrazó delicadamente mientras se sentaban juntos en el sillón y Papá abría la puerta. El reportero fue amable y obtuvo información importante para el artículo. Mientras terminaba la entrevista, preguntó si sería posible tomar una foto de los pies y piernas de Carlos, los lugares donde las quijadas del cocodrilo lo mordieron por, lo que pareció, mucho tiempo. Carlos amablemente le hizo el favor, pero después de que el reportero tomó la foto, le dijo...

"Pero, mira mis brazos. Tengo cicatrices en mis brazos porque mi mamá no me soltó." Por supuesto, el reportero se enterneció tanto por las palabras de Carlos que tomó varias fotos de las cicatrices de amor.

"Tengo estas cicatrices en mis brazos porque mi mamá no me soltó. ¡Y estoy muy contento de que no lo hizo!" Carlos respondió.

La entrevista había terminado y la hora de ir a la cama se acercaba. Todo está en silencio en la casa de Carlos mientras él, pensando profundamente, se cepilla los dientes y se pone el pijama.

El espera, pacientemente, a que sus padres vengan a su cuarto a orar con él, como lo hacen cada noche.

Por lo general, Carlos solo inclina su cabeza y escucha, pero esta noche será diferente. Mientras ellos entran en su cuarto, Carlos dice, "He estado pensando en esto por un rato, y creo que ahora entiendo un poco mejor cuanto es que Dios me ama y cuán grande fue el costo por mi salvación." " ¿Podría orar yo esta noche? Quiero agradecer a Dios por todo lo que Él ha hecho por mí ."

En esta noche, sus llorosos padres escucharon mientras Carlos, el niño de nueve años, de cabellera rubia, le agradecía a Dios por Su regalo inefable. (II Corintios 9:15)

La madre de Carlos rescató a su preciado hijo de la boca de un cocodrilo, no sin pagar un precio, sin embargo. Carlos sufrió tremendo dolor y tiene cicatrices que muestran la batalla que tuvo que librar.

Niños y niñas, el amor de una madre es muy grande y profundo, pero hay alguien que nos ama aún más que nuestras madres. ¿Saben quién es ese alguien? (Permita que respondan) Él fue a la cruz, sabiendo el dolor y la agonía que le esperaba allí . Él oró a Su Padre para que dejara pasar su copa si esa era su voluntad. (Mateo 26:39-42) Pero no había otra forma de redimirnos, así es que Él soportó la cruz, a pesar de la vergüenza, para que la humanidad pudiera ser salva. Él tiene las cicatrices eternas para mostrarnos cuanto nos ama. Sí, este Hombre es El Señor Jesucristo, El único Hijo de Dios.

Así como Carlos no tuvo oportunidad de salir del lago lodoso que lo tenía cautivo, nosotros también estábamos cautivos por nuestros pecados y no podíamos escapar del castigo que nos esperaba. El Señor Jesús vio que estábamos sin ayuda ni esperanza y mando a Su Hijo Único a este sucio, pecaminoso mundo para rescatarnos de nuestros pecados, si tan solo confiamos en el trabajo final de las cicatrices por esos clavos en manos y pies. (1ª Juan 1:7b dice..."la sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado.")
Invitación a la obediencia / recibir a Cristo.

Los siguientes versículos pueden ser usados en este momento...

Romanos 3:23 "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios."

Romanos 6:23 "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro."

Juan 3:16 "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Salmo 51:7b "...lávame, y seré más blanco que la nieve."

Jeremías 31:3 "...con amor eterno te he amado..."

¡CINCO AÑOS!

Por BÁRBARA VESTPHAL

JORGE PUTTEN trabajaba para una gran compañía petrolera de Aruba, en las Antillas Holandesas.

Quería ser bautizado, pero cada vez que pedía el sábado libre a su jefe, éste se lo negaba.

Pasaron cinco años, y cada sábado se sentía desdichado porque deseaba asistir a la escuela sabática y a la iglesia. Pero no quería perder su trabajo, porque tenía la responsabilidad de velar por su esposa y sus hijos.

Un día fue a ver al misionero y le preguntó qué debía hacer. El pastor Hamm le dijo que volviera a pedir el sábado libre y si se lo rehusaban, que el sábado no se presentara al trabajo, pero que volviera el lunes.

—No abandone su trabajo —le dijo el misionero—. Siga volviendo. La compañía no puede despedirlo antes de tres semanas.

De acuerdo con las leyes de Aruba, un empleado no puede ser despedido de su trabajo sin que se le den tres avisos y los avisos deben darse con una semana de intervalo cada uno.

Como el capataz rehusó darle el sábado libre, el Sr. Putten no se presentó a trabajar el sábado. Cuando volvió el lunes de mañana, su tarjeta no estaba entre las demás. El preguntar por ella al jefe, éste le respondió:

—Ud. ha abandonado su trabajo.

— ¡Oh, no! Yo no abandoné mi trabajo. No voy a dejar un buen trabajo que tengo desde hace doce años.

—Bueno, Ud. no tendrá trabajo hasta el miércoles.

Eso significó que el Sr. Putten trabajó esa semana solamente el miércoles, el jueves y el viernes. De modo que no le pagaron el lunes y el martes, los días que no trabajó. El sábado volvió a asistir a la escuela sabática. El lunes de mañana, de nuevo no encontró su tarjeta. Esta vez el jefe le dijo:

—No tendrá trabajo hasta el jueves. De manera que esa semana sólo trabajó el jueves y el viernes. Pero el sábado asistió de nuevo a la escuela sabática, por tercera vez.

El lunes fue a ver al administrador y le presentó su problema.

—Me gustaría poder ayudarlo —le dijo el administrador—, pero no tenemos trabajo para un hombre que no puede venir el sábado.

—Uds. tienen un trabajo en el cual yo podría tener el sábado libre —le respondió el Sr. Putten.

—¿Cuál?

—La conserjería.

—¡Oh pero Ud. no va a estar dispuesto a barrer y fregar por sólo nueve guilders al día, después de haber estado ganando catorce guilders, en un trabajo mucho mejor. (El guilder es una moneda



holandesa.)

El Sr. Putten sabía que con nueve guilders al día apenas le alcanzaría para la comida, pero le contestó:

—Estoy dispuesto a trabajar por nueve guilders al día si así puedo guardar el sábado de Dios.

—¡Entonces Ud. debe estar loco, y no tenemos trabajo para locos! ¿Tiene familia?

— ¡Claro que sí!

Al oírlo el administrador se enojó de veras y le ordenó al Sr. Putten que se retirara inmediatamente de su oficina.

—Ud. está loco de remate —le gritó. Pero mientras el Sr. Putten se alejaba lentamente por el vestíbulo, el administrador volvió a llamarlo.

—No le tengo lástima a su esposa, porque ella también debe estar loca o de lo contrario no se hubiera casado con Ud. Pero lo siento por sus chicos. Ud. puede trabajar en la conserjería por nueve guilders al día y tener el sábado libre, si lo quiere.

¿Puedes imaginarte lo que ocurrió después de eso? El Sr. Putten trabajó un solo día en la conserjería, porque entonces el administrador le pidió al jefe del Sr. Putten que le permitiera volver a su antiguo trabajo con el sábado libre. Entonces el jefe lo llamó de vuelta a su trabajo, y el administrador le dijo:

—Le pagaré catorce guilders por el día que trabajó en la conserjería, y su paga completa también por esos lunes, martes y miércoles que le dijimos que no había ningún trabajo para Ud.

De manera que, ya ves, cuando por fin el Sr. Putten se animó, después de cinco años, a mantenerse firme en la observancia del sábado, Dios lo ayudó.

CINCUENTA CENTAVOS DE RECOMPENSA

Por *Rafael Escandón*

CUANDO sonó el despertador a las cuatro de la mañana, Guillermo se levantó sin pensarlo dos veces. Había dormido poco esa noche porque se había quedado hasta tarde arreglando su equipo para esquiar. Se alistó a la carrera, tomó luego un desayuno muy sencillo a esa hora tan inoportuna, y le pidió a su padre que lo llevara a la escuela secundaria, desde donde saldrían para la Sierra Nevada a esquiar por tres días.



Guillermo Escandón era un alumno de la escuela Preparatoria dependiente del Colegio de la Unión del Pacífico, y cursaba el segundo año. Y en esta ocasión no quería perderse la oportunidad de practicar uno de sus deportes favoritos. Por esa razón, se había esforzado para conseguir las suscripciones al periódico de la escuela que se necesitaban para participa en una excursión gratuita a la nieve con los otros compañeros que habían hecho lo mismo.

Lo único que le tocaba pagar era el ascensor que los subiría a la montaña.

Guillermo se acomodó en la camioneta del pastor Juan Kerbs, profesor de Biblia de la escuela, y junto con otros compañeros de clases y la profesora Benson, después de haber hecho una oración en conjunto, partieron hacia la nieve. A pesar de los inconvenientes de la madrugada, todos iban radiantes de alegría. Jaime Kerbs, presidente de la Asociación Estudiantil; e hijo del profesor ya mencionado, era el chofer del vehículo.

Un poco antes de llegar a la cancha para esquiar resolvieron entrar a un restaurante para tomar algo caliente y cambiarse de ropa. Y, sin perder tiempo, así lo hicieron. Después, con el equipo ya listo, partieron de nuevo. No habían recorrido ni medio kilómetro cuando Guillermo, acordándose de algo, le dijo de pronto a Jaime:

-Regresemos. Deje mi billetera sobre el lavamanos.

Atendiendo al pedido de su amigo, Jaime dio vuelta inmediatamente. Pero cuando llegaron de nuevo al restaurante, la cartera de Guillermo había desaparecido.

-¿Cuánto dinero tenias en la cartera? -le preguntó la señora Benson.

-No era mucho; sólo tenía lo suficiente para pagar por la "silla" durante estos tres días - repuso con tristeza el aludido.

-¿Cuánto era? -inquirió Rebeca Specht, una de las compañeras del viaje.

-¡Treinta y cuatro dólares con setenta y cinco centavos!

Aquella experiencia hizo que por un instante el ánimo del joven de cayera. Pero consiguió dinero prestado de uno de sus compañeros para poder divertirse en la nieve; y trató de

olvidar su desgracia lo mejor que pudo.

A los pocos días recibió por correo la billetera con las fotografías que en ella tenía, el permiso para manejar y las monedas que se hallaban en uno de los compartimentos. Había perdido sólo los 34 dólares en billetes.

Dos semanas después de haberle ocurrido aquel incidente desagradable, al andar por los terrenos del colegio, Guillermo encontró un monedero sin identificación alguna. Al contar el dinero que aquélla contenía, descubrió, para sorpresa suya, que había 34 dólares con 50 centavos. Pensó entonces que Dios le había enviado ése dinero para recuperar precisamente lo que se le había perdido, pero escuchando la voz de su conciencia lo llevó a la oficina de objetos perdidos. Allí registraron su nombre y el número de su teléfono.

Seis semanas más tarde Guillermo recibió una llamada telefónica de la oficina de objetos perdidos. Como nadie había reclamado aquel dinero, ahora se lo entregaban como suyo. El joven enseguida le dio gracias a Dios por haber premiado su honestidad. Además de haber recuperado su dinero, recibía ahora cincuenta centavos de recompensa.

CIRO, UN NIÑO DE VISIÓN

Por *Rosemary Brown*

CIRO MacCormick nació a principios del siglo XIX en el Estado de Virginia Occidental, Estados Unidos. Una mañana, cuando tenía siete años, se dirigió apresuradamente al patio de la granja porque quería ver cómo su padre guardaba en el tinglado una máquina que él había hecho. Ciro estaba muy triste porque su padre había decidido abandonar allí esa máquina, y no tocarla más.

-Papá, no digas que abandonarás ahí esa máquina -se aventuró a decir Ciro, muy apenado.

-Sí, hijo. Me parece que he perdido el tiempo tratando de fabricar una cosechadora. Quizás no sea la voluntad de Dios, y él quiera que continuemos recogiendo el grano con nuestras manos. Desde hace años me he empeñado por arreglar y reparar esta máquina, pero parece que todo ha sido en vano. Y ahora he decidido no volver a tocarla más.

Pero Ciro MacCormick no se separó de la máquina y allí estaba mucho tiempo después de que su padre la dejara. Sus dedos acariciaron la plataforma de madera y el tosco tambor. No estaba convencido de que esa máquina no servía. Tampoco creía que Dios no quería que funcionara. Pensó entonces en las largas horas que los segadores tenían que trabajar bajo el sol ardiente para cortar el cereal y atarlo en gavillas. ¡Cuánto más fácil les resultaría el trabajo si esa máquina que había inventado su padre hubiera funcionado como debía! "Oraré -pensó Ciro-, y si es la voluntad de Dios, algún día aprenderé a perfeccionar la máquina de papá".

Ciro tenía que realizar muchas tareas en la granja de su padre, pero nunca estaba demasiado ocupado como para no visitar diariamente el tinglado donde estaba la cosechadora. Y allí estudiaba cuidadosamente cada engranaje de madera y pensaba en cómo podría mejorarlos. No había una sola parte de la máquina que hubiera escapado a su atención, y cuando cumplió diez años, hubiera sido capaz de desarmarla completamente y de volver a armarla.

El Sr. MacCormick notó el profundo interés que su hijo mostraba en la cosechadora, y trató de desanimarlo.

-Es inútil, hijo -solía decirle-. Para perfeccionar esa máquina se requeriría mucho dinero que necesitamos para otras cosas y, además, nunca llegará a funcionar bien.

Pero Ciro no pensaba así. Trató de explicarle a su padre cómo pensaba él que podrían mejorarse los engranajes para que funcionaran con más suavidad, y cómo podrían hacerse nuevas piezas de fundición.

El Sr. MacCormick no estaba convencido de que su hijo tendría éxito en lo que se proponía hacer pero, para complacerlo, le dio permiso para que trabajara en esa máquina y hasta él mismo volvió a dedicarle tiempo.

Cada vez que los vecinos de MacCormick sembraban sus campos, lo hacían con la esperanza de que quizás los cosecharían con la nueva máquina. Pero siempre se veían en la necesidad de volver a sus guadañas y al viejo método de atar a mano las gavillas de cereal.

Las semanas se transformaron en meses y los meses en años, y finalmente muchos perdieron su fe en la cosechadora y se convencieron de que nunca resultaría práctica. Y el Sr. MacCormick participaba de la misma idea. Pero eso no ocurrió con Ciro. Cada fracaso le servía de estímulo para volver a probar.

Una tarde de otoño, como tantas veces lo había hecho en ocasiones anteriores, Ciro ató a su cosechadora cuatro caballos percherones y se dirigió al cuadro de cereal de uno de los vecinos. Y, como siempre, los obreros - esperaron a un lado, con sus guadañas, listos para trabajar tan pronto como la máquina fallara.

Pero esta vez la cosechadora no faltó. Dios una vuelta alrededor del campo y luego dio otra, cortando siempre las doradas espigas de trigo, que iban cayendo en la plataforma de la máquina.

Los vecinos quedaron asombrados.

-¡Por fin lo logró! ¡Ciro tiene por fin una cosechadora!



Pero el más sorprendido de todos era su padre, quien, además estaba muy orgulloso de su hijo.

-Cuesta creer que Ciro haya logrado lo que yo no pude hacer -comentó el Sr. MacCormick con sus vecinos-. Pero me alegro porque finalmente pudo hacerlo.

El pan que hoy comemos está hecho con grano cosechado con máquinas como la que Ciro MacCormick perfeccionó.

Naturalmente, las máquinas cosechadoras de la actualidad difieren mucho de la máquina que Ciro llevó al campo de trigo de uno de sus vecinos hace 140 años. Sin embargo, no son más que copias, si bien muy perfeccionadas, de aquella máquina que se abandonó en el tinglado de herramientas, por inservible.

La fe en Dios y la determinación de llevar a cabo una empresa útil, siempre infunden esperanza donde parece haberse perdido. Y durante toda su vida, Ciro MacCormick nunca perdió de vista ese hecho.

CÓMO BETINA SE PERDIÓ UNA FIESTA

Esta es una historia extraña. Se trata de una niña que siempre rompía sus vestidos.

¡Qué les parece! ¡Una niña que rompía sus vestidos!

Uno se puede imaginar a un muchacho rompiéndose los pantalones, o su camisa, pero una niñita que se rompa los vestidos es increíble.

Y no es que sólo estuviera desgarrándose los vestidos que usaba para la casa o la escuela, sino también rompía sus vestidos de salir y los de fiesta.

Yo no sé cómo pasaba, pero tan pronto como Betina recibía un vestido nuevo, de alguna manera conseguía hacerle una rotura. Por supuesto, ella no tenía la intención de hacerlo, pero de todas maneras los vestidos se rompían.

¡Qué niña descuidada!, dirán ustedes. Exactamente.

Eso es lo que le decía su mamá, pero eso no impedía que los vestidos se rompieran. Algo terrible tenía que ocurrir para curarla.

Un día llegó el papá a la casa con un hermoso vestido como para una fiesta. A él le gustaba comprar vestidos para Betina, aunque no podía entender cómo los rompía tan pronto.

Este era un vestido especialmente hermoso. La mamá dijo que le parecía que había pagado demasiado por él, y que Betina lo usaría sólo en ocasiones muy especiales, como una fiesta de Navidad o un casamiento.

Así que lo colgaron cuidadosamente en el ropero hasta que se presentara la ocasión para usarlo.

Pero Betina tenía una idea diferente. Cuando estuvo sola en su habitación, sacó el vestido de su percha y se lo puso, sólo para ver cómo le quedaba, por supuesto. Quedó mirándose un rato en el espejo, y muy contenta de cómo se veía comenzó a bailar y saltar por su dormitorio. Dio vueltas más y más rápido. Tan entusiasmada estaba que en sus saltos chocó contra la puerta y la manija se enganchó en una de las mangas del vestido.

¡Riiipp! Era el horrible sonido de algo que se rompía.

Betina se detuvo de golpe y un escalofrío corrió por su cuerpo al adivinar lo que había ocurrido.

Rápidamente se quitó el vestido y examinó la parte rasgada. Allí estaba, como de siete centímetros de largo. Trató de acomodar la tela para que no se viera tanto, en su nerviosismo lo rasgó un poco más. Como oyó que venía la mamá por las escaleras, puso el vestido en el colgador y lo guardó en el ropero.

Betina contuvo la respiración cuando la mamá fue al guardarropa y sacó dos o tres vestidos para remendar ¿Vería la rotura en el vestido nuevo? ¿Sospecharía que algo ya le había pasado?

No, la mamá no notó nada, y Betina decidió que se quedaría callada y no diría nada del asunto.

Pasaron las semanas, y el vestido nuevo, con su fea rotura, casi quedó olvidado. Entonces, de repente, vino una invitación para una fiesta muy especial. Ana Alicia, la mejor amiga de Betina, estaba invitando a un grupo de sus amigas a tener una fiestita en su casa. ¿Aceptaría Betina la invitación?

¡Qué emocionante! No había lugar en el mundo al que Betina iba con más gusto que a la hermosa casa de Ana Alicia.

La mamá estaba de acuerdo.

- ¿No es afortunado -dijo la mamá - que tengas el vestido nuevo que papá te trajo hace poco, para ir a esta fiestita?

- ¿Puedo ponerme ese vestido? -preguntó Betina -. ¡Qué hermoso!

Pero su entusiasmo repentinamente se transformó en miedo al recordar el desgarrón en la manga.

¿Debía decírselo a la mamá? No podía: Las palabras no le saldrían de la boca.

El día pasó muy lentamente, y el siguiente, y el siguiente, hasta que finalmente llegó el día de la fiestita.

Pero Betina todavía no había dicho nada de la rotura. Y cuanto más lo postergaba, tanto más difícil se le hacía hablar de ello.

- ¿A qué hora comienza la fiestita? -preguntó la mamá...

-A las cinco -contestó Betina -, y Roberto vendrá a buscarme con el auto. Dijo que también buscaría a las otras niñas.

- Bien, hay algo de bueno en esto -dijo la mamá -, con tu nuevo vestido no demorarás mucho en estar lista. No hay que hacer remiendos esta vez.

- No, Mamá -dijo Betina en voz muy baja, pero con la sensación de que se avecinaban problemas.

Por supuesto, no fue posible mantener el secreto por mucho tiempo más. La mamá subió al dormitorio un poco antes de las cuatro para asegurarse de que Betina se estuviera preparando, y sobre la cama vio el hermoso vestido nuevo, con la rotura en la manga.

- ¡Betina! -exclamó la mamá -. ¿Qué hiciste ahora? ¿No me vas a decir que has roto este vestido también? Si ni siquiera lo has usado una sola vez.

Betina tuvo que contar, como suele ocurrir, todo lo que había pasado y la mamá tuvo que decirle que no podría ir a la fiesta con la manga rota, y que era demasiado tarde para arreglársela.

Mientras todavía estaban hablando sonó el timbre. Era Roberto con el auto lleno de niñas felices y sonrientes.

-¿Estás lista, Betina? -dijo en voz alta- ¡Apresúrate! Pero Betina no estaba lista. El auto siguió su camino mientras una niña muy triste, en lo alto de la escalera, prometió a su mamá que realmente se esforzaría por no romper más sus vestidos.

COMO DIOS PROTEGIÓ A SUS RECOLECTORES

Por **Felipe Pollett**

FALTABAN unos pocos días para Navidad. Las luces de colores brillaban por los ventanales adornados. La música de Navidad y la risa de los niños creaban una atmósfera de felicidad en la noche. Y Linda estaba otra vez recolectando.

Linda tenía ocho años y siempre le gustaba salir a recolectar con su madre y su hermano Ricardo, de trece años. Hacía ya tres años que salían juntos y la gente era bondadosa con ellos, y a Linda le gustaba ver cómo la gente sonreía cuando ellos hablaban de ayudar a otros con su dinero.



Linda vivía en un barrio donde había muchas casas de apartamentos.

Todas las noches cuando salían a recolectar, Ricardo visitaba los apartamentos del segundo piso, mientras que Linda y su madre visitaban los del primer piso.

En esa noche precisamente justo antes de Navidad, los tres estaban recolectando, habían recibido ya una buena suma de dinero para Jesús.

Mientras los tres se dirigían hacia otra casa de apartamentos notaron que era bastante oscura. Algunos de los apartamentos estaban desocupados, y el edificio quedaba bastante alejado de la calle. La madre dijo que no debían pasar por alto a nadie, de modo que fueron para visitar a los pocos inquilinos que había allí.

En ese momento un grupo de muchachos grandes se acercaron a Linda y a su madre. Hacían mucho ruido, y Linda tuvo un poco de miedo. Los muchachos pasaron a Linda y a su madre y luego subieron al piso de arriba donde Ricardo estaba trabajando. Después regresaron, y se quedaron mirando a Linda y a su madre. Entonces volvieron nuevamente adonde estaba Ricardo. Miraban continuamente las alcancías donde llevaban el dinero. No había ninguna otra persona por allí, y Linda se preguntaba si los muchachos podrían hacerles daño o robarles el dinero de la alcancía. De pronto un hombre bien vestido que llevaba un portafolio, se acercó a Linda y a su madre. Parecía muy amigable. La madre le habló de la recolección, y también le mencionó a los muchachos grandes. El caballero subió al segundo piso donde estaban los muchachos y les preguntó qué deseaban. Luego les dijo que abandonaran el edificio. Caminó con los muchachos hasta la calle, y siguió con ellos por la acera, durante un largo trecho. Los muchachos desaparecieron y también desapareció el caballero bien vestido. Ni Linda ni su madre supieron jamás de dónde vinieron los unos o el otro, ni tampoco por qué habían ido a la casa de apartamentos donde ellos estaban recolectando. Pero de lo que Linda estaba segura era de que Dios los había protegido. Y ella sintió tanta gratitud que allí mismo le agradeció a Jesús por haberlo hecho.

CÓMO ESCAPÓ NARA

Nara vivía con su familia en una aldea situada a orillas del río Godavari, en el sur de la India. Era una niña muy útil en la casa, pues ayudaba a su madre trayendo agua desde el río y haciendo muchos otros trabajitos. Su padre era un pobre agricultor, y juntamente con Dumma, el hermano de Nara, tenía que trabajar arduamente para cultivar el maíz con que se sostenían y pagaban los impuestos. Un día, el padre de Nara volvió por la noche, y mientras estaba comiendo, observó que le dolía el pie.

- Pisé en un trozo cortante de cáscara de coco en el campo, y me corté bastante hondo – dijo.

- Será mejor que te haga algún remedio – dijo su esposa.

De modo que preparó algunas hojas y las molió con tierra que buscó en el corral de la vaca, porque los hindúes piensan que todo lo que está relacionado con las vacas es sagrado.

No es extraño que el pobre campesino empeorase a tal punto que no podía dormir por el dolor que le causaba el pie hinchado debido a la infección.

- Será mejor que te llevemos al médico de los extranjeros en Santapur – dijo finalmente su esposa. –

Nosotros tenemos que ir también, y como no puedes caminar, voy a alquilar un carro de bueyes. De modo que cerraron la casa al día siguiente, y emprendieron el viaje que duraba todo un largo día para llegar al hospital más cercano.

El doctor de la misión examinó el pie del campesino y le dijo que tendría que quedar internado varias semanas. Hasta se llegó a creer que el hombre había llegado demasiado tarde y que posiblemente no sanaría.

Pero habiendo mejorado, pronto empezó a preocuparse por su campito de maíz.

- Dumma – dijo, - tendrás que irte a casa y cosechar el maíz, de lo contrario no tendremos nada que comer más adelante- Haz lo mejor que puedas, y tal vez tu tío te pueda ayudar. Nara irá a visitarte dentro de diez días. Yo sé que te esforzarás para evitar que nos veamos en dificultades.

Dumma se fue enseguida, resuelto a hacer todo lo que pudiese, aunque le pesaba tener que volver solo.

Nunca antes se habían separado Nara y él, y la niña también se sentía muy solitaria los primeros días.

Maryamma, la bondadosa matrona del hospital, le estaba enseñando a cantar himnos y coros de Jesús y Nara sentía mucho placer en oír las historias bíblicas que la señora le contaba ayudada por hermosas láminas en colores.

- ¿Te gustaría ser esta niña que está sentada en la rodilla de Jesús? – preguntó a Nara. – Fíjate cómo está mirando con amor a su Salvador y Amigo. ¿Sabes lo que quiere decir el himno que cantamos tantas veces: "Jesús me ama, oh cuánto me ama a mí"?

Transcurrió un tiempo antes que Nara pudiese contestar, pero varios días más tarde, Maryamma oyó que cantaba para sí: "Amo a Jesús, sí lo amo; es el Salvador de Nara también."

Cierta mañana notó que su padre estaba preocupado:

- Hija – le dijo, - he tenido un mal sueño acerca de tu hermano, y no podré descansar hasta que vayas a casa y veas cómo está.

- Saldré mañana muy temprano – contestó la niña.

Y después de un día muy caluroso de penoso viaje, llegó a la aldea.

- ¡Oh, Nara, cuán contento estoy de verte! – exclamó Dumma. – Encontré que el trabajo era tan pesado que nunca podría haberlo hecho solo; pero nuestro tío vino y me ayudó.

- Estoy segura de que el Señor Jesús lo indujo a ello- dijo Nara. – Le pedí a él que te ayudase.

Conversaron por un largo rato, pero ambos estaban muy cansados y con sueño.

- Yo apagaré el farol – dijo Dumma, - y nos acostaremos enseguida, ya que tienes que volver mañana.

Al cabo de pocos minutos los niños dormían en la calurosa oscuridad de la chocita. Pero pronto Nara se despertó sintiendo algo pesado sobre su cabeza. Pensando que era un gato, se movió y trató de ahuyentarlo, pero tenía tanto sueño que no podía despertarse. Casi enseguida después, sintió un dolor agudo en la cabeza y el ruido de una lata vacía que caía la despertó, y se incorporó. Para gran sorpresa suya, encontró que tenía la cara mojada y pegajosa.

- ¡Pronto, pronto Dumma! – gritó – enciende el farol.

Cuando el muchacho lo hubo hecho, se quedó horrorizado al ver que la sangre inundaba la cara de su hermana por una herida profunda que tenía en la cabeza.

Salió lo más rápidamente que podía y despertó a los vecinos quienes encontraron a una joven pantera entre algunos arbustos cercanos, pero ella logró escapar en la confusión y las tinieblas. Las mujeres trataron de socorrer a Nara: buscaron agua caliente y le lavaron la cabeza, pero en su ignorancia llenaron la herida de maleza y telarañas, cubriéndola luego con trapos sucios. La pobre niña se sentía muy mal, acostada sola en la casa oscura, porque Dumma tenía que trabajar en la cosecha.

- ¡Oh, Padre celestial - seguía orando, - déjame volver a donde está mamá y la bondadosa Maryamma! Yo sé que ella aliviará este terrible dolor.

Hacia la noche, su tío, que pasaba por la aldea, entró a ver cómo les iba, y decidió llevarse a Nara al hospital al día siguiente.

- Dumma no puede salir en este momento, y si estás enferma, será mejor que estés con tus padres – le dijo a la niña.

Nara llegó contenta al hospital, y muy a tiempo porque la herida de su cabeza necesitaba un tratamiento adecuado para empezar a sanar lentamente.

- La verdad, mi tesoro – dijo Maryamma, - si no te hubiesen traído aquí habrías estado muy enferma, así que damos gracias a Dios por sus bondades hacia ti.

- Y también estoy agradecida – murmuró Nara, - y cuando sea grande me dedicaré a curar a los enfermos como usted.

- Muy buena idea, Nara, pero mientras tanto debes tratar, cuando regreses a casa, de ayudar a otros niños y niñas a amar al Señor Jesucristo.

Nara asintió con la cabeza, y tan bien manifestó su gratitud a Dios con los niños de su aldea, donde muchos de ellos, fueron inducidos a conocer y seguir a su Salvador.

CÓMO FUE AMANSADO UN OSEZNO

Cierta vez, cuando regresaba de Alaska, el buque Alicia hizo escala en Juneau, y allí el capitán del barco recibió de regalo un osezno polar. Inmediatamente le puso el nombre de aquel lugar, Juneau, y lo ató con una cadena en la cubierta, para entretenimiento de los pasajeros.

Todos manifestaban gran interés en el extraño gordinflón, lo que se puso bien de manifiesto por los varios pies y manos arañados, pues el osezno se negaba a mostrarse amigable con los seres humanos.

Era un salvaje malvado, siempre gruñendo y listo a corresponder con dentadas a toda demostración de buena voluntad. Finalmente, los pasajeros decidieron evitarlo.

Pero, había a bordo una inteligente muchacha india, llamada Mary, que persistía en hacer amistad con Juneau. Los tutores de la niña quedaron alerta, pensando que en cualquier momento sería arañada por el osito; pero pronto fue evidente que ella era capaz de cuidar de sí misma.

Todas las noches Mary reservaba su postre de fruta y torta para alimentar a Juneau. Él simplemente devoraba aquellasofrendas de paz, pero con sus garras continuaba amenazando a su admiradora. Mary, sin embargo, tenía un plan.

Un día, cortó una manzana en pedacitos y del iberad amente se sentó en la cubierta, dentro del círculo reservado al osezno.

Tal atrevimiento hizo que el osito se levantara y mirase a Mary mientras ella tomaba pedacitos de manzana y los colocaba en el círculo, comenzando lo más cerca que le era posible del osito, y después colocándolos más y más lejos, en dirección de los pies de ella. Después puso pedacitos de manzana en su rodilla, en la falda, aquí y allí, hasta en el brozo y en el hombro. Finalmente, colocó el corazón de la mangana en su propia cabeza.

Todo eso fue hecho bien lentamente y con mucha reflexión. Al terminar, Mary permaneció inmóvil como una estatua. Parpadeando y gruñendo, el astuto osito se dirigió furtivamente hasta la línea de pedacitos de manzana. Tan suculentos y sabrosos estaban, que él, poniendo de lado todo miedo y malicia, se fue aproximando todo contento a los pies de Mary. Allí se detuvo para examinar aquella figura tan quieta, y viendo que ella no se movía ni le hacía caso, continuó su fiesta.

Bien lentamente, y con mucha cautela, examinó el vestido, no perdiendo ningún bocadito, y finalmente olfateó el hombro de la niña. Despacio, despacio, se fue acomodando en su regazo mullido, se irguió sobre las patas traseras y colocó las delanteras en el pecho de Mary. Y entonces rápidamente devoró los restantes bocaditos de manzana, quedando apenas el tentador corazón en la cabeza de la muchacha. Entonces el osito, agarrándose con las afiladas garras al tejido de la chaqueta de Mary, subió al hombro de ella, se agarró a su cuello para mantener el equilibrio y mordió el corazón de la manzana.

Los otros pasajeros, al observar a Mary y Juneau pensaron cómo era posible que ella pudiera permanecer tan inmóvil. El coraje de esa muchacha nunca la decepcionó. Ni siquiera parpadeaba para mostrar que estaba viva; y entonces el cauteloso osezno, con un gruñido de profunda satisfacción, volvió a dormir a su caja. Hasta entonces la niña no se había movido de su incómoda posición. Entonces se irguió de un salto y, rebotante de alegría, fue a contarle a sus amigos cómo había conquistado a Juneau.

Al día siguiente, mucha gente de pie, a una distancia respetable, quedó observando la nueva hazaña. La experiencia del día anterior fue repetida con mayor éxito todavía, pues Juneau terminó acurrucándose y durmiéndose en el tibio regazo de Mary.

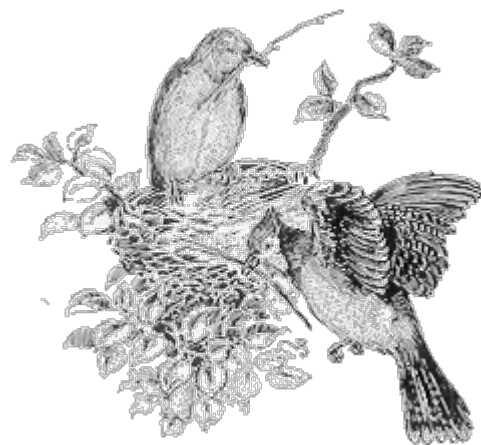
Naturalmente, después de eso, aquellos dos nativos de Alaska se hicieron buenos amigos. Al llegar al puerto de San Francisco, el capitán desató al bello osezno y lo colocó en los brazos de la única persona que había conseguido amansarlo.

COMO PASAN EL VERANO LOS ANIMALES DEL CAMPO

Por *Enrique Graham*

MUCHOS de los animales que tienen pieles abrigadas pasan el invierno en una cueva o, a lo menos, no llevan una vida muy activa, sea que duerman durante los meses del invierno, o no pero cuando el tiempo es bueno, todos se vuelven muy activos.

A medida que avanza la estación estival, el ciervo, el alce, el wapití, el antílope y otros animales grandes suben a lugares más altos. -' fines del verano se los encuentra en las partes más elevadas cte las cordilleras debido a que en esos lugares la temperatura es más fresca y también porque hay abundancia de alimento. A menudo en esos lugares los bancos de nieve suministran el agua que mantiene verde la hierba y los arbustos durante más tiempo que en los lugares menos elevados. Los animales de caza prefieren comer los brotes tiernos de los arbustos pero también se alimentan de hierba. Cuando



llega el otoño descienden por las laderas de las montañas, porque la nieve no es tan profunda en los valles, de modo que allí el invierno no es tan riguroso. Durante el verano corren, juegan y se divierten. El conejo de color castaño grisáceo, de patas blancas, cuya piel se vuelve blanca en invierno, a menudo se torna tan manso en verano que se hace amigo de los acampantes y hasta recibe alimentos que ellos le ofrecen. A este animal le gustan las zanahorias, la lechuga y otras verduras. A los chipmunks, una especie de ardilla, los conejos de roca los conejos de cola blanca, les gusta el mismo alimento. Todos esos animales disfrutan mucho durante los meses cálidos.

Los coyotes, las nutrias, las comadreas, los jaguares, y muchos otros animales cuya piel se usa en el comercio,

pasan los meses de verano más o menos como el resto del año. Emplean la mayor parte del tiempo matando (,tros animales para alimentarse. En la estación más calurosa, y en la hora más caliente del día, estos animales se esconden en sus guarí(las donde la temperatura es más cómoda y salen a cazar al atardecer, cuando el día refresca, o de mañana temprano.

El conejo de las rocas pasa la mayor parte del verano cortando bocados de hierba silvestre que luego lleva a las laderas de esquisto o pizarra, calentadas por el sol, con el propósito de secar la hierba para usarla en el invierno. Eso le insume mucho tiempo. Después de que los montones de hierba, que se parecen mucho a los fardos que hace un agricultor, en miniatura, están completamente secos, el conejo lleva el heno a su guarida, entre las rocas, para usarlo como alimento durante el invierno. Si no fuera tan activo, pasaría hambre cuando soplan los vientos fríos, y la nieve cubre el suelo. Siempre se asegura suficiente alimento, que le dure hasta que tenga oportunidad de juntar más.

El castor pasa la mayor parte del verano construyendo o reparando su represa, de manera que el agua alcance la debida profundidad requerida para cubrir la entrada de su habitación. Sabe que si sus enemigos no pueden entrar a su casa sin mojarse. él estará seguro. Muchos de los animales del campo odian el agua y, si pueden evitarlo, no la tocarán.

Durante los meses del verano los osos tratan de llenarse el estómago con miel silvestre y bayas. Al oso le gustan especialmente los arándanos. Pero come también uvas silvestres, frambuesas y hasta serbas. El oso se encuentra muy cómodo en un campo de arándanos o cerca de una colmena.

Las ratas almizcleras trabajan con mucha dedicación durante el verano construyendo sus casas de espadañas. palos, lodo y otros materiales. Se ocupan también en agrandar y mejorar las cuevas que excavan en bancos lodosos; pero durante el tiempo bueno también juegan bastante. Las ratas almizcleras se divierten mucho deslizándose hasta el agua por las pendientes resbaladizas que bordean el río.

Los patos y los gansos silvestres también disfrutan de la vida durante los meses de verano. No sólo se dedican a construir sus nichos entre las espadañas y los juncos que bordean las orillas de los lagos y las lagunas. sino que también les gusta ir a alimentarse donde los pastos de agua dulce de las inmediaciones. En ocasiones he observado cómo los patos silvestres, los gansos canadienses y otras aves de pata palmeada hunden su pico en el fondo de la laguna y de allí sacan hierbas y plantas acuáticas hasta la superficie. Ese alimento pueden obtenerlo muy fácilmente en verano. Después de que se cosechan los granos, las aves se dan un festín en los rastrojos.

Las aves anidan durante la primavera y el verano. Después de que los pichones pueden valerse por sí mismos, los pájaros adultos están libres de cuidados y parece como que se dedican a divertirse. Con la llegada del invierno, muchas de las aves emigran a lugares más cálidos donde la vida es más fácil y hay abundancia de alimento. Naturalmente, hay pájaros que viven continuamente en lugares cálidos.

Hablando en términos generales, tanto las aves como los animales lo pasan mejor en verano que en invierno, aunque la mayoría de ellos lo pasa bastante bien durante la mayor parte del tiempo. Dios les enseña a satisfacer sus necesidades en todo tiempo y en cualquier condición en que se encuentren. Pero fuera de toda duda, a la mayoría de los animales les gusta más el verano.

“¿CÓMO PODRÉ IR?”

Elena Harmon tenía tan sólo diecisiete años de edad, cuando Dios la llamó para hacer una obra especial. Dios quería que ella fuese una profetisa.

El Señor le dio a Elena algunas visiones de la misma manera como se las había dado a Daniel en los tiempos bíblicos. Le dijo que contara a otros lo que había visto y oído. Le advirtió, además, que esa obra no sería fácil.

Elena pensaba que esta clase de obra debía hacerla un predicador. Era muy difícil para ella hablar a la gente. Además su salud era muy delicada. Se preguntaba a sí misma: “¿Cómo podré ir?”

Dirigiéndose a su pieza, se arrodilló y pidió al Señor que eligiera a alguna otra persona para hacer ese trabajo.

Pero Dios sabía que las visiones ayudarían a su pueblo. Con voz amorosa le ordenó otra vez que relatara las visiones a la gente.

Ella amaba a Dios, pero le parecía que no podía contestar a este llamado. Pensaba: “Oh, si pudiera morir, no tendría que ir”. Pero el llamado seguía resonando en sus oídos.

Elena le pidió a su padre que fuera con ella. “Así no tendré miedo”, dijo.

“No te preocupes, hijita, Dios irá contigo”, contestó amablemente su padre. “Ora para que Dios te dé fuerza”.

Elena lo hizo. Otras personas también estaban orando por ella. Una noche mientras oraba, sus temores la abandonaron. De repente una luz brillante, como una bola de fuego, la golpeó sobre el corazón. Era una señal de que el Espíritu Santo estaba allí.

Entonces Dios le dio a Elena otra visión. En esa visión había ángeles alrededor de ella. Uno de ellos le dijo que debía dar los mensajes y ser fiel hasta el fin. Si hacía esto, Dios le permitiría comer del fruto del árbol de la vida y beber del agua de la vida.

Elena prometió a Dios que haría su obra. Iría a cualquier parte si Él le mostraba el camino.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Después de pocos días su cuñado llegó en un trineo para llevarla a su hogar. Aunque hacia mucho frío ella decidió ir.

Cuando llegaron, su hermana le dijo: “Los adventistas están celebrando una reunión esta noche. Creo que deberías ir y contarles lo que Dios te ha mostrado”.

Elena se acordó de la promesa que le había hecho al Señor. Se fue a la pieza y oró: “Querido Señor, ayúdame a hacer la obra en la forma debida y que te agrade a ti”.

Por mucho tiempo la garganta de Elena había estado tan inflamada que apenas podía hablar. Los vecinos y amigos iban a escucharla, pero apenas podía cuchichear. Tenían que acercarse mucho a ella para oírla.

Pero ahora ocurrió una cosa maravillosa. De repente su voz se puso clara y fuerte. Habló durante casi dos horas. Cuando terminó de hablar, la voz se apagó de nuevo hasta la siguiente vez que le tocó hablar en público. Después de tres meses, no tuvo más dificultad con su voz.

Satanás procuró de diversas maneras que Elena se desanimara, pero Dios estaba con ella. La historia de su vida y los libros que escribió, han ayudado a muchísimas personas.

CÓMO RAIMUNDO SALVÓ EL DÍA

Por Alicia Starr

"¡GUAU! ¡Guau!", ladraba el cachorrito de la casa de al lado. Raimundo corría por el patio cubierto de césped con el cachorrito de aguas, blanco y negro que rodaba e iba a los tumbos, pisándole los talones. Hacía dos años que Raimundo le había rogado a sus padres que le consiguieran un cachorro, pero ellos le habían dicho:

-No. Tú eres muy chico todavía para saber cómo cuidar de un cachorro.

Pero ahora, a Raimundo le parecía que las cosas habían cambiado. Tenía casi cinco años. Todavía quería un cachorro, y tenía la esperanza de conseguir uno en el día de su cumpleaños. Se divertía mucho jugando con el cachorro del vecino, pero quería tener uno que fuera suyo.



El cumpleaños de Raimundo resultó en una fiesta familiar en su casa. Ese día acudieron a visitarlo a él y a sus padres, tías, tíos y primos. Raimundo se divirtió mucho jugando con sus primos toda clase de juegos. Pero no dejaba de pensar en los regalos de cumpleaños. ¡Pero no vio ni un solo regalo! Cuando todos los parientes se fueron, casi estalló en lágrimas. ¿Por qué lo habían olvidado todos? Pero en eso la madre dijo:

-Veamos lo que hay en el frasco de cumpleaños.

-¡Frasco de cumpleaños! -exclamó sorprendido Raimundo-. ¡Yo no sabía que había uno!

-Sí, allí está -dijo sonriente la madre mientras volcaba su contenido sobre la mesa de la cocina-. Todas las tías y los tíos y los primos dieron monedas y hasta pesos.

Ahora podrás comprar ese camión grande que tanto querías -explicó la madre contando el dinero-. Aquí tenemos cinco pesos con cincuenta centavos -informó.

-Pero ahora no quiero un camión -dijo Raimundo-. Quiero un cachorrito, un cachorrito blanco y negro.

-Vamos a pensarlo un poco. No queremos actuar con apresuramiento. Jesús quiere que gastemos nuestro dinero en una forma sabia -explicó la mamá.

-En primer lugar tengo que devolver el diezmo, porque Jesús quiere que lo haga -dijo Raimundo.

-Si -respondió la mamá-. El diezmo será 55 centavos.

Durante todo ese día Raimundo pensó en el cachorrito que él tanto quería. No podía olvidarse del cachorrito de la casa de al lado. Sonrió al recordar cómo ese cachorrito corría detrás de la pelota y se revolcaba con él en el césped. Entonces un día a la hora del almuerzo la mamá le dijo al papá:

-Feliz día del padre, querido. Es todo lo que puedo ofrecerte. Te preparé una torta especial de cerezas y nueces, que es tu favorita.

-Gracias, querida -replicó el papá-. ¿Pero sabes algo? Yo también estoy en bancarrota. Temo que no tenga suficiente gasolina en el auto para ir hasta la casa de los Martínez y dar el estudio bíblico que tenemos arreglado para esta noche.

Raimundo abrió tamaños ojos. ¿Qué podía dar de él al papá en el día del padre? Raimundo pensó y pensó. "Gasta tu dinero en una forma sabia", había dicho la mamá. Finalmente se le ocurrió una idea. Antes de mucho la mamá y Raimundo estaban muy ocupados en el dormitorio. Raimundo empezó a colorear su libro de dibujos mientras el papá dormía la siesta en el diván. Coloreó allí un perro con los

colores blanco y negro y le puso la lengua roja; luego coloreó un gatito que jugaba con una pelota verde en un porche azul. Pero cuando oyó que el papá se levantaba, dejó sus colores, tomó una cajita y corrió hacia la sala.

-Aquí, papá -dijo Raimundo, entregándole a aquél la cajita-. ¡Feliz día del padre!

-Esta es una cajita pequeña -rió el papá, dando vueltas y vueltas a la caja.

La tarjeta decía: "Feliz día del padre, papá. Con amor, tu hijo, Raimundo".

-¡Jui! -respondió el papá-. Es demasiado bueno para guardarlo.

Y sacó entonces la cinta con que estaba atada y el papel blanco con que venía envuelta la cajita.

-¡Hijo, éste es tu regalo de cumpleaños! ¿Me lo estás dando todo?

-Bueno -respondió Raimundo-, Jesús dice que hagamos por otros lo que quisiéramos que los demás hicieran por nosotros; y además quiero usar sabiamente mi dinero.

-Gracias, hijo -le dijo el papá-. Lo que tú has dicho vale oro.

Y poniendo su brazo alrededor de Raimundo le dio un abrazo.

En ese momento alguien llamó a la puerta. La mamá y Raimundo acudieron a atender el llamado.

-¡Sorpresa! ¡Sorpresa! -dijeron los García que estaban allí en la puerta.

Raimundo miró para ver lo que el señor García tenía en los brazos.

-¡Guau! ¡Guau! -ladró un inquieto cachorro moviendo la colita mientras el Sr. García se lo pasaba a Raimundo.

-Es para ti, Raimundo -dijo la Sra. García-. Tú eres un muchachito bondadoso y muy considerado. Estamos seguros de que cuidarás bien de este cachorro, y por eso te lo damos. Nos importa más que tenga un buen hogar que recibir dinero.

-¡Oh, gracias! ¡Gracias! Fue todo lo que Raimundo pudo decir.

-¡Guau! ¡Guau! -ladró de nuevo el cachorro.

Y esa noche en su oración Raimundo no se olvidó de darle a Jesús las gracias por el regalo que le había enviado.

CÓMO SALVARON UNA VIDA

Los padres de Mario eran misioneros en la India. Vivían en la ciudad de Bangalora. Había en esa ciudad muchas personas que no habían oído nunca hablar de Jesús ni de su amor. La mayoría de ellas eran hindúes, adoradores de ídolos.

Cierta tarde, Mario, que tenía entonces nueve años, se hallaba con su madre y una maestra misionera en un barrio de la ciudad muy alejado de la misión donde vivían. Habían alquilado un cochecito típico de la India para regresar a casa. Esa clase de coches se llamaba "gharry". Tiene dos asientos, uno frente al otro, y otro asiento alto, adelante, donde se sienta el cochero para manejar el caballo.

Esa tarde, mientras el caballo iba trotando por el duro camino, dejando oír el ruido característico de sus cascos, Mario notó de repente a un grupo de hindúes reunidos al pie de la colina sobre la cual estaban construidos los edificios de la misión. Dicho grupo estaba cerca de un estanque de aguas destinadas al abastecimiento de la ciudad.

- ¡Miren toda esa gente! – exclamó Mario.

- ¿Qué habrá sucedido? – dijo la madre.

- Yo iré a ver de qué se trata – dijo la maestra. – Cochero, deténgase, por favor, al lado del camino, bajo ese árbol. Hace demasiado calor para quedarse al sol.

- ¿Puedo ir yo también con ustedes? – preguntó Mario a la maestra.

El cochero detuvo al gharry debajo del árbol, y sus tres pasajeros se bajaron para dirigirse hacia el grupo de gente.

- ¿Que ha sucedido? – preguntó la maestra a un hombre que estaba allí.

- ¿Se ha hecho daño alguno?

Notaron enseguida a un niño que yacía inmóvil en el suelo. Tenía los ojos cerrados, y parecía muerto. La madre de Mario y la maestra se inclinaron sobre él y le tomaron el pulso.

- Cayó en el estanque – dijo alguien hablando en idioma tamil.

La maestra entendía este idioma, y preguntó:

- ¿Dónde está su madre? ¿Está aquí?

- No; está trabajando – explicó una mujer. – Trabaja para una familia inglesa que vive en una casa grande al lado de la plaza del mercado. Ella no sabe que sus hijos estaban aquí. Los dejó en casa, vinieron a jugar.

- La madre no vendrá a casa hasta la noche – añadió otra mujer.

- ¿Y qué dirá cuando venga? – dijo con tristeza una mujer de más edad, sacudiendo la cabeza. – Porque éste es su único hijo varón. Sólo le queda, además, una niña.

- Ella vendrá ahora si alguien va a comunicarle que falleció su hijo – dijo una niña.

- Aquí está la hermana del muchacho – dijo un hombre, señalando a una niña de unos cinco años, que miraba muy asustada.

- Yo voy a avisar a la madre – dijo la joven que había hablado antes, y se dirigió hacia el camino.

- ¡Espere un minuto! – le dijo la maestra. – No vaya todavía. Creo que puedo salvar al muchacho; por lo menos voy a probar.

La mamá de Mario ayudó a la maestra a dar vuelta al niño, de manera que tuviese la cara hacia abajo, y juntas le alzaron un poco para que saliese el agua que tenía en la boca y la nariz. Luego la maestra se arrodilló en horcajadas sobre el niño y empezó a comprimirle el pecho y aliviar la presión con movimientos regulares. Esto es lo que se llama administrar respiración artificial, y tiene por fin hacer recobrar el conocimiento a una persona que se ha ahogado o asfixiado.

Sólo se necesitaron algunos minutos de esto para hacer funcionar de nuevo los pulmones del muchacho, que al rato estaba respirando como de costumbre.

Abrió los ojos y miró alrededor de él con aire extrañado, luego los volvió a cerrar. Parecía muy cansado.

Mientras la maestra estaba trabajando con el niño, un hindú dijo a la persona que estaba cerca de él:

- Yo sé quiénes son estas personas. Son las misioneras que viven en la casa que está allí arriba – y señalaba hacia la cumbre de la colina; luego miró con sorpresa al ver que el niño respiraba otra vez.

- ¡Ah! ¡Los misioneros han hecho revivir al niño! – dijeron los hindúes uno al otro.

- Ahora su mamá no se afligirá, sino que va a estar muy contenta.

La maestra se volvió hacia la niña que había ofrecido llamar a la madre del muchacho y le preguntó:

- ¿Vive cerca de tu casa?

La niña sacudió la cabeza para decir que sí, y contestó:

- Vivo en la casa del lado de la suya. Es al otro lado del camino, allí – y señalaba a una casita pequeña.

La mamá de Mario y la maestra ayudaron a llevar al niño a la casita, donde lo acomodaron para que pudiese descansar hasta la noche; luego regresaron al coche.

Mientras el caballo iba caminando cuesta arriba y las rudas del gharry giraban lentamente sobre el camino, Mario preguntó:

- ¿Habría muerto ese muchacho si nosotros no hubiésemos llegado a tiempo?

- Sí, habría muerto a los pocos minutos – contestó la maestra. - ¿Notaste que nadie hacía nada en su favor? ¡Qué imponentes estaban todos!

- No sabían qué hacer – explicó la mamá de Mario. – Para esto vinimos a vivir entre los hindúes, para enseñarles y para salvar vidas. Después de lo que ha sucedido, esa gente estará más dispuesta a escuchar cuando les hablemos de Jesús y del cielo.

- ¡Cuánto me alegro de que pudimos hacer algo en su favor! – dijo Mario reflexivamente. – Me alegro de que hayamos venido a la India. Cuando sea grande, yo también quiero ser misionero y ayudar a la gente.

COMO SALVÓ DIOS A DOS NIÑAS

Una tarde llegó a la casa de Nélida y María Sanborn el tío Guillermo con la noticia de que la tía estaba gravemente enferma y que tal vez no viviría hasta el día siguiente. La mamá de Nélida y de María empaquetó rápidamente algunas cosas que necesitaba, y después de haber recordado a su hija mayor que les dejaba en la despensa suficiente pan y leche para aquella tarde y el día siguiente, las exhortó a ser buenas durante su ausencia y se despidió de ellas diciendo: "Adiós, hijas mías, Dios las protegerá hasta que yo vuelva". Nélida deseaba ser una buena niña, como decía su mamá; sin embargo, apenas podía contener las lágrimas cuando vio desaparecer el carro en una curva del camino. Pero notando las lágrimas de la pequeña María, se reprimió y se dispuso a consolar a su hermanita.

-No llores, María, Dios nos va a proteger. Ven, vamos a ver las gallinas y los pollitos, y de noche nos acostaremos en la cama grande de mamá.

Esto bastó para que María se consolase, y tomando la mano de su hermana mayor ambas salieron en dirección al gallinero, donde distribuyeron abundantes granos entre sus queridos animalitos. Después de algunas vueltas por la quinta, al anochecer volvieron a la casa, donde Nélida encendió el fuego y preparó la cena, que constaba de pan y leche. Satisfechas las exigencias del estómago, ambas se arrodillaron y se encomendaron a Dios. Y enseguida subieron a la grande y blanca cama de la mamá, donde se acurrucaron como dos gatitos, y pronto durmieron.

A altas horas de la noche Nélida fue despertada por un ruido extraño, semejante al rumor de muchas aguas. Después de saltar de la cama encendió una vela y salió en dirección a la puerta a fin de descubrir qué era. Más cuál no fue su espanto cuando, entreabriendo la puerta, encontró la quinta transformada en un inmenso lago. "¡Oh! ¡Oh! -exclamó transida de terror-, ¿qué debo hacer?, es un desbordamiento del río". Pensó inmediatamente en María y ambas decidieron subir al altillo, donde probablemente las aguas no llegarían.

Entre tanto, la creciente continuaba avanzando. Nélida tomó unas mantas y algunas almohadas y las llevó al altillo, y volvió después para buscar a María, quien al oír el rugido de las aguas gritaba asustada. Nélida la tranquilizó diciéndole que no tuviera miedo, porque Dios las protegería.

Nélida se dio cuenta de que si aquella situación se prolongaba, necesitarían alimento. Bajó otra vez, y entrando sin temor en el agua que ya había invadido la casa se dirigió a la despensa de donde sacó una vasija con leche que llevó arriba. Tuvo que volver una vez más para buscar pan y una cuchara, y el agua ya le alcanzaba a las rodillas. La pequeña María no tardó en conciliar de nuevo el sueño, pero Nélida no podía dormir. Se puso a observar atentamente el agua, que iba aumentando sin cesar hasta que cubrió la cama de la madre y apagó la luz. Continuó después escuchando el ruido de la creciente dentro y fuera de la casa; llena de angustia, pidió a Dios que las salvase. Y el Señor la consoló recordándole una promesa que ella había oído muchas veces de su madre. "Cuando pasares por las aguas, yo seré contigo; y por los ríos, no te anegarán". Repitiendo la consoladora promesa, Nélida aguardaba el alborar del día que le traería el anhelado salvamento.

Al rayar la aurora, Nélida corrió a mirar a través de la pequeña ventana del altillo y vio que todo estaba transformado en un océano del que sobresalían apenas las copas de los árboles y los techos de las casas. A la tenue luz del amanecer, sin embargo, se divisaba una embarcación a vapor que venía en dirección al lugar para recoger a las personas que se habían refugiado en techos y azoteas. En la cubierta de la embarcación había una mujer, que, moviéndose inquietamente de un lado a otro, a veces lloraba y a veces oraba. Al acercarse a la casa, los marineros arriaron un bote que, manejado por algunos hombres, surcó las aguas, sacudido por el viento y la corriente, hasta la casa en que se encontraban Nélida y María. Al acercarse uno de ellos dijo:

-Aquí ya no hay nadie.

-No -contestó otro-, la casa no tardará en caer, pues ya vacila.

-Pero, escucha, ¿qué es eso?

"Jesús, Señor, mi Redentor,

En ti procuro abrigo;

Aumenta el agua en derredor Jesús,

Sé tú conmigo".

-¿Es Jesús el que los mandó a buscarnos? –preguntó Nérida cuando dos fuertes brazos las tomaron para transportarlas al bote. La fe sencilla de la niña conmovió el corazón del rudo marinero, quien no creía en Dios.

-Sí, hija mía -respondió-, pero después de un momento hubiera sido tarde. ¡Mira! ¡Allí se va la casa, arrastrada por las aguas!

Minutos después fueron recogidas a bordo de la embarcación, donde la madre con gran alegría y acciones de gracias las estrechó entre sus brazos.

Piensen, queridos niños y jóvenes, que Dios cuida de aquellos que confían en él y oye sus oraciones en medio de los mayores peligros. Recuerden este bello versículo que es también una promesa de Dios para todos ustedes: "Invócame en el día de la angustia y yo te libraré" (Salmos 50:15).

COMO SER FELICES

Por *Wilma Baywell*

TOMAS y Guillermo cruzaron corriendo el galpón mientras Susana, la hermana de Guillermo, jugaba en el patio. Ella oyó cómo los muchachos se reían y gritaban. En eso oyó que Guillermo la llamaba:

-Susana, ven a jugar con nosotros en el heno.

A Susana le encantaba jugar con Guillermo y Tomás, de modo que corrió al galpón.

-Sube acá -la llamó Guillermo desde la parte superior del galpón, donde se guardaba el heno-. Voy a tirar una gran pila de heno, y luego nos turnaremos saltando sobre la paja.

Esa era una de las cosas que más le gustaban a Susana: saltar entre la paja que tenía un olor tan agradable. Pero en el momento en que estaba por ascender la escalera para tirarse sobre el montón de heno, su hermana llamó:

-Susana, mamá está lista.

-¡Oh! -protestó Susana-. Mamá va a visitar a la ancianita Rodríguez y me pidió que la acompañara.

-¡Muy bien! Puedes jugar con nosotros cuando regreses -le aseguró Tomás.

-Me gustaría ser muchacho -siguió protestando Susana-. Uds. nunca tienen que ir a visitar ancianos.

Y diciendo así salió corriendo del galpón mientras se sacudía la paja que tenía en el vestido. Sabía que no debía hacer esperar a la mamá.

La mamá y Susana entraron en el automóvil y pronto estuvieron en la carretera. Susana no podía olvidarse de cuánto se hubiera divertido jugando en el montón de paja. Le disgustaba mucho visitar a personas ancianas. La hacía sentir triste y a veces tenía que quedarse sentada sin hablar una palabra durante un largo rato.

Finalmente la madre salió de la carretera y entró por un camino de tierra y por fin llegaron a una casita.

En el momento en que Susana salía del automóvil, salió de la casita un joven.

-Hola, Alberto -dijo la mamá-. ¿Cómo está hoy tu mamá?

-No está muy bien -respondió él-. Me parece que se siente muy sola. Yo no puedo acompañarla mucho. En esta época del año hay mucho que hacer en la huerta.

-Sigue con tu trabajo. Hoy Susana y yo nos encargaremos de tu mamá.

El interior de la casa estaba oscuro y mal ventilado. Las cosas estaban bastante desordenadas. En un rincón de la habitación Susana vio a una anciana en cama. No parecía sentirse muy feliz.

Susana tampoco lo estaba. Odiaba tener que estar adentro en un día tan hermoso. Pero el tener que estar en una casa sucia, con una anciana molesta, casi la hizo llorar.

La mamá le explicó a la Sra. Rodríguez que ella y Susana habían ido ese día para que Alberto pudiera terminar su trabajo en la huerta.

-Me alegro de verla a Ud. y su hermosa hijita -dijo la Sra. Rodríguez con una sonrisa-. Pero me avergüenzo que hayan encontrado la casa en esta condición. Alberto procura mantenerla limpia y ordenada, pero no alcanza a hacerlo todo.

-No importa -le aseguró la mamá-. Susana y yo no tardaremos en arreglar todas las cosas. Recuerdo cuán limpiecita mantenía su casa antes de que se enfermara.

La mamá abrió la ventana para que entrara sol y aire, y le pasó a Susana una escoba.

Esta se alegró de tener algo que hacer. Barrer era el trabajo que hacía regularmente en la casa, y pronto tuvo el piso barrido. Además trató de ordenar todo lo que estaba allí fuera de lugar.

-En el patio de atrás hay flores muy bonitas -dijo sonriendo la Sra. Rodríguez-. ¿Quisieras por favor recoger algunas para mí?

Susana sintió pena por la Sra. Rodríguez, y se sintió avergonzada por lo que había pensado.

-Con todo gusto -dijo.

¡Cuán bueno le pareció el aire fresco cuando salió de la casa! Se sintió muy feliz porque no estaba



enferma y en cama.

Recogió un gran ramo de crisantemos amarillos y algunas rosas tardías. Las rosas eran muy perfumadas. Susana aspiró el aroma.

-Nunca he visto flores tan hermosas -exclamó. Alegrarán el cuarto de la Sra. Rodríguez.

Cuando abrió la puerta se dio cuenta de que la mamá había estado muy ocupada. La Sra. Rodríguez estaba sentada en la cama. La cama estaba recién hecha, y la madre había encontrado una linda sobrecama para cubrirla. Todo estaba desempolvado y bien arreglado.

Al ver las flores la Sra. Rodríguez sonrió.

-Gracias, querida. Tú sabes cómo arreglar las flores.

-Algún día tendré un jardín tan hermoso como el suyo -respondió Susana.

-Yo te daré algunos bulbos y semillas de mis flores mejores -le prometió la Sra. Rodríguez-. ¿Por qué no recoges un ramo de flores para llevar a tu casa?

-Ud. es muy amable -dijo la mamá-. Ahora, Susana, ayúdame a preparar el alimento que trajimos.

Pronto cada una de las tres tenía un plato de sopa caliente y la Sra. Rodríguez tenía una expresión muy feliz en su rostro.

-Esta sopa es deliciosa. Mi hijo no es muy buen cocinero.

-Dejaremos el resto de la comida para calentarla más tarde -explicó la mamá recogiendo los platos vacíos.

Susana y la mamá permanecieron toda la tarde conversando con la Sra. Rodríguez. Ella les contó muchas historias de cuando era niña, y Susana se sorprendió cuando la mamá dijo que se estaba haciendo tarde y debían regresar a casa. En realidad el tiempo se había pasado volando.

En su camino de regreso, Susana miró las flores que había recogido, y pensó que después de todo, el día había sido bueno.

-Estoy orgullosa de ti -dijo la mamá-. Ayudaste a hacer un poco más feliz la vida de la Sra. Rodríguez.

-Me alegro por haberte acompañado, mamá -admitió Susana-. Realmente fue más divertido que jugar con Guillermo y Tomás en el galpón. Y además, ahora sé qué es lo que hace más feliz a la gente.

¡COMO TOMMY PUDO ABRIR LAS VENTANAS DEL CIELO!

La madre llamaba "¡Tommy!" No hubo ruido, ni contesta. "Tommy, te necesito". "Estoy ocupado", una voz de seis años de edad respondía desde el jardín. La madre salió afuera para ver qué era lo que Tommy estaba haciendo y lo encontró acostado de espaldas sobre la hierba.

- "¿No me dijiste que estabas ocupado?", dijo la madre. "Sí lo estoy, dijo Tommy".

- "¿Pero y por qué, que estás haciendo ahora?"

- "Estoy velando para ver cuando las ventanas del cielo se abran".

La madre trató fuertemente por no reírse. "¿Pero por qué estás velando?", preguntó ella.

- "Bien, ya verás, la maestra nos dijo que si le damos nuestros centavos para los misioneros o le ayudamos a los pobres, Jesús abrirá las ventanas del cielo para enviarnos de vuelta lo que hemos dado. Pues yo le di ayer a la pobrecita Doris la nueva y brillante moneda de \$ 25.00 bolívares y estoy esperando aquí a que me la devuelva".

Por un momento la madre no encontraba qué contestarle. Después de una pausa ella contestó:

- "Bien, la maestra tenía razón en lo que dijo, pero yo no creo que ella quiso decir que el dinero volvería a caer del cielo".

- "Pero la Biblia lo dice así, yo sé que lo dice; pues la maestra nos lo leyó ayer mismo", contestó Tommy firmemente.

- "Vamos a ver si lo dice le dijo la madre. Muy interesado, Tommy saltó y se paró y se fueron adentro. La madre encontró la Biblia y la abrió en el Capítulo tres de Malaquías y leyó el verso 10 que tanto había impresionado a la mente de Tommy. "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde".

- "Ahí lo tienes, yo te lo dije", dijo Tommy.

- "Si dijo la madre, pero permíteme decirte lo que esas palabras quieren decir. "Estas palabras quieren decir que le devolvemos a Jehová los diezmos (diez por ciento) de todo lo, que recibimos y se lo damos gozosamente porque le amamos a Él, y que Él suplirá todas nuestras necesidades y nos recompensará, velará para que no nos falte nada que sea bueno y El nos devolverá todo lo que hemos dado y mucho más también. No es que el dinero venga de los cielos, pero de una manera u otra por seguro retornará".

- "Ya veo", dijo Tommy, con un tono de desengaño en su voz. "¿Pero qué pasaría cuando uno da todo lo que tiene como lo hice yo ayer, y no solamente el diez por ciento?"

- "Entonces", dijo la madre, "tu recibirás el tanto o más de vuelta. A Dios no le gusta deberle algo a nadie. Y si realmente diste esa moneda por amor a Jesús y al pobre, yo estoy bien segura que la volverás a ver; y aún más que eso. Por supuesto, no debemos esperarlo, todo de un golpe, pues algunas veces Jesús le gusta observar nuestra paciencia; así que espera un tiempito para ver lo que sucede.

Tommy esperaba. Pasaban los días y las ventanas del cielo no se abrían.

De hecho, Tommy empezó a desear que mejor hubiese sido quedarse con su moneda. Como sabemos, la paciencia de un niño no durará mucho tiempo.

Mientras tanto, un caballero que vivía próximo a la casa de Tommy le pidió si quería ayudarlo a recortar los ganchos y ramas de su jardín; pues había llegado el otoño. Tommy estaba muy dispuesto por hacer ese trabajo, como todo niño de esa edad está dispuesto; a él no le gustaría hacerlo en su propio jardín.

Tommy trabajó duro y cuando terminó con el trabajo él caballero le dio veinticinco centavos, diciéndole al mismo tiempo que él había sido el mejor empleado que había tenido en mucho tiempo.

- ¡Mamá! ¡Mamá!, gritaba Tommy mientras corría hacia su propia casa, "él me dio una moneda completa. La moneda ha vuelto para atrás después de todo".

- "Sí", dijo la madre, "las ventanas del cielo se han abierto, por fin" Y allí mismo Tommy separó el diezmo correspondiente, sabiendo que las ventanas del cielo volverán a abrirse en otra ocasión.

Así sucedió. Y se abrirán para ti también, pues todos los niños y niñas que le devuelven a Dios lo que le pertenece a El pueden clamar por sus preciosas promesas para sí mismos.

COMO UNA ROCA

Susana Wesley sufrió numerosas tragedias personales, pero permaneció firme como una roca y continuó confiando en Dios. Aunque 10 de sus hijos murieron y la familia tuvo grandes problemas financieros, Susana continuó creciendo espiritualmente y enseñando a sus hijos el amor de Dios. Todas las noches reunía a su familia para orar. Y los domingos de tarde efectuaba reuniones religiosas en su hogar.

Susana también era la maestra de sus hijos. Les enseñó seis horas por día durante 20 años, y gracias a su devoción y amor les ayudó a desarrollar pasión por la educación.

Sin embargo, aunque estaba muy ocupada criando y enseñando a sus hijos, Susana dedicaba fielmente dos horas diarias a sus devociones privadas, durante las cuales estudiaba y oraba personalmente. Cuando arreciaban las dificultades, oraba más intensamente y confiaba más en Dios.

En un hogar con tantos niños como el de Susana, a veces resultaba difícil hacer vida privada. Cuando quería estar a solas con Dios, Susana se sentaba en una silla y se cubría la cabeza con su delantal; así sus hijos sabían que estaba orando, y la dejaban tranquila.

La casa de los Wesley se incendió dos veces, lo que empeoró su situación. La segunda vez, sin embargo, la familia perdió todas sus posesiones junto con la casa que se quemó totalmente. En un momento pareció que perderían a otro hijo en el incendio. Juan, de seis años, había quedado atrapado dentro de la casa cuando ésta ardió por todas partes. Pero el pequeño logró llegar a una ventana, de donde lo rescataron instantes antes de que el techo se derrumbara.

COMPARTIR

Hace muchos años en Inglaterra ocurrió un incidente que interrumpió la circulación de vehículos sobre un puente en Londres y todo fue ocasionado por un caballo. No sabemos el nombre del caballo pero lo llamaremos Azabache. Una mañana Azabache se mostró muy terco con su amo quien lo llevaba halando una carreta que llevaba un cargamento hasta el puerto. Cuando llegaron frente a la famosa torre donde está el gran reloj que marca la hora en la ciudad de Londres, Azabache se detuvo y no quiso dar un paso más. En esa zona está absolutamente prohibido detener vehículos de manera que el dueño de Azabache bajó del carro para tratar de mover el caballo y así continuar su viaje. Lo acarició, le habló con cariño, lo amenazó, pero todo fue en vano. El caballo parecía ajeno a todos los inconvenientes que estaba ocasionando.

Mientras todo esto sucedía ya un autobús se había detenido detrás del carro y dos o tres vehículos más estaban esperando. No había pasado mucho tiempo cuando un policía llegó y le ordenó al dueño del caballo que se fuera de allí con su animal y su carga porque estaba interrumpiendo el tránsito. El hombre le contestó que obedecería con mucho placer si tan sólo él pudiera lograr que su caballo se moviera. El policía intentó hacer que el animal se moviera pero sus esfuerzos fueron en vano porque el caballo no consintió en dar un solo paso.

Ya el tránsito se había paralizado por completo de manera que los autobuses, camiones, autos y motocicletas no podían adelantar y los conductores sacaban la cabeza para ver qué era lo que sucedía. Para completar, en el río debajo del puente había un remolcador que pedía paso y había necesidad de remover el puente para que éste pudiera pasar. Y allí seguía Azabache; como si nada estuviera sucediendo. En ese momento, un muchacho se acercaba al puente comiéndose una manzana. Al ver la interminable hilera de vehículos detenidos, pensó que se había producido un accidente y se apresuró a llegar al lugar donde estaba el caballo atrayendo la atención de toda la muchedumbre. Roberto, que así se llamaba el muchachito, se deslizó por entre las personas mayores y llegó a primera fila, comiendo siempre su preciosa manzana. De repente, al ver al jovencito, el conductor del carruaje tuvo una brillante idea.

– Dame un pedazo de tu manzana – le dijo.

Roberto se quedó sorprendido. No estaba muy dispuesto a privarse de su fruta, pero al ver la congoja en el rostro del conductor, le dio lo que le quedaba de la manzana. El efecto fue mágico. Mientras el conductor le mostraba la manzana a Azabache, manteniéndola a cierta distancia de su nariz, el caballo estiró el pescuezo para apoderarse de ella. Moviéndose una pata hacia adelante, luego otra y antes de darse cuenta de lo que hacía, había salido del puente y se hallaba de nuevo en camino al puerto. Entonces los autobuses, camiones y motocicletas, así como el remolcador, pudieron continuar su viaje gracias al muchacho que dio la su manzana. ¡Qué magnífica acción hizo el muchacho esa mañana! Es cierto que tenía poco que dar, pero lo que poseía lo dio y lo hizo en el momento en que más se necesitaba.

CONCURSO DE PIANO

Yo tomé clases de piano desde preescolar hasta octavo año, y me presenté en muchos recitales. Pero, cuando tenía que competir y tocar delante de jueces, ahí me ponía un poco más nerviosa. Recuerdo haber caminado por el escenario, tratando de calmar las mariposas que se arremolinaban en mi estómago. Mis manos se sentían inusualmente frías.

Todo había comenzado un mes antes, cuando mi profesora habló a mis padres acerca del concurso. Alguien había presentado mi nombre, y desde entonces yo había practicado mucho, para memorizar los tres movimientos de la sonata. Luego, trabajé para pulir la pieza hasta la perfección. A medida que se acercaba la fecha del concurso, mis treinta minutos de práctica se fueron haciendo cada vez más largos. Cuando llegó el día del concurso, sabía que estaba preparada. Al comenzar a tocar, mi nerviosismo fue disminuyendo, y las largas horas de práctica se notaron. Terminé la obra, me puse de pie, saludé y volví a mi asiento. Ahora era el turno de que los jueces decidieran. Solo cinco personas pasarían a la ronda final. -¡Excelente! -dijo mi profesora-. Lo único fue que el segundo movimiento fue un poquito lento. Los jueces podrían bajarte algunos puntos por eso...

El movimiento lento me bajó algunos puntos, pero igualmente pude empatar por el quinto lugar con otras dos personas. Desafortunadamente, los jueces decidieron que, en lugar de enviarnos a los tres a la final, ninguno de nosotros pasaría a esa ronda.

Aunque no pasé a la siguiente ronda, aprendí lo que significa trabajar duro por algo. La Biblia nos dice: "Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia". Cuando nos damos cuenta de que estamos trabajando para Dios, este es un mayor incentivo todavía para hacer lo mejor que podamos. Así que, trabaja duro, y recuerda: "Ustedes sirven a Cristo el Señor".

Por Helen Lee Robinson

CONFESIÓN EN UN DIARIO

Por **LYDIA HO**

LILIAN cerró su diario, pensativa, y lo colocó en el mismo rincón privado de la cómoda donde siempre lo guardaba.

Ya hacía un año que poseía ese libro de tapas duras. Lo tenía desde su graduación del octavo grado. Lo triste era, sin embargo, que rara vez escribía en él, a no ser en alguna ocasión excepcional, como ese día.

-Mejor que ahora me acueste -murmuró al abandonar su escritorio-. Se está haciendo tarde.

La verdad era que estaba cansada, muy cansada. Pero su cansancio era algo más que fatiga. Mientras se preparaba para acostarse sus pensamientos vagaban de una parte a otra. ¡Cuánto deseaba haber sido fuerte y valiente! Trataba de no preocuparse, pero no podía evitarlo. La escena de la clase de álgebra se le representaba de nuevo y la molestaba en la noche callada y tranquila.

Ese día la clase de álgebra había tenido una prueba escrita. El Sr. Low, que era el profesor de matemáticas y ciencia, les había repartido las pruebas. Luego les anunció que se ausentaría durante una hora.

-Por favor... -dijo, y se detuvo, echando una mirada escrutadora a la clase-; por favor, ¿tendrías tú Lilian la bondad de juntar las pruebas y llevarlas a mi oficina cuando todos hayan terminado?

Lilian vaciló por un instante y luego asintió un tanto incómoda, porque toda la clase se había vuelto para mirarla.

Y así salió el Sr. Low, dejando a la clase excitada y en desorden. Un murmullo corrió por el aula. ¿Por qué sería que el severo Sr. Low se iba y los dejaba solos para hacer la prueba? ¡Siempre se quedaba en el aula! ¡De veras que eso era extraño!

Pronto la clase se aquietó, pero de vez en cuando Lilian escuchaba cuchicheos que le molestaban. Echó una mirada a la prueba de dos páginas. Había unas veinte preguntas. Escribió su nombre y la información necesaria en el margen y luego se dispuso a trabajar con los números.

En conjunto la prueba no era demasiado difícil, pero ella no estaba segura de que sacaría una nota satisfactoria, porque había un par de preguntas que la hacían vacilar, las preguntas 13 y 19. Si tan sólo alguien le hiciera alguna sugerencia que le ayudara, sería completamente diferente.

Miró a su alrededor. Allí estaba Rut, su mejor amiga y la mejor alumna de la clase, procurando encontrar algo que hacer. Aparentemente ya había terminado el examen. ¡Cuánto deseaba Lilian saber las respuestas que Rut había obtenido en esos dos problemas! Trató de descubrirlas; pero, al darse cuenta de que la observaban se detuvo inmediatamente.

"¡Me doy por vencida!" murmuró

y puso las hojas boca abajo, se echó el lápiz al bolsillo, acomodó los libros, y esperó impaciente a que sonara la campana.

Esta tocó, y todos se apresuraron a salir del aula.

Lilian se dirigió al escritorio del profesor donde estaban todos los exámenes esparcidos. De pronto tuvo una idea. Ahora era el momento de ver las respuestas de Rut. Todos se habían ido. ¿Quién lo sabría? Pero, ¿debía hacerlo? Se quedó indecisa por un momento. Entonces, rehusando escuchar la voz de la conciencia, rápidamente buscó el papel de Rut, tomó un lápiz del escritorio, tachó las respuestas inseguras que tenía, copió las correctas, y salió.

El Sr. Low no estaba en la oficina cuando Lilian llevó los exámenes. De modo que los colocó dentro del libro de calificaciones, y salió para la casa.

Ahora estaba tendida en la cama, molesta, dándose vueltas y vueltas, recordando esos detalles desafortunados. Su conciencia la molestaba. Estaba muy angustiada, pero por fin se durmió.

El día amaneció claro y con un cielo azul. De pronto oyó que su madre estaba en la cocina. ¡Pobre mamá, qué ocupada estaba siempre! Lilian se tiró de la cama en seguida, se vistió rápidamente, y se



dirigió a la cocina para decirle que no tenía apetito, y luego salió para la escuela.

Mientras caminaba lentamente, la belleza y la frescura de los alrededores casi le hicieron olvidar sus dificultades. Le parecía que si la madre no hubiera enseñado en la misma escuela a la cual ella asistía, ésta le hubiera gustado más. Pero el hecho era que siempre había tenido que asistir a la misma escuela donde su madre enseñaba. Al llegar a las aulas, se dirigió a la de lenguaje, donde tendría su primera clase. Después siguió historia universal y luego música. Finalmente llegó álgebra.

Lilian se sentó al lado de la ventana. Reconocía que no tenía deseos de conversar. Pronto entró el Sr. Low, con paso firme, como siempre. Se acercó al frente, sacó de su bolsillo una hojita de papel, la desdobló, y la colocó sobre el escritorio. Nadie estaba lo suficientemente cerca como para ver lo que había escrito en esa hojita, pero muy pronto todos se enteraron de qué se trataba. Y enseguida se vio que ese día el Sr. Low no planeaba enseñar álgebra pues según dijo, tenía un asunto importante que arreglar:

el comportamiento de la clase durante el examen del día anterior. Dijo que no habían sido honrados; que habían discutido los problemas entre sí; que habían copiado, comparando las respuestas, traicionando así la confianza que había depositado en ellos, pensando que nunca los descubriría. Pero que estaban completamente equivocados, porque Cuando examinó los papeles descubrió que más de las cuatro quintas partes de la clase tenían respuestas idénticas erróneas.

"Si Uds. vienen a la escuela solamente para obtener una buena nota -continuó-, están buscando algo equivocado. Si vienen aquí para aprender, para educarse, para desarrollar su capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, entonces están haciendo lo que deben hacer. No obstante, el incidente de ayer es decepcionante". Estaba visiblemente excitado; le temblaba la voz; permaneció de pie bien erguido delante de la clase. Lilian, muy perturbada, pretendía mirar por la ventana. Parecía que cada una de esas observaciones iba dirigida directamente a ella. Era una engañadora. Se sintió avergonzada.

Reinaba un silencio general. Los alumnos se sentían muy incómodos y miraban a su alrededor mientras el Sr. Low hablaba. Declaró que despreciaba la falta de honradez, que a las personas había que mostrarles su falta para que se sintieran avergonzadas. Dijo que ahora escucharía, y que cada uno contara en presencia de la clase lo que había hecho.

Después de cierta vacilación, David se puso de pie. Dijo que había discutido varios problemas con Jorge, su compañero de asiento, y que no debía haberlo hecho.

Luego habló Julia. No estaba segura si había copiado o no. Su falta consistía en haber copiado las respuestas, pero antes de entregar el papel, las borró.

-Sí, Julia, tengo tu nombre aquí -la interrumpió el Sr. Low, deslizando su dedo por el misterioso papel que estaba sobre el escritorio. Era una lista negra.

Uno por uno de los alumnos se fueron parando y dijeron brevemente lo que habían hecho, y el profesor fue tildando sus nombres.

Durante los intervalos, Lilian procuró mantener sus ojos ocupados, mirando por la ventana.

No se animaba a mirar al Sr. Low, ni a ningún otro. No iba a decir nada. ¿Qué pensaría la clase de ella, la hija de un miembro del personal docente, si descubría que había copiado? Se esperaba que fuera un ejemplo. ¿Qué pensaría Rut? Nunca más querría ser su amiga.

En eso oyó que el Sr. Low decía:

-Esta es la última oportunidad que les doy. El que tenga que hablar que lo haga ahora, si quiere hacerlo. No estoy tratando de obligar a nadie a que confiese, pero si alguien tiene la osadía de engañar, debe tener la valentía de arreglar lo que ha hecho.

Allí estaba, de pie, cambiando un pedazo de tiza de una mano a otra. Los alumnos miraron a su alrededor preguntándose de quién estaría hablando.

Lilian se mordió los dedos y se quedó sentada en la silla. No se levantó. Aunque nadie la miró, su actitud no pasó inadvertida para el Sr. Low, quien sonrió. Pensó que Lilian era una niña terca, débil y rebelde, pero no mala.

En eso sonó la campana. La clase salió. Había pasado el peligro para Lilian; se sintió aliviada. No obstante comenzó a experimentar un doble sentimiento de culpabilidad. Fue la única que quedó en su asiento, repasando todavía en su mente todo lo que había ocurrido el día anterior.

Había comparado sus respuestas con las de Rut. Eso no era honrado, y ella lo sabía. Entonces, ¿por qué no decía todo?

Su actitud hacia la confesión comenzó a cambiar. Indudablemente el Espíritu Santo estaba obrando en

su corazón. Con la esperanza de que su decisión no llegara demasiado tarde, se levantó de su asiento. Iría y se lo contaría al Sr. Low.

En su oficina le relató tartamudeando su mala acción, su lucha y su sentimiento de culpabilidad. Cuando salió de la oficina en sus oídos repercutían las palabras del Sr. Low: "Me alegro de que hayas venido, Lilian. Tu honor ha sido restaurado; tu nombre será borrado de este papel".

En ese momento experimentó la dulce satisfacción de tener el pecado perdonado. Era una sensación de gozo que la abrumaba. Era lo mejor que jamás hubiera experimentado. Esa noche tendría algo realmente bueno que añadir a su diario.

CONTACTO RADIAL

Parte 1

Se oyeron golpes en la puerta. Un silencio cayó repentinamente sobre el grupo, mientras Thanh caminaba hasta la ventana del frente para espiar entre los postigos. Reconociendo a su vecino de al lado, abrió la puerta.

-Entra, Trung. Llegas justo a tiempo.

El joven entro y saludo por lo bajo a quienes estaban en la habitación. Encontró un lugar para sentarse, mientras Thanh caminaba hasta la radio y giraba el dial. Las ventanas estaban bien cerradas, y el volumen de la radio estaba bajo, para que los que pasaran por afuera no la escucharan e informaran a la policía. Si alguien los descubría, estarían en problemas.

Todo había comenzado varios meses antes, cuando Thanh había sintonizado un programa radial que hablaba de Dios. Thanh invito a algunos de sus amigos y vecinos a unirse a él, y ahora un pequeño grupo de personas se reunía cada sábado para adorar a Dios; aunque era ilegal.

Cuando el culto termino, Thanh dijo a sus compañeros creyentes:

-Creo que deberíamos tratar de contactamos con la gente que produce este programa de radio. Quizá puedan enviar a alguien que nos diga cómo podemos aprender más acerca de Dios. Esa semana, tan pronto como pudo, Thanh fue al correo del pueblo y envió la carta.

En algunas partes del mundo, la gente no puede adorar a Dios libremente. Daniel también enfrento un problema similar en tiempos bíblicos. El decreto del rey establecía que nadie podía adorar a otro dios, excepto a él, durante treinta días. ¿Qué hizo Daniel? "...se fue a su casa y subió a su dormitorio, cuyas ventanas se abrían en dirección a Jerusalén. Allí se arrodillo y se puso a orar y alabar a Dios, pues tenía por costumbre orar tres veces al día". Anímate a ser un Daniel; anímate a ser como Thanh y su grupo. No dejes que nadie se interponga entre tú y Dios.

Parte 2

Quang se desvió ligeramente hacia la derecha, para evitar un gran pozo en el medio del camino. El polvo volaba detrás de él, haciendo que la gente en las calles se cubriera la boca y la nariz. En su bolsillo, llevaba un sobre con un nombre y una dirección que estaba tratando de localizar; un grupo de personas había enviado una carta, pidiendo que alguien fuera y les hablara de Dios.

Quang ya había estado viajando en su ciclomotor durante un par de días, en busca de esta gente. La dirección en el sobre solo decía el nombre de la aldea y la región; esa era la razón por la cual le estaba resultando difícil encontrar a quien había enviado la carta. No solo eso, sino también tenía que contactarse con ellos sin meter a nadie en problemas con la policía. Un extraño dando vueltas por un pueblo y haciendo preguntas despertaría sospechas.

Mientras Quang viajaba, pensó en la obra que habían estado llevando a cabo en el país. Era difícil porque el gobierno controlaba cuidadosamente los cultos religiosos, y no permitía ninguna forma de evangelización. Hasta escuchar un programa de radio era riesgoso.

Comenzó a llover; suavemente al comienzo y luego más y más fuerte. Inclinandose sobre el manubrio de su ciclomotor, trato de evitar la lluvia, que le caía casi de frente. Con cuidado, manejo para un lado y luego para el otro, evitando los pozos que ahora se habían convertido en charcos de lodo. "Señor, por favor, ayúdame a encontrar a esta gente", oraba Quang. "Son tus hijos, y están buscando la verdad.

Por favor, ayúdame a encontrarlos".

Hay mucha gente alrededor de nosotros que está buscando la verdad. Muchos no saben nada acerca del amor de Dios por ellos. Jesús dijo: "La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros..." Dios quiere utilizarte a ti para compartir su amor con otros. ¿Estás dispuesto a ayudarlo hoy?

Parte 3

Quang había estado buscando al grupo de creyentes durante un par de días, tratando de no despertar sospechas. Si lo atrapaban, estarían en problemas. Mientras recorría otra curva del camino, su ciclomotor comenzó a fallar y luego se apagó completamente. Notando que se había detenido delante de una casa, estaciono su ciclomotor y camino hasta la puerta principal. "Les voy a pedir ayuda", pensó Quang. "Por lo

menos, me voy a guarecer de la lluvia". Los demás apenas podían oír la voz de Thanh por encima del sonido de la lluvia que caía sobre el techo. "Señor, creemos en ti. Queremos saber más acerca de ti. Por favor, envía a alguien que nos ayude". De pronto alguien golpeo la puerta. Los creyentes rápidamente se levantaron de sus rodillas, mirándose unos a otros con preocupación en el rostro. Seguramente no era la policía. Mientras Thanh se dirigía hacia la puerta, todos se prepararon para lo peor. Afuera había un extraño, completamente mojado.

-Hola, mi nombre es Quang -dijo el cristiano-. Mi ciclomotor se rompió delante de su casa. ¿Podría ayudarme?

El hombre explicó que era representante de un programa radial y que estaba tratando de localizar a unos amigos.

Cuando dijo eso, todos en la habitación se pusieron en alerta. Sus ojos brillaban. Pronto, todos estaban hablando al mismo tiempo. Solamente les llevo unos minutos contarle a Quang la historia completa.

Thanh y los demás creyentes habían estado ayunando y orando durante tres días, para que alguien del programa de radio los contactara. Ellos habían sido quienes enviaron la carta.

Y ahora, gracias a un ciclomotor roto, Quang encontró a quienes había estado buscando. "Bendito sea Dios el Señor, el Dios de Israel, el único que hace obras portentosas".

Narrado por: Keii Johnson

COPOS DE NIEVE

Jaita estaba sentada en su escritorio, observando un documental de las cuatro estaciones. Habiendo vivido en Puerto Rico toda su vida, era difícil imaginar las hojas cambiando de color y los árboles desnudos. Y ¿copos de nieve cayendo del cielo? Solamente había oído hablar de ello, y lo había visto en fotos.

Mientras el narrador comentaba lo singular que era cada copo de nieve, Anita se preguntaba cómo sería caminar en la nieve. ¿Cuán fría sería? ¿Qué sensación te daría? La pantalla mostraba a un grupo de niños que jugaban en la nieve. Parecían divertirse mucho bajando una colina en trineo o haciendo un muñeco de nieve, o con una “guerra de bolas de nieve”.

Unos años más tarde, Anita vio nieve por primera vez cuando se mudó a los Estados Unidos para estudiar en la universidad. Aunque tuvo muchas experiencias nuevas en sus primeros meses allí, la más bella fue en diciembre, cuando cayó la primera nevada.

Anita se detuvo en la vereda, mirando la pequeña capa de blanco que lo cubría todo. No se dio cuenta del grupo de alumnos que pasó corriendo por al lado de ella. Apenas sentía el frío mientras miraba hacia arriba, contemplando cómo caían del cielo los copos blancos. En lugar de eso, sacó la lengua para atrapar la nieve y dejar que se derritiera.

Esa fue una experiencia que Anita nunca olvidaría. Aunque había oído hablar de la nieve, había leído acerca de ella y hasta había visto videos de ella, sentir la nieve por sí misma fue una experiencia totalmente nueva.

Hay una diferencia entre aprender acerca de algo y experimentarlo por uno mismo. Esa es la razón por la cual la Biblia nos anima: “Prueben y vean que el Señor es bueno” No creas en lo que otro dice, experimenta a Dios por ti mismo como tu Salvador y tu amigo.

Por Helen Lee Robinson

CORAZÓN INFLABLE

Si viajas a las Islas Galápagos, quizá veas al pájaro fragata, un ave marina de plumas negras, volando por los aires. Aunque tiene solamente el tamaño de una gallina, la envergadura de sus alas es de casi dos metros y medio. Si llegas a poder ver este pájaro, seguramente será en el aire, porque pasa la mayor parte de su tiempo volando por allí, excepto cuando duerme o cuando necesita cuidar de su nido.

La época del cortejo es especialmente interesante. El pájaro fragata macho tiene una manera especial de anunciar que está buscando pareja: tiene una bolsa en la garganta de color rojo brillante que llena con aire, como si fuera un globo colorado. El pájaro, luego, apunta su pico hacia arriba para mostrar su bolsa inflada, que tiene la forma de un corazón.

Pero, el pájaro fragata macho no se detiene allí. Además de exhibir esta bolsa grande con forma de corazón, también sacude su cuerpo y aletea. También puede hacer vibrar su pico y gorjear, para asegurarse que la hembra reciba el mensaje.

Todos tenemos un mensaje que compartir con otros: un mensaje de amor, un mensaje de esperanza, un mensaje de salvación. Luego de que Jesús sanara al gadareno, le dijo: “-Vete a tu casa, a los de tu familia, y diles todo lo que él Señor ha hecho por ti y cómo te ha tenido compasión”. Eso es lo que Jesús desea que hagamos hoy, que hagamos saber a otras personas lo que Dios ha hecho por ti y por mí.

Aunque no tengas una bolsa inflable con forma de corazón en la garganta, tienes otras maneras de transmitir el mensaje. Tus palabras y tus acciones pueden hacer que otros sepan que tienes a Dios en tu vida. No te guardes las buenas noticias; compártelas con quienes te rodean.

Por Helen Lee Robinson

CRÍTICO DE ARTE

-¡Cézanne es un gran pintor! ¡Cézanne es un gran pintor! La voz provenía del interior de la casa de Paul Cézanne, un pintor francés del siglo XIX. La persona que hablaba, seguramente, gustaba mucho de su arte, porque la frase era repetida una y otra vez: “¡Cézanne es un gran pintor! ¡Cézanne es un gran pintor!” Era verdad: Paul Cézanne fue un gran pintor. Y llegó a ser conocido como uno de los padres de la escuela moderna de pintura. Aunque algunas personas criticaron duramente sus primeras obras, Cézanne no se dio por vencido, y sus obras eventualmente fueron elogiadas en las exhibiciones de arte. Puedes admirar algunas de sus pinturas exhibidas en museos de arte.

Pero ¿quién repetía vez tras vez la frase “Cézanne es un gran pintor”? No era uno de sus maestros o de sus compañeros artistas. Ni siquiera era uno de sus admiradores; de hecho, ni siquiera era una persona. Allí, en la casa de Paul Cézanne, vivía un loro verde. Cézanne le había enseñado a decir esas palabras.

¿Has conocido a personas a las que les gusta hablar de sí mismas?

Alex, de trece años, no tenía un loro a quien entrenar, pero, en lugar de eso, siempre le estaba diciendo a la gente lo bueno que era. “Soy el mejor jugador de fútbol del colegio... Mis padres me compran todo lo que yo quiero... Miren mis zapatillas nuevas... Miren lo que hago...”

El libro de Proverbios dice: “No te jactes de ti mismo; que sean otros los que te alaben”. En otras palabras, no vayas por allí diciendo lo grande que eres. Piensa en esto: si alguien tenía de qué hablar respecto de sí mismo, ese era Jesús. Pero, en lugar de decir a la gente lo grande que era, permaneció manso y humilde. Olvida al loro. ¡Sigue el ejemplo de Jesús!

Por Helen Lee Robinson

CRUZANDO EL RÍO DESBORDADO

Los cafres del África estaban afilando sus cuchillos. Los habitantes de la aldea sabían que ésta era una señal de disturbio y guerra. Sabían que el Sr. y la Sra. Braine, los misioneros blancos, estaban en peligro. Algunos nativos amigos les aconsejaron que se fueran rápidamente a otra aldea. Sabían que no podrían proteger a los misioneros y defenderlos de esa numerosa turba airada.

Aunque estaba lloviendo copiosamente, los esposos Braine se prepararon para salir en seguida. En un carro tirado por bueyes viajaron a través de los campos, rumbo al río. En la aldea del cacique, del otro lado del río, estarían seguros.

Después de haber viajado un rato, oyeron que alguien corría. Miraron hacia atrás y vieron a un muchacho nativo que venía hacia ellos. El muchacho exclamó: “La lucha ha empezado ya en la aldea. Algunos hombres crueles vienen para matarlos a ustedes”. El misionero se dio cuenta de que tendría que apurar mucho a sus bueyes si quería cruzar el río antes de que los nativos los alcanzasen.

Después de recorrer unos pocos kilómetros más, se encontraron con algunas personas de otra villa cercana. Esos nativos les preguntaron: “¿Adónde van?”

La Sra. de Braine contestó: “Vamos a la aldea del cacique para pasar allí la noche”. Los nativos dijeron: “No podrán llegar vivos allá. Los cafres los matarán antes de que puedan cruzar el río”.

Los esposos Braine siguieron viajando lo más rápidamente que pudieron. Cuando finalmente llegaron al río, vieron que éste estaba desbordado a causa de la abundante lluvia. Aún llovía, y ya era casi de noche. “No hay caso —dijeron sus ayudantes, mientras trataban de conducir los bueyes asustados a través del agua—. No podremos cruzar este río desbordado”.

Delante de ellos estaban las aguas torrentosas y turbias; detrás, los crueles cafres que muy pronto los alcanzarían. ¿Cómo podrían escapar? Los misioneros oraron a Dios pidiendo ayuda. Justamente entonces, dos hombres se detuvieron al lado de ellos. Uno preguntó con voz suave: “¿Quieren cruzar el río?” El Sr. Braine contestó: “Sí, queremos llegar a la aldea del cacique esta noche, pero el río está tan crecido que no podremos cruzarlo”.

“Nosotros los haremos cruzar”, contestaron los desconocidos. Dijeron a los misioneros que se sentaran y que se quedaran completamente quietos. Luego tranquilizaron a los espantados bueyes, y guiaron el carro a través del río.

Cuando el carro llegó a la otra orilla, el misionero y su esposa se dieron vuelta para agradecer a los hombres por su ayuda. ¡Pero no estaban allí! Habían desaparecido tan misteriosamente como llegaron.

La Sra. de Braine miró a su esposo y dijo: “¡Sin duda eran ángeles! Dios los envió para salvarnos la vida”. Su esposo movió afirmativamente la cabeza y repitió suavemente la promesa de la Biblia: “El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen y los defiende”.

CUANDO BERNARDO MASTICÓ GRAMA

Por *Florencia M. Weslake*

BERNARDO no se sentía muy cómodo sentado frente al fuego. Por extraño que parezca, estaba procurando respirar tanto humo como le fuera posible, y de vez en cuando le preguntaba a su hermanita:

-¿Todavía puedes sentir el olor?

-Sí, todavía puedo sentirlo -le respondía Mariana. Ella amaba profundamente a su hermano, y, si le era posible, lo escudaría de cualquier cosa en el mundo que pudiera dañarlo. Pero a Mariana le parecía ahora que su hermano estaba traspasando la línea, y que en esas circunstancias, a ella le sería imposible ayudarlo. En su joven cabecita, ella pensaba que Bernardo se estaba poniendo demasiado atrevido, demasiado osado, y que la mamá, que siempre era dulce y bondadosa, esta vez lo castigaría. El papá estaba ausente de la casa gran parte del tiempo, pero la mamá no descuidaba su deber, como ya Mariana lo había descubierto en sus siete años de vida.



Generalmente los dos niños jugaban muy felices juntos, pero, desde que había cumplido los diez años, a Bernardo de vez en cuando le gustaba salir con los muchachos. La mamá le había dicho repetidas veces que Federico, el muchacho que vivía a la vuelta de la esquina, no era un buen compañero para él; pero Bernardo admiraba en Federico su garbo y su forma fanfarrona de encarar las cosas, y esa especie de diablillo que bullía en él, que lo convertían en un héroe ante los ojos de los muchachos menores.

Esa tarde Federico se mostró especialmente atrevido.

-Mira lo que tengo en el bolsillo, Bernardo -dijo y sacó un paquete de cigarrillos-. ¿Te atreves a probar uno?

Bernardo vaciló por un momento, recordando las estrictas órdenes que su padre le había dado, y el chasco que sufriría su madre si descubría que él había fumado.

Federico lo animó diciendo:

-¡Vamos, ya no eres un bebé!

Bernardo sabía que él debería haber dicho directamente:

-No, yo no los tocaré -pero vaciló, y Federico de nuevo trató de persuadirlo.

De cualquier manera sus padres nunca se enterarían de nada, de manera que Bernardo hizo a un lado su conciencia y salió con Federico, por la cerca de atrás, yendo luego por el camino que conducía al arroyo, donde había unos arbustos... precisamente el lugar apropiado para encender sus cigarrillos sin que nadie los viera. Federico había probado fumar antes, y le aseguró a Bernardo que eso era muy emocionante. Pero Bernardo no tardó en descubrir que el fumar no era tan agradable como Federico se lo había pintado, y después de las dos o tres primeras bocanadas sintió un gusto horrible en la boca.

Federico se rió de él y le dijo:

-Mejor que mastiques un poco de hierba antes de ir a casa. Eso te limpiará la boca y tu madre no se

enterará de nada.

A orillas del arroyo crecía en abundancia la grama, verde, fresca y lozana, y después de un rato a Bernardo le pareció que, a juzgar por la cantidad de grama que había masticado, debía ser un caballo. Luego le empezó a doler la cabeza y, disculpándose, se retiró.

Se alegró al llegar a la casa, pero aunque no se sentía muy feliz, no pensaba que sería descubierto, a lo menos por su madre. Había sin embargo, una o dos cosas en las cuales no había pensado, y una de ellas era su aliento. Mariana lo esperaba en el portón, y tan pronto como se acercó a él se dio cuenta de lo que su hermano había estado haciendo. Abriendo tamaños ojos le echó una mirada de reproche, porque ella y Bernardo eran muy compañeros.

-Bernardo -dijo, y su voz sonaba muy triste.

-¿Sientes mucho el olor? -preguntó él. Mariana asintió con la cabeza.

-Yo mastiqué grama como Federico dijo, montones, pero parece que eso no ayuda nada.

Durante la cena Bernardo se mantuvo extrañadamente silencioso y Mariana lo observó ansiosamente. Después se sentaron en torno al fuego, Bernardo tan lejos de su madre como le fue posible. Se alegró porque el fuego echaba un poco de humo, y él aprovechó para aspirarlo tanto como pudo, con la esperanza de que el olor del humo disfrazaría el otro olor.

Por fin llegó la hora de acostarse. La mamá le lavó la cara a Mariana y luego llamó a Bernardo. El trató de retener el aliento mientras hablaba con ella, pero no pudo lograrlo. La madre se detuvo de repente y dijo en una voz muy queda que era tan suya:

-Bernardo, ¿qué has estado haciendo?

-Nada.

-Tú has estado fumando, ¿no es así?

-Tal vez es el humo del fuego -dijo él, pero estaba seguro de que ella no le creería.

¡Y así fue! Ella no le creyó. Bernardo comprendió que no valía la pena seguir negando más. A la madre nunca se le puede mentir, y el niño comprendió que debía recibir el castigo. La madre le lavó la boca con algo que tenía un sabor horrible, y además le administró una dosis de lo que ella llamaba "aceite de correa". En esa medicina no había mucho de aceite, pero por cierto que había bastante de correa.

Esa noche fue a la cama un muchacho triste, pero cuando despertó a la mañana, era un muchacho más sabio que estaba resuelto a que nunca volvería a fumar, ni chasquear a Mariana, ni apenar a su madre. Había aprendido algo aun más importante: -que los muchachos se sienten mucho más felices cuando son leales y obedientes y están de parte de lo que es recto.

CUANDO CLARÍN LES SALVO LA VIDA

Este perro no sirve para nada – dijo con tono burlón el Sr. Hardy.

- Claro que sirve – exclamó José.

Y el chico se pudo de rodillas para rodear con sus brazos el cuello del perrito, y apretarlo contra sí.

- ¿Para qué sirve?- le preguntó el Sr. Hardy siempre en el mismo tono.

Bien – dijo el niño lentamente, con expresión perpleja en la cara y en sus ojos azules, - es mi perro y sirve para mí.

- Muy bien – respondió el padre del muchacho, riendo de buena gana, y agachándose para acariciar la cabeza del niño y también al humilde perrito. - ¿Son buenos compañeros?

- Si, somos compañeros – contestó el muchacho, - y no cambiaría a Clarín por... un elefante.

- Espero que no – dijo su padre. – Pórtate bien, - añadió mientras se retiraba para su trabajo en la granja, pero su trabajo no le iba a llevar muy lejos ese día.

José y Clarín empezaron a jugar en el patio. Algunos minutos más tarde, su tía Berta, y una prima llamada Isabel llegaron en su auto, y José y Clarín salieron a su encuentro. El muchachito estaba muy contento de que Isabel viniese a jugar con él. Eran de la misma edad, y siempre se divertían mucho. En cuanto a Clarín estaba tan contento como cualquier perrito podía serlo. ¡Cómo se retorció y sacudía la cola y emitía costosos ladridos de alegría!

La tía Berta entró en la casa, pero los niños quedaron en el patio.

Al instante José dijo: "Ven, Isabel, te voy a llevar a pasear en mi carrito". Se estaban divirtiendo de tal manera, que cuando la tía Berta y la mamá de José los invitaron a que las acompañaran al pueblo, no aceptaron.

- Mamá, déjame quedar y jugar con José y Clarín- rogó Isabel.

- Nos estamos divirtiendo tanto – exclamó José, - que por favor déjenos quedar. Clarín dio unos saltos alrededor de las señoras ladrando enérgicamente para llamar la atención. Luego dio unas cuantas vueltas en círculo para morderse la cola.

Más o menos en ese momento vino el padre de José desde el otro lado de la casa.

- Bien déjenlos quedar en casa y jugar – dijo. – Yo estoy haciendo unos trabajitos por aquí cerca, y los vigilaré.

Y así sucedió que José, Isabel y Clarín se quedaron en casa mientras las señoras subían al auto y se fueron al pueblo.

- ¡Cuánto vamos a divertirnos, Isabel! – dijo José.

- Podemos hacer lo que nos dé la gana – contestó la niña con entusiasmo.

¡Qué felices estaban los niños!

Jugaron en el gran patio hasta que se cansaron. Luego fueron a la casa, y José consiguió una masita para cada uno, y, por supuesto, también para Clarín.

Ambos niños se sentaron en el umbral de la puerta, y comieron sus masitas. Clarín se acostó sobre la acera, y sosteniendo su masita entre las patas, la iba mordiendo poco a poco, pues era un perrito de buenas costumbres.

Habiendo terminado sus masitas, los niños decidieron jugar a las escondidas.

- A los que proponen el juego les toca – exclamó Isabel.

- ¿Qué dices? – preguntó José perplejo.

- Dijiste: Vamos a jugar a las escondidas, así que a ti te toca buscarme – explicó la niña.

El muchachito, obediente, se tapó los ojos, y empezó a contar: "Uno, dos, tres..."

Isabel y Clarín se fueron a esconder detrás de una puerta. José los encontró, de manera que después le tocaba a Isabel buscarlo a él. Después de un rato Isabel le dijo: " No es justo, nunca le toca a Clarín"

El perro comprendió. Se quedó con la cabeza gacha y la cola entre las patas, al parecer tan afligido y humilde como puede serlo un perrito.

- Bien, le puede tocar – lo defendió José. - ¿No es cierto Clarín?

El perrito alzó la cabeza. Un estremecimiento de placer corrió por todo su cuerpo, desde la nariz hasta la cola, la cual empezó a agitarse furiosamente.

- Acuéstate Clarín – dijo José, y el perro obedeció.

- Ahora pon las patas sobre los ojos- y el animal apretó la garganta contra en piso y puso las patas sobre los ojos.

- Te quedas así hasta que yo diga: ¡Listo! – le dijo José.

La cola de Clarín golpeó el piso en respuesta. Los niños echaron a correr y se ocultaron detrás de un mueble.

- ¡Listo clarín! – exclamaron.

El perrito dio un salto, y se dirigió en línea recta adonde estaban los niños y ladró vivamente.

- Sabía exactamente donde estábamos – dijo Isabel. - ¿A quién le toca ahora?

Clarín contestó la pregunta acostándose de nuevo y tapándose los ojos. Los niños se deslizaron en punta de pies. Esta vez se escondieron en un ropero.

- ¡Listos! – gritó José.

Clarín se fue directamente a la puerta del ropero, y saltó contra ella y ladró.

Y así prosiguió el juego, tratando los niños de encontrar un escondite que el perro no pudiese encontrar fácilmente.

- Yo sé de un lugar – murmuró José misteriosamente. – Esta vez no le va a ser fácil encontrarnos. Ven, Clarín – ordenó, conduciendo al perrito a la sala, - Acuéstate- le dijo.

Obedientemente, el animal se acostó y se tapó los ojos con las patas. Los niños se fueron de nuevo en punta de pies hasta la galería del fondo, donde había una heladera vieja que no se usaba. Sin hacer ruido se metieron dentro, y cerraron la puerta casi del todo. Eso era, por supuesto, una imprudencia.

- ¡Listos! – gritó el niño. El perrito dio un salto y corrió rápidamente a través de la casa, y saltando y golpeando con las patas, echó todo el peso de su cuerpo contra la heladera.

Se oyó un ruidito, y los agudos ladridos del perro quedaron apagados y lejanos para los niños. José empujó contra la puerta, pero no se abría.

- Abre la puerta, José – dijo Isabel. – No me gusta la oscuridad.

- No puedo, - gimió el niño, empujando la puerta con toda su fuerza.

Isabel empezó a llorar de susto. Las lágrimas saltaron a los ojos de José mientras empujaba la puerta. Los niños temblaban de miedo, y gritaban, pero estaban presos.

Clarín ladraba y golpeaba con las patas contra la puerta. No podía comprender por qué sus compañeros de juego no salían.

Después de un rato, el Sr. Hardy, habiendo terminado de arreglar el arnés, pensó: "Me pregunto en qué andarán los chicos ahora. Me había olvidado de vigilarlos." Fue a la casa, pero en ella reinaba el silencio y estaba vacía. Llamó: "José, José".

Clarín vino corriendo hacia él.

- ¿Dónde están los niños, Clarín?

El perro ladró vivamente, y echó a correr hacia la galería donde se detuvo delante de la heladera, mirándola con expectación.

El hombre fue a la galería, y miró alrededor. No podía ver a los niños. Se dio vuelta y los buscó por toda la casa, llamando: ¡José! ¡Isabel!

Salió al patio y se le ocurrió que era extraño que Clarín no estuviese con ellos. Volvió a la galería.

- ¿Dónde está José? – le preguntó al perrito.

Clarín corrió hacia la heladera, y golpeó la puerta con las patas. Un pensamiento terrible se apoderó del Sr. Hardy, mientras cruzaba rápidamente la galería y abría la puerta de la heladera. Allí encontró a los niños sofocados. Ya tenían la cara azul por falta de aire. Los sacó afuera y pronto se recobraron. ¡Qué agradecido estaba de que Clarín sabía donde se habían ocultado los niños!

- Bien, José – dijo al niño, - Clarín ha demostrado que es un perro sabio. En realidad sirve para algo.

CUANDO DICK LLEGÓ TARDE

Dick era un pequeño y amable niño que tenía seis años de edad. Ya él había cumplido un año de estar en la escuela, y de hecho estaba muy orgulloso de esto. Le gustaba mucho la escuela, y quería mucho a su maestra; pero había una cosa que no podía cumplir bien, y esto era llegar a la escuela a tiempo.

Yo no diría que él llegaba tarde todas las veces; esto nunca se lograría. Pero de vez en cuando, tres o cuatro veces en la semana el pequeño Dick se pasaba ambulando por el salón de clase tomándose de cinco a diez minutos para al fin sentarse después de todo el mundo haberse sentado.

La maestra hacía todo lo posible por hacerle entender que eso no estaba correcto. Algunas veces la maestra lo hacía pararse en la esquina del salón y otras veces lo enviaba a su casa, pero todo era en vano. Ya su madre no sabía qué hacer con él; y a pesar de que ella lo apresuraba, tal parecía que no había diferencia alguna.

Me parece, que el verdadero problema estaba en que Dick se interesaba tanto en sus juegos que él no se daba cuenta de los minutos que pasaban. En su jardín de la parte de atrás había una caja grande de arena que su papá había hecho para él, parecida a la que estaba en la escuela. Allí Dick se pasaba horas completas jugando solo, haciendo todas clases de túneles y castillos, tal como los niños lo hacen en las playas. Tan pronto él llegaba de la escuela al mediodía, se iba rápido hacia la caja de arena y se quedaba allí, hasta que la madre lo llamaba para almorzar.

Pero, como ya tú puedes adivinar, cuando la madre lo llamaba para almorzar, él no estaba dispuesto a venir. El decía, "espera un minuto, mamá; quiero terminar el castillo".

La mamá le concedía el minuto, luego volvía a llamarlo.

La madre llegó al punto de cansarse de todo esto, y decidió que había que hacer algo para cambiar esa rutina. Ella dijo entre sí, "de alguna manera Dick tiene que aprender a apreciar el tiempo, y la importancia que hay de no dejar para otro día lo que, se puede hacer hoy".

Al día siguiente como de costumbre Dick llegó de la escuela al mediodía y se fue a jugar de nuevo a la caja de arena. La mamá le dio tiempo para que se divirtiera y luego lo llamó para el almuerzo.

"Espera un minuto"- exclamó Dick. Estoy fabricando un puente, pues si no lo termino se derrumbará al suelo".

La mamá no volvió a llamarlo la próxima vez, y muy serenamente Dick prosiguió con su puente. Al cabo de una hora él comenzó a sentir hambre, y vino por su almuerzo, todo parecía estar en calma y silencioso dentro de la casa. Llamó a su madre, pero no apareció. No había ni señas de almuerzo. Todo había sido limpiado y guardado. Dick hubiera gritado si hubiese estado seguro que había alguien quien lo pudiera oír; pero, puesto que estaba solo, quiso mostrar que era hombre para llorar y no lo hizo. Luego se recordó de la escuela, y de la promesa de la maestra, que sería castigado severamente si volvía a llegar tarde, se decidió ir a la escuela y por fin quiso asegurarse para no llegar tarde. Pero indiscutiblemente, él llegó tarde. Una sorpresa le esperaba. No había nadie allí. No había ni un niño, ni un maestro en todo aquel lugar. ¿Qué habría sucedido?

Pensó en quedarse esperando para ver si volvían y decidió ir a la caja de arena de la escuela a jugar solo. Después de una hora Dick oyó las voces alegres de todos los niños que se acercaban, y en pocos minutos toda la clase de preescolar llegaba al patio de recreos junto con la maestra.

"Fuimos todos invitados al jardín de una dama"- clamaron todos los niños excitados: "Sí, dijo uno, y ella nos permitió coger manzanas y peras de los árboles, también nos dio cosas buenas de comer", gritaron otros. "¿Y dónde estabas tú Dick? Te has perdido un buen obsequio", dijo la maestra. "Esta fue la gran sorpresa que les prometí varias semanas atrás; nos gozamos mucho".

Dick comenzó a llorar, yo desearía ir ahora, dijo gimiendo. "Temo que no puede ser"; dijo la maestra.

"¿Pero por qué tú no vienes a la escuela a tiempo?"- Yo no-no-sé, su-pon-go-que vine muy tarde".

El pobrecito Dick se encontraba tan perturbado que la maestra no le dio el castigo extra que ella le había prometido. Ella dijo haber pensado que él había sido lo suficiente castigado al perderse ese obsequio especial de sorpresa. Pero ella tomó la resolución que si él volvía a llegar tarde, esto le causaría problemas. Nunca más tuvo Dick que ser castigado por llegar tarde. Para él perderse de ese obsequio especial y dejar de almorzar en su casa, fue mucho sufrirlo todo en el mismo día. Él decidió que sería mejor hacer lo que la madre y la maestra le ordenaran.

CUANDO ES BUENO CONTAR

Por *Moeita M. Burch*

ERA la hora del recreo.

Dos niños del primer grado, Santiago y Ricardo, estaban en el patio de atrás, haciendo un gran montón de tierra con sus palas.

Donaldo, un niño del tercer grado, se les acercó y les preguntó qué hacían.

-Un volcán -le respondió Santiago-. ¿Ves este pozo en la cima? Es el "cráter". De ese "cráter" saldrá fuego.

-¿Fuego, de la tierra? -preguntó extrañado Donaldo.

-Ya verás -respondió Ricardo.

Cuando los niños pensaron que ya tenían un buen volcán, con cráter y todo, Santiago propuso que juntaran algunas ramitas. Pero a Ricardo le pareció mejor recoger piñas de las que habían caído de los pinos de alrededor.

-Las piñas son mejores que las ramitas, porque arden mejor -explicó Ricardo, y acomodó los conos en el hueco y luego, registrándose los bolsillos, sacó dos fósforos.

- ¡No, Ricardo! ¿Qué estás por hacer? -intervino

Donaldo-. ¡Es peligroso jugar con fuego!

Además, Donaldo le recordó que era también contra los reglamentos de la escuela.

-Dame los fósforos -añadió Donaldo extendiendo la mano.

Pero Ricardo no se los quiso entregar, y se los puso de vuelta en el bolsillo.

-Déjanos tranquilos -protestó-. Nosotros estamos jugando. Vete tú a jugar a la pelota con los otros muchachos.

-Por favor, Ricardo, dame los fósforos, o de lo contrario tendré que decírselo a la maestra -rogó de nuevo Donaldo.

En ese momento se acercó al grupo el hermano de Santiago, un muchacho grande.

-¡Qué es lo que le vas a decir a la maestra? -le preguntó el muchacho, con cara de pocos amigos.

Donaldo le explicó lo que los chicos estaban por hacer, pero el hermano de Santiago le respondió:

-¡Cuentero! No hay ningún peligro en eso. Yo mismo les enseñé a hacer un volcán, y cuidaré de que no se quemen.

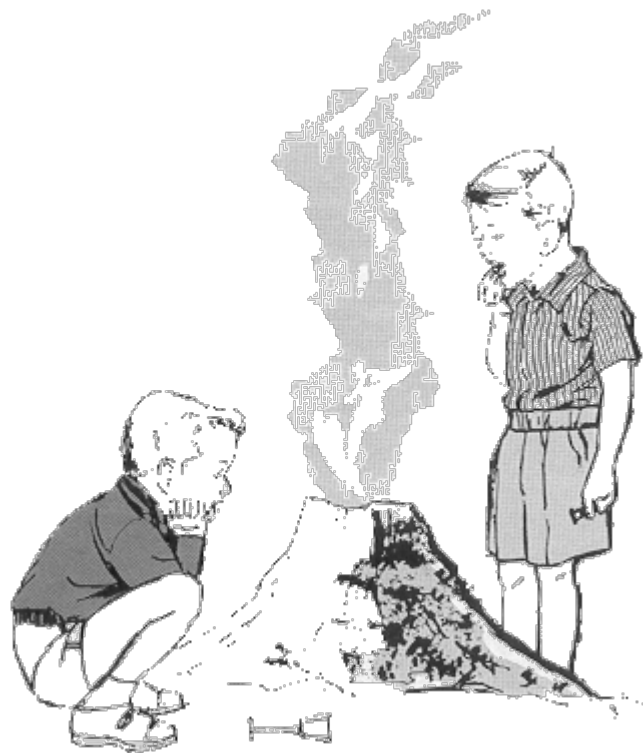
Donaldo estaba convencido de que no estaba bien lo que planeaban hacer, pero no quería que lo llamaran cuentero. De modo que no dijo nada.

Ricardo sacó de nuevo un fósforo, lo encendió y prendió las piñas. Al instante se levantó del volcán una columna de fuego y humo. A los muchachos eso les pareció muy divertido, y se rieron. En cambio Donaldo hubiera querido que en ese momento apareciera la maestra.

Como ésa era una escuela de campo, todos los niños estudiaban en la misma aula, porque tenían una sola maestra. Las clases para los niños de los tres primeros grados terminaban a las dos de la tarde, después del recreo.

A esa hora muchas madres venían a buscar a sus niños, y otros regresaban a sus casas caminando, solos. Donaldo era uno de los que se iba a la casa apenas terminaban las clases. Pero había algunos que tenían que esperar hasta las cuatro, hora en que pasaba el ómnibus y los levantaba junto con los demás. - Mientras esperaban, estos niños menores jugaban en el patio de la escuela. Santiago y Ricardo estaban entre los que esperaban el ómnibus de las cuatro.

Donaldo estaba preocupado pensando en lo que podría ocurrir si a Santiago y a Ricardo se les ocurría



seguir jugando con fuego después de que la maestra y los niños mayores hubieran regresado al aula, pues el viento podría volar las chispas, y causar un verdadero incendio en la escuela. Naturalmente, no le gustaba ir a llevarle un cuento a la maestra, pero le parecía que de alguna manera debía ponerla sobre aviso para evitar cualquier desastre. De modo que, acercándose a ella le dijo:

-Srta. Ibarra, siento olor a humo.

-Sí, Donald. Probablemente provenga de la lata de basura donde esta mañana quemé algunas cosas. Su plan había fracasado, de modo que volvió de nuevo al patio de atrás.

Los muchachos habían dejado de jugar con el volcán y en ese momento estaban conversando con un grupo de los compañeros mayores, en un rincón del patio.

Donald notó que todavía quedaban algunas brasas en el hoyo, y se dispuso a apagarlas echándoles tierra. Pero antes de que pudiera hacerlo llegaron corriendo los dos niños.

-Deja tranquilo nuestro volcán -protestó enojado Ricardo.

-Y si no, tendrás que vértelas con mi hermano -amenazó Santiago.

-¿Por qué no dejas de molestar a los chicos? -intervino entonces el hermano de Santiago-. No te metas en sus cosas. Ese fuego está casi apagado y no hay ningún peligro. Y recuerda, no andes llevando cuentos, porque te arrepentirás.

Cuando terminó el recreo, y los muchachos regresaron al aula, Donald notó que Ricardo y Santiago comentaban algo en voz baja, pero alcanzó a oír algo de "tiro".

Entró en el aula para recoger sus libros, pero antes de salir para la casa dio otra vuelta por el patio de atrás. Allí estaban ahora los dos muchachos, arrodillados junto al montón de tierra. Donald vio que Ricardo metió la mano en el bolsillo, y sacó una cosa brillante. Donald se estremeció. ¡Era una bala!

-¿Dónde conseguiste eso? -le preguntó Santiago.

-La encontré en el bosque -respondió Ricardo-. Pongamos algunas piedras. Así, cuando la echemos explotará, y hará volar tierra y piedras, como un verdadero volcán.

- ¡Ricardo! -gritó Donald-. ¡No hagas eso! ¡Puede matarte! -y sin pensarlo gritó:

-¡Srta. Ibarra!

La maestra apareció al instante en la puerta de atrás de la escuela. Donald señaló el volcán humeante. Los dos muchachos retrocedieron, con una expresión de culpabilidad en su rostro.

-Srta. Ibarra, no me gusta andar con cuentos -explicó Donald-, pero Ricardo tiene una bala. Estaba por arrojarla al fuego. Yo sé lo que ocurrirá. Mi padre vio a un hombre que echó una bala en una fogata; la bala explotó y casi le quitó la vida. ¿Hice mal en contarle esto?

-Hiciste lo que debías hacer, pues hay que contar cuando uno piensa que está en peligro la vida o la propiedad, y eso no es llevar cuentos. Mañana hablaremos más de este asunto -respondió la Srta.

Ibarra, al par que sugería a los dos niños que la acompañaran al aula. Donald salió entonces rumbo a su casa, sintiéndose agradecido a Dios porque le había permitido impedir algo que podría haber llegado a ser una desgracia

CUANDO LA TORTA DESAPARECIÓ

La torta de chocolate recubierta de crema era la que más le gustaba a Julia. También le gustaba a Tinto, su perrito, al que quería tanto que siempre compartía con él lo que le daban.

- Debo hacer una torta hoy – dijo cierto día la mamá de Julia, - pues van a venir a comer con nosotros los abuelitos.

- ¡Oh mamá! ¿Harás la torta que más me gusta?

- Sí, tendremos torta de chocolate, y puedes ayudarme a prepararla.

Julia corrió a buscar su delantal blanco y se lo puso sobre el vestido rosado a cuadros. Se trepó a una silla alta en la cocina y dijo:

- Ahora estoy lista para ayudarte.

Se divertía mucho alcanzando a su madre las cosas que necesitaba y mirando como mezclaba y batía la masa. La mamá empujó una fuente amarilla grande hacia donde estaba Julia, después de haber dejado caer los huevos en ella a medida que los rompía, le dio el batidor y dijo:

- Ahora ten cuidado de no salpicar nada por encima de la orilla de la fuente.

Julia hizo girar cuidadosamente la manija del batidor hasta que los huevos quedaron como una linda espuma amarilla, que la madre envolvió en la masa de la torta.

Cuando ésta estuvo lista, tenía muy lindo aspecto. Era de tres capas, coronadas con una gruesa capa de crema blanca batida.

Durante el almuerzo, Julia dijo:

- Abuelita, yo ayudé a hacer la torta.

- Es una de las mejores tortas que yo haya comido – contestó el abuelito y añadió:

- Yo sé, Julia vas a ser una muy buena cocinera, como lo son tu mamá y tu abuelita. ¿Me dan otro pedazo?

Terminada la comida, sobraban tres pedazos de torta. La mamá envolvió cuidadosamente en el papel encerado y dijo:

- Daremos un pedazo a papá para su almuerzo mañana, y Julia y yo tendremos un pedazo cada una para el nuestro.

A las doce, el día siguiente, Julia entró en la cocina donde la mamá estaba preparando el almuerzo. Había dos tazones azules sobre la casa para la sopa que estaba calentando. Dos vasos estaban llenos de leche, y había dos pedazos de torta de chocolate sobre un lindo plato floreado.

Sonó el teléfono, y mientras se dirigía a contestarlo, la señora dijo:

- Vamos a comer dentro de unos minutos, Julia.

La niña sacó un trocito de uno de los pedazos de torta y dio una parte a Tinto. Pero la torta era tan rica que sacó otro pedacito para sí misma y aun otro para el perro.

La mamá seguía hablando. A Julia le pareció que era una conversación muy larga, pero en realidad duró tan sólo unos minutos. Mientras tanto Julia seguía comiendo pedacitos de torta. De repente vio horrorizada que uno de los pedazos había desaparecido casi completamente. Tomó lo que sobraba y se fue en punta de pies a su habitación. Al ratito la mamá la llamó, y ella se acercó calladamente a la mesa.

La señora sirvió la sopa y preguntó:

- ¿Qué sucedió con el otro pedazo de torta?

- Tinto debe haber comido- murmuró Julia. – Ya sabes cómo le gusta la torta.

- Yo no sabía que Tinto sacaba cosas de la mesa – dijo la mamá. – Tú te comes el pedazo que queda, querida.

A Julia le resultaba difícil aceptar esto. Comió algunos bocados, pero luego dijo:

- No tengo hambre; térmala tú.

Fue un alivio para ella levantarse de la mesa e ir a jugar afuera. ¡Qué desdichada se sentía! Se acordaba de los momentos felices que había pasado mezclando y batiendo la masa con su mamá y de cuán bondadosa había sido ésta al darle su propio pedazo. Pero sobre todo recordaba cómo había comido la torta y había echado la culpa al perro.

La cosa era que Julia no estaba feliz. La tarde parecía larga y aburrida. Quiso jugar con sus muñecas; jugó con Tinto; pero no hallaba placer en nada. Se iba sintiendo cada vez más desdichada. Finalmente decidió ir a contárselo todo a su mamá. Entró corriendo en la casa y llamó:

- Mamá, ¿dónde estás?

- Aquí, en la pieza de costura, querida.

Julia se precipitó hacia ella y, arrojando sus brazos alrededor de su cuello, confesó:

- Mamá, no fue Tinto el que se comió la torta- dijo. – La comí yo. Siento mucho haberlo hecho, y siento mucho no haberte dicho la verdad.

Su mamá contestó bondadosamente:

- Yo sabía que tú la habías comido, querida. Pero estaba segura que me lo contarías.

- Yo nunca he estado tan triste como esta tarde – dijo la niña. – Nunca volveré a tomar algo que no me pertenece, ni a decir algo que no sea la verdad. He aprendido que cuando uno hace mal no puede sentirse feliz.

- Así es – dijo la madre. – Me alegro que hayas aprendido esta lección.

CUATRO, MÁS CINCUENTA, MÁS UNO

Por Roherto L. Sheldon

Todo cambió en la vida de la familia Kim cuando el verano pasado Hyun Sook fue invitada para asistir a la escuela bíblica de vacaciones. Aun antes de que terminaran los diez días que duraba la escuela, la niña le dijo a su madre:

-Debiéramos tener todos los días culto en nuestra casa. "Parece que esa escuela tiene buen efecto en mi hija", pensó la madre.

-Sí -dijo ella en voz alta, dirigiéndose a Hyun Sook-, hagamos culto todas las mañanas.

Y así lo hicieron. A las seis de la mañana cantaban, leían la Biblia y oraban. El padre no se unía a ellas, porque no era cristiano. Pero ellas oraban por él.

Luego Hyun Sook aprendió en la escuela bíblica la verdad referente al sábado.

-Mamá, acompáñame este sábado a la escuela sabática.

Pero el pedido de Hyun Sook no fue atendido. Su madre sostenía que no necesitaban ir a la iglesia el sábado, porque el domingo era el "día del Señor". De manera que cuando Hyun Sook fue a la escuela sabática, le pidió a su maestra que le escribiera los textos bíblicos que necesitaría para convencer de la verdad a su madre.

Por ese entonces su maestro de la escuela primaria notó que Hyun Sook se ausentaba todos los sábados ele mañana. Visitó a sus padres y les preguntó:

- ¿Saben Uds. que su hija se ausenta de la escuela los sábados de mañana para ir a la escuela sabática de la Iglesia Adventista?

-¡Oh, no se aflija! - le explicaron ellos- Vamos a conversar con ella para que deje de asistir a la escuela de los adventistas.

Eso le dio a Hyun Sook la oportunidad de emplear sus textos bíblicos para probar que ella tenía razón. El Sr. Kim estuvo de acuerdo en actuar como juez para fallar en la discusión entre su esposa y su hija. Después de una hora de escucharlas discutir acaloradamente leyendo los pasajes bíblicos, el padre dio su opinión: "¡Yo creo que Hyun Sook tiene razón!"

Un viernes de mañana Hyun Sook llegó a la escuela más temprano que de costumbre. Se encaminó directamente a su aula y se acercó al maestro que estaba sentado junto a su escritorio preparándose para su día de enseñanza.

-Señor maestro -le dijo ella-, estoy preocupada por Ud. Con una expresión de sorpresa, él se volvió y la miró: -¿Por qué? -le preguntó.

- Estoy preocupada porque si Ud. no va a la iglesia no se va a salvar. Venga a la iglesia conmigo mañana, sábado. Tomado un poco por sorpresa, el maestro no supo qué contestar. -Te voy decir lo que vamos a hacer. Ve tú a la iglesia y tal vez yo podré ir más tarde.

En la escuela durante los recreos, Hyun Sook contaba a sus amiguitos las historias que había escuchado en la escuela sabática y los invitaba a ir con ella. Además, todos los sábados de mañana invitaba a sus padres a acompañarla a la iglesia. Ellos siempre se negaban a hacerlo pero ella nunca se desanimó. Finalmente un sábado su madre consintió en ir.

Actualmente hay cuatro adultos que asisten a la iglesia por la influencia de Hyun Sook. Su madre ya se bautizó, y Hyun Sook dice que ella también quiere hacerlo. En la escuela sabática hay más de cincuenta niños que fueron invitados a asistir por Hyun Sook. Cuatro adultos más cincuenta niños, ¡y una niñita que los trajo a todos a Jesús! Tú puedes ser un misionero como ella.

CUBRIENDO LOS ERRORES CON AMOR

La madre de Kati estaba enferma: de hecho estaba ingresada y llevaba mucho tiempo así. Todos echaban de menos sus abrazos, besos y su cariño. Siendo la mayor, Kati estaba intentado hacer lo mejor por sus hermanos, Danny y Tommy. Una mañana su hermano Danny estaba enfadado. Esperando animarle y hacerle sentirse mejor, se ofreció a prepararle su desayuno favorito: crepes.

Como nunca había hecho crepes hasta entonces, estaba confiada en que podía hacerlos, porque le gustaba estar en la cocina cuando su madre hacía crepes. Estaba segura de que podía hacer las tortitas tal y como le gustaban a sus hermano.

Kati eligió todos los ingredientes, midió todo con cuidado y después mezcló todo en un cuenco. Después sacó una sartén, echó un poco de aceite. Después, al pasar algunos segundos, echó un poco de la masa en el sartén – exactamente como lo habría hecho su madre.

Después de un tiempo Kati tenía un montón de crepes dorados para que su hermano pudiera comer. Él estaba tan feliz. Cogió uno lo untó con mantequilla, le echó sirope, cortó un trozo... Kati le miraba con orgullo mientras tomaba el primer mordisco. Mientras ella le miraba notó que la cara de su hermano cambiaba. Por fuera las crepes parecían perfectos pero por dentro todavía estaban crudos. Kati se sentía tan mal que le dijo a su hermano: “¿te hago más crepes?”. ¿Y sabéis que dijo el hermano? Le sonrió a su hermana y siguió comiendo el crepe medio hecho. Y luego le dijo con cariño que necesita practicar más y que al final conseguiría cocinar crepes perfectos. De hecho su hermana siguió intentándolo hasta que su hermano comió crepes muy ricos hechos por ella.

Mientras Danny estaba comiendo los crepes medio hechos, Danny hacia otra cosa más: estaba cubriendo los crepes imperfectos de su hermana con su amor. Él le dejó entender a su hermana que sus esfuerzos eran importantes para él. Aunque los crepes no habían salido muy bien, él amaba a su hermana a pesar de todo.

Kati pudo seguir aprendiendo como cocinar los crepes para que no solo tuvieran buen aspecto. Pero nunca olvidara aquel día, cuando al intentar animar a su hermano, fue ella quien se sintió especial y amada.

Jesús hace lo mismo con nosotros. Él cubre nuestras faltas con su amor. Él nos ha mostrado su amor transformándose en un bebe, viviendo una vida perfecta, y muriendo en la cruz. Él quiere que nos sintamos especiales y amados. Él quiere que sepamos que a pesar de nuestros fracasos él nos ama. Nosotros le podemos mostrar a Jesús cuanto le amamos entregándole nuestros corazones y cuando lo hacemos Él nos enseña como amar a otros para que ellos también se sientan especiales y amados.

CUESTIÓN DE DINERO

El profesor Greene* oyó un golpe en la puerta de su oficina, y al levantar la vista vio a una de sus alumnas. Antes de que ella dijera una palabra, el profesor se dio cuenta de que algo no andaba bien.

-Entra, Elizabeth* -le dijo-. Siéntate.

Elizabeth trató de contener las lágrimas, mientras se sentaba.

-Acabo de recibir un aviso de la oficina de Administración -le dijo al profesor-. Si no puedo pagar la cuenta de mis estudios para fin de mes, voy a tener que irme del colegio.

Ella le explicó que sus padres no podían ayudarla, y que no se le ocurría ninguna manera de conseguir el dinero para esa fecha. Su situación parecía desesperada.

-Ojalá tuviera alguna forma de ayudarte -le dijo el profesor Greene-. Todo lo que puedo hacer es orar por ti. Si oras fielmente cada día, yo haré lo mismo.

Los dos oraron todos los días, pidiendo a Dios que arreglara las cosas de alguna manera, para que Elizabeth pudiera quedarse en el colegio. Pero, cuando no recibió ninguna respuesta, Elizabeth empacó sus cosas y se preparó para volver a su casa, creyendo que Dios tenía otros planes para ella.

Antes de irse, pasó por la oficina del profesor Greene, para despedirse.

Él tenía una carta en la mano. Se la había enviado una pareja de misioneros que se había graduado allí hacía varios años. "Estuvimos pensando en los problemas financieros que tuvimos cuando éramos alumnos", decía la carta. "Nos gustaría ayudar a algún estudiante necesitado".

Dentro del sobre, había suficiente dinero como para cubrir la cuenta de Elizabeth.

-Gracias, Señor. Gracias -oró Elizabeth una y otra vez.

Ella creyó firmemente en la promesa que se encuentra en el libro de Filipenses: "Así que mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús".

Narrado por: Keii Johnson

CUMPLIERON SU PROMESA

Jonás, un muchachito sudamericano, había oído la maravillosa historia de Jesús por medio de la “abuelita”. Ella no era realmente su abuela, pero él la llamaba así, porque la quería mucho. La “abuelita” empezó a llevarlo a la escuela sabática cuando él tenía ocho años. ¡Cómo le gustaba a Jonás ir allá! ¡Y cuánto amaba a los niños de la misión! Pero cuando habló de unirse a la Iglesia Adventista, su padre y su madre no le permitieron más asistir a las reuniones.

Un día, Jonás enfermó. El doctor iba a verlo todos los días. Un día el doctor dijo que Jonás no sanaría. “Mamá, yo quiero sanarme —dijo Jonás—. Yo sé que Jesús puede curarme. Por favor, pídele al predicador adventista que venga y ore por mí”.

La madre de Jonás no era cristiana y no deseaba que el predicador fuera a su casa, pero Jonás siguió insistiendo.

Por fin, mandaron llamar al ministro. Él oró para que Jonás sanara pronto.

Cuando el predicador abandonó la pieza del enfermo, éste llamó a su madre junto a la cama. “Dios tiene que haber oído la oración del predicador —le dijo—. Yo creo que me voy a sanar. He prometido a Dios que voy a trabajar por él en cuanto me sane. Pero mamá, tú tienes que prometer algo también. Si tú no prometes hacer lo que te voy a pedir, no creo que Dios me sane. Por favor, mamá, promete que me dejarás asistir a la escuela sabática si me sano”.

La mamá contestó: “Sí, podrás ir a la escuela sabática”.

“¿Me prometes algo más, mamá?” pidió Jonás.

“¿Qué es, hijo mío?” preguntó la madre.

“¿Prometes ir conmigo a la escuela sabática?” rogó el muchacho.

La madre deseaba complacerlo, así que le prometió que iría. Jonás se sanó. ¡Qué contento estaba! Vez tras vez dio gracias a Jesús por haberlo sanado y por haber ayudado a su madre a hacer esa maravillosa promesa.

Ahora la madre casi deseaba no haber prometido nada. Pero no podía quebrantar una promesa que había hecho a su hijito cuando estaba enfermo. Así que el sábado siguiente permitió a Jonás que fuera a la iglesia, pero no lo acompañó.

Los días de la siguiente semana pasaron uno tras otro. Cuando llegó el viernes, Jonás dijo: “Mamá, tú dijiste que me acompañarías a la escuela sabática. Debes cumplir todas tus promesas porque Jesús cumplió la suya”.

La madre de Jonás no deseaba ir a la escuela sabática, pero reconocía que Jesús había cumplido su promesa.

Llegó la mañana del sábado y Jonás estaba de nuevo en camino hacia la iglesia, pero esta vez no iba solo. ¡La madre caminaba a su lado!

Sábado tras sábado, Jonás y su madre iban juntos a la iglesia. Cuando llegó el momento de bautizarse, Jonás no quiso hacerlo solo. De nuevo su madre fue con él. Ella también estaba preparada para bautizarse. Después que Jonás fue bautizado, quiso que sus amigos y vecinos amaran a Jesús y fueran felices como él. Así que los sábados por la tarde iba de casa en casa regalando folletos y revistas. También daba algunos estudios bíblicos. Jonás también estaba cumpliendo su promesa.

Poco después, había muchos otros que recorrían cada sábado de mañana el camino hacia la escuela sabática de la misión.